



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibarrera, A yuda, A riza, Arieta, Balaguer, Baralt, Baztan (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borzo, Borrego, Bueno, Bremón, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campanar, Camus, Canalejas, Cabete, Castela, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillón, Estrada, Echevarría, Eulate, Fabiá, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Rios, Ferrn Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvanzu, Guerrero, Lucena, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Gujirero, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marcos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olcoaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyé, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rívero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Treba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre; 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Setiembre de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoc.—Filipinas; criaderos auríferos de Mindanao, por D. Enrique Abella y Casariego.—Las Repúblicas hispano-americanas, por D. Eusebio Asquerino.—Literatura italiana, por D. José María Prellez.—Cuestión de límites, por D. Héctor Florencio Varela.—Don Nicolás Salmeron y Alonso, por D. Plácido Langle.—Situación política del Uruguay, por D. César Valcárcel.—Crónica científica, por D. P. Ruiz Albistur.—Pensamientos, por D. Alfredo de la Escosura.—Clasura de la Exposición Argentina, por D. P. de Navarrete.—Historia de tres sucesos, por D. Julián Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Tomaron cuerpo los rumores de que se hizo eco nuestra última Revista general, realizáronse las esperanzas de aquellos hombres de buena voluntad á que en ella nos referíamos, que aun confían en el éxito que pudiera tener un ensayo formal de conciliación entre la democracia y la monarquía de D. Alfonso, y se cumplieron los temores de los adictos á la situación fusionista, que no pueden menos de dar importancia á la formación del nuevo partido; los que hablaban, lo hacían bien informados; los que achacaban ciertos propósitos al duque de la Torre, estaban competentemente autorizados para ello. El general Serrano ha roto el silencio que sucedió en él á su célebre discurso de Linares; ha dejado el fondo del cuadro á que lo relegara el golpe de Sagunto, y adelantándose á las demás figuras, viene ahora al primer término, á brindar á la legalidad con el olvido del pasado á nombre de sus tradiciones liberales.

Retirado á quien una veleidad del destino hizo abandonar el campo de batalla en que objeto de todas las miradas combatía, siente hoy de nuevo la nostalgia de la lucha, y antes de morir pretende hacer una última campaña; y como es un excelente general pónese al servicio de una buena causa simpática al país, que halla eco en todos los corazones democráticos, comprendiendo la inmensa ventaja que al obrar de este modo obtiene: vencedor, la victoria ceñirá sus sienas; vencido, propios y extraños se inclinarán ante su derrota y pasarán con respeto ante su tumba.

Es inútil ya buscar explicaciones que atenúen el efecto que en los primeros instantes hizo en todos los que en política se ocupan la autorizada noticia: inútil asimismo cuanto tienda á rebajar la personalidad del duque de la Torre ni á quebrantar su influencia, ni á suponer en su ánimo vacilaciones que su conducta desmiente: la actitud en que se ha colocado el viejo veterano de la libertad,

abrazado al código inmortal del 69 y brindando con él á la monarquía mal segura, cual si fuera libro mágico en cuyas hojas ha de encontrar recetas que la aseguren próspero porvenir y larga vida, es—y los políticos más experimentados no se ocultan para decirlo—el acto más importante llevado á cabo desde la restauración, desde aquel 30 de Diciembre de 1874 que al hundirse en el ocaso se llevó en los últimos rayos del sol, nuestras queridas libertades.

En riña desde entonces con la legalidad nuestras ideas, viéronse proscritas, declaradas ilegales cual si fueran procedimientos de bandido que en la sombra proyectan el crimen y en la sombra lo dan á luz, y cuando más, arrastrando una lánguida existencia otorgada, como una gracia real, y no reconocida como derecho ilegible. El partido republicano, dividido en dos agrupaciones, ha venido á vivir bajo la legalidad la vida que esta le prestaba, ó ha continuado lejos de ella declarando la revolución único fin de sus aspiraciones, senda espinosa por la que había de pasar para llegar á la consecución del bien constantemente perseguido. Las ideas francamente conservadoras caídas en descrédito aguardan un instante propicio para tornan á las alturas del poder de donde sus propios desaciertos las arrojaron; otra política insegura, vacilante, sin ideales fijos, sin porvenir, rige las riendas de la situación, y mal guiada la nave de la monarquía va de un punto á otro azotada por las olas, tropezando en las rocas, rozando peligrosamente los escollos. A las aspiraciones generales del país no tiene la monarquía programa fijo que oponer. Las únicas ideas que aporta son las ideas del partido conservador que la pusieron á poco espacio de su ruina.

La fusión, que aspiró á representar tanto, no significa hoy nada, por haberse desviado de la senda que se ofrecía á sus pasos, para lanzarse en la pendiente conservadora. Fuera de Cánovas y Sagasta, la situación solo tiene dos grupos microscópicos que poner al pié de la escala que lleva al Ministerio: los disidentes, cortos en número y faltos de valor para separarse decididamente de Sagasta, y los monárquico-democráticos, menos importantes aún, y tan pusilánimes como aquellos para declarar en voz alta el ideal á que sus convicciones les impele: no hay que esforzarse mucho para reconocer que ambos pueden llevar fuerzas á otro partido más vigoroso y fuerte; pero ni unos ni otros pueden ser esa gran agrupación que intente traer á la monarquía los partidos más extremos y la masa general del país.

Era preciso que esta gran agrupación se for-

mase y constituyese sobre sólidas bases, oponiendo sus soluciones liberales á las soluciones doctrinarias de la restauración. Para prosperar, la monarquía tiene hoy que vivir con el pueblo, tiene que ser liberal por excelencia, y la monarquía que no vive con el pueblo, la monarquía que no es francamente liberal, vive en continuo sobresalto, teniendo siempre la revolución, como otra espada de Damocles, constantemente suspendida sobre su cabeza. Así, en nuestra patria, Cánovas mismo reconoció esta verdad, cuando el día 8 de Febrero abandonó el poder en manos de Sagasta, cifra por aquel entonces, de los procedimientos liberales, y hoy, persuadido ya de que el liberalismo de Sagasta ha muerto ahogado en la pesada atmósfera de los salones palaciegos, promete su apoyo al nuevo partido, y posponiendo al bien del rey sus propias convicciones, ofrece abandonar la constitución del 76, obra suya, y gobernar con la del 69, cuya bondad negaba no hace mucho, si algún día le llama á sus consejos la corona, despues de sustituido el código conservador por el código revolucionario.

De esta necesidad nace el tercer partido, evocado por un hombre cuya importancia es grande, cuya significación en la política española es imposible negar, el general Serrano, unido á Sagasta mientras creyó á este francamente decidido á enlazar en un abrazo la democracia y la monarquía, separado de él desde que le vió sacrificar sus ideas á las convenciones centralistas y abandonar á sus amigos de toda la vida para correr tras la apariencia de un poder que tiene más de fantástico que de real, sombra de un día que pasará pronto, dejándole tras sí el desengaño y el remordimiento.

Natural es que el partido que así nace tenga, desde que se anuncia, las simpatías de todas las agrupaciones liberales. Un importante individuo de la junta directiva del partido democrático-progresista, ex-diputado y catedrático, ha escrito á un periódico de Valladolid una carta en que, á este propósito, apunta el juicio que á los hombres más importantes de nuestra política ha merecido el acto del señor duque de la Torre. A creer al firmante—y es digno de todo crédito—las opiniones que traslada han sido recogidas por él mismo. Y estos juicios breves, sencillos, compendiosos, son el mejor comentario que puede hacerse á las declaraciones del general Serrano. Ruiz Zorrilla, que se considera incompatible con la restauración reaccionaria, negadora de la revolución de Setiembre, dice que si la Constitución del 69 se plantea, volverá al punto á España; Salmeron, que se someterá á la legalidad, dirigiéndose libremente á

la conciencia y a la voluntad del pueblo, para conquistar allí la República; Cánovas, que si el rey y el país se la dan repuesta, no tendrá inconveniente en su día en gobernar con ella y con ella desarrollar su política conservadora; Martos, que no estorbará el desarrollo de estos planes, antes los ayudará con todas sus fuerzas. Ante estas francas y espontáneas declaraciones de hombres tan respetables por su significación, que, abrazado cada cual a la bandera que defiende y protestando de su firme adhesión a las ideas de que se ha hecho sostenedor alaba, sin interés alguno, pues en su campo respectivo están, y de él no quieren salir, la nueva evolución que se advierte en la política española, no puede menos de afirmarse que esta evolución debe ser, más que importante, importantísima.

Y lo es en efecto. La creación del nuevo partido y su acceso a la vida pública tiene una significación que ninguno le puede negar, que ha de mantener en expectativa el ánimo de todos los que en la dicha de la patria se interesan. Para los viejos amantes de la monarquía, más adictos a la idea monárquica que a sus vanos atributos, es una prueba suprema tentada por una institución que apoya al pié en el suelo y no lo siente bien seguro bajo su planta que un día le oprimió deteniendo la marcha del planeta; acto heroico parecido al del marino que en medio de la tempestad hace romper el palo mayor para evitar que el buque haga agua y se hunda en el abismo, ó el del aeronauta que arroja a tierra sus vestidos y hasta su barquilla hecha pedazos para ver si sujeto a las cuerdas puede elevarse y evitar que el globo caiga en un punto peligroso. Se trata de ver si prescindiendo de prejuicios, de preocupaciones, de cuanto puede dictar la tradición fielmente observada aunque en pugna con el espíritu moderno, la monarquía puede aún sostenerse y vivir por algún tiempo, en virtud de las fuerzas que la den las instituciones democráticas.

Para los que, débiles de corazón abandonaron la república que un día no lejano defendieron, y tornaron al campo monárquico de donde proceden, llevando a él, no obstante, su amor a la libertad, el ensayo es igualmente interesante. Olvidándose del reinado de D. Amadeo de Saboya, generosa ilusión desvanecida en el terreno de los hechos, quieren intentar, acaso por última vez, una conciliación que tal vez no es posible, entre dos instituciones que quizá son antitéticas: la democracia y la monarquía; los momentos, para éstos, son supremos, porque juegan su última carta, y a ella ponen su porvenir y su fortuna. Si el ensayo sale nuevamente mal, no les queda otro recurso que abandonar la libertad ó abandonar el trono; si, por el contrario, el éxito es satisfactorio, el problema que persiguen sin fruto estará resuelto; á más del provecho que de su triunfo les resulte, habrán y hecho compatibles los principios que aman y la institución que respetan. Y no está tampoco exento de interés para los fieles servidores de la República. Anda su campo dividido en parcialidades que disienten sobre la cuestión de conducta, unánimes todos en cuanto atañe á los principios: el tercer partido viene á la vida pública y viene á unirlos delante de la monarquía. Si el trono acepta de buena fé la Constitución del 69, consagra las conquistas de la Revolución, reconoce los derechos del pueblo, se despoja de inútiles y perniciosas preeminencias, las conspiraciones pierden su razón de ser, y no hay que pedir á la sombra los medios de combate que proporciona la luz; desde el momento en que el camino de la propaganda y la lucha legal se abre, ciérrase y ciérrase de golpe el camino de la revolución y la conquista á viva fuerza.

En cambio, si demuestran los hechos que exigir tal sacrificio á un rey es exigirle lo imposible, la actitud pacífica y ordenada dentro de la legalidad cae por su propia base, por que los partidos políticos tienen un deber más imperioso que cumplir que no el de perseguir un ideal sin hacer nada práctico para conseguirle. En ambos casos, pues, los amantes de la República ganan la desaparición de las diferencias que los dividen y separan; los hechos les dán marcada la única senda por donde deben caminar para llegar al logro de sus aspiraciones.

Planteadas así la cuestión, solo aplausos y elogios merece la formación de ese tercer partido, que, sea cual fuere su existencia, ha de producir tantos bienes, y que tan solo perjudica á la fusión, mezcla confusa de intereses opuestos y de ideas encontradas, que sin proyectos para el presente, sin esperanzas para el porvenir, tiene hoy un poder que arranca al miedo más bien que conquistó á la persuasión.

Por eso los periódicos ministeriales ponen todo su empeño en atenuar la importancia del acto del duque de la Torre, aun á costa de la personalidad de su iniciador que tanto y tanto encomiaban no hace mucho, cuando desde las filas de la oposición en que, siniestros agoreros, turbaban con siniestras profecías la calma de los conservadores, presentaban á Serrano como su jefe y le aplaudían en el banquete de Linares. Poco, sin embargo, debe importar su oposición, demasiado interesada para ser tenida en cuenta. La nueva actitud en que se ha colocado el ex-regente, atrae las miradas de todos. El empeño que se propone es muy difícil. Desde que dió en él sus primeros pasos la atención le seguirá en cuantos hechos lleve á cabo para seguirle si triunfa y retirarle del palenque si es

herido. En ambos casos, la situación se despeja, los campos se deslindan, las diferencias concluyen: para los hombres verdaderamente liberales no habrá entonces más que un solo ideal, la república, y un solo medio de llegar á ella, la revolución.

Para el 15 del presente mes de Setiembre prometió el general Sir Garnet Wolseley, comandante en jefe de la expedición inglesa en Egipto, haber terminado la pacificación de aquel país. Corto era el plazo para vencer á un partido popular y á un ejército mandado por un general valiente y muy querido de sus tropas, y dominar, despues de esto, un pueblo que pide y defiende su independencia, é impropio de la seriedad de un general el marcar de antemano término á la resistencia de un adversario desconocido; pero á juzgar por las noticias que el telégrafo nos trasmite, la experiencia hará comprender al vencedor de los Ashantes lo atrevido de ciertos cálculos.

De poco ha servido hasta ahora al general inglés el cambio de su base de operaciones que tan arriesgadamente llevó á cabo rompiendo la neutralidad del canal que debía hallarse bajo la salvaguardia de toda Europa, unida para protegerlo. Hay que reconocer que como movimiento estratégico, nada deja que desear ese acto de Wolseley, que llevó la guerra á las orillas del canal desde la vecindad de Alejandría, donde los egipcios le esperaban atrincherados en Kafr-Dawar y defendidos por el Nilo, que bien pronto inundará los campos, prohibiendo, durante dos meses, todas las operaciones militares por aquellos sitios; pero la decisión debía haberse tomado antes, para que el dictador egipcio no hubiera tenido tiempo de proteger el nuevo camino que para llegar al Cairo se propone seguir el ejército inglés.

Advertido aquel de los movimientos de éste, se ha preparado para resistir el choque, y allá está, en Zagazig, con lo más elegido de sus tropas, pronto á acudir á Sallieh y Tel-el-Kebir, donde tiene sus primeras líneas, y derrotar á los ingleses, batiéndolos ó separándolos del canal de agua dulce para internarlos en el desierto donde el cansancio, la insolación, la falta de agua, los rigores del clima, darán pronto cuenta de ellos. No desconoce estos peligros Wolseley, y á pesar de que en los encuentros ocurridos hasta ahora ha quedado victorioso—por más que sus triunfos hayan sido más aparentes y faltos de resultados que reales—lleva ya varios días en inacción, ocupado en aguardar refuerzos y procurarse una vía de avituallamiento, al abrigo de toda interrupción.

Este proceder de Wolseley está siendo objeto de vivas censuras aun en la misma Inglaterra, tan confiada en él no ha mucho; pero es el único que hoy por hoy puede seguir.

Porque los egipcios no son aquel rebaño de mansos corderos que nos presentaban como inofensivos, huyendo al primer disparo, cobardes y pusilánimes, incapaces de luchar con sus fusiles de chispa frente á un ejército armado por los sistemas modernos. No; los egipcios no son así, y el general Wolseley, al resolver el problema que le han confiado, halla que todos, ó casi todos los datos son erróneos ó incompletos; se encuentra con que los egipcios, en vez de huir, se batían, y no solo se defienden, como en Mahuta, sino que atacan, como en Alejandría y Kassasin; se encuentra con que Arabi tiene un ejército á sus órdenes y un pueblo á su devoción; se encuentra con que el Nilo por un lado y el desierto por otro, se le ponen delante como para proteger al fiel servidor de Allah, representante en Egipto del islamismo, sostenedor del derecho y la independencia contra los ingleses, perturbadores de la paz de los egipcios. En estas condiciones, la guerra no es para que de antemano pueda señalarse su duración; durará todo el tiempo que Egipto se sostenga, poco ó mucho; pero de cualquier modo que sea, no aparece tan segura la victoria para bravatas de ese género.

Prueba de ello el abandono de las líneas avanzadas de Alejandría por el general Hamley, que tan mal efecto ha causado en Europa, y que habrá hecho perder tanta fuerza moral á las tropas inglesas como habrá levantado el espíritu de los soldados de Arabi. En la guerra toda retirada es siempre más desastrosa de lo que aparece en un principio, porque son dos, en vez de uno, sus efectos, porque hace decaer al ejército que la lleva á cabo y al propio tiempo anima á su enemigo, verdadera arma de dos filos que rasga el pecho en que se clava por ambos lados á la vez.

Hace días que el telégrafo no envía noticia de movimiento alguno, y este es mal signo, porque en una guerra como la que hacen los ingleses en Egipto la inacción es un factor en contra, una dificultad más que añadir á los que el clima, el terreno y los soldados egipcios oponen. Todo el mundo está convencido en Europa de que para el día 15 no habrán terminado las operaciones.

Fuera de los sucesos de Egipto, nada ocurre digno de la atención de nuestros lectores. Allí está concentrada la expectación de Europa, y gran importancia ha de tener el acontecimiento que del viejo país de los Faraones la separe. En las orillas del Canal de Suez riñen batalla un pueblo que defiende su independencia y una nación dominadora que á nombre de la civilización atropella el derecho y la justicia... ¿Cuál de los dos combatientes

vencerá? El asunto no puede ser más interesante. De aquí que no basten á disminuir el interés que inspira, ni la sorda agitación que sigue conmoviendo á la autocrática Rusia, donde al solo anuncio de que iba á celebrarse la coronación del Czar, han amanecido envenenados en su cuadra los seis caballos blancos que habían de arrastrar la carroza imperial, ni la huelga de los *policemen* ingleses en Irlanda, que en otro país menos amante del orden hubiera podido ocasionar un conflicto serio, dado el estado en que hace tanto tiempo se encuentra aquel vireinato, objeto de eterna preocupación para Inglaterra.

Así, pues, la Revista que aspire á ser reflejo de los sucesos que conmueven la opinión pública, ha de limitarse exclusivamente, por ahora, á seguir el curso de las operaciones en Egipto.

Hoe.

FILIPINAS.

CRIADEROS AURIFEROS DE MINDANAO.

La excavación que resulta, lo mismo cuando tiene un solo trabajador que cuando hay varios, es lo que en el país se designa con el nombre de *Banlásan*. Esta parte del trabajo tiene cierta semejanza con el que ejecutan los lavadores de *gandinas* de las provincias del Mediodía de la Península, en los fajones de madera llamados *rollos* ó *arrollos*. Sin embargo, el de los *Banlásan* es todavía ménos detenido y esmerado que el de los *rollos*, puesto que operan con mayor cantidad de agua y de tierra, siendo además la corriente más impetuosa.

Continuando el trabajo en esta forma, llega un momento en que la parte superior de cada trabajador del *Banlásan* está suficientemente lleno de las arenas ricas que allí se depositan, y entonces, una ó dos veces por semana, segun la riqueza de los placeres, cierran las compuertas del estanque, interrumpen la corriente del agua, y poniendo en seco cada trabajador, sacan esas arenas, llevándolas á las inmediaciones del depósito de agua. Allí, sirviéndose del *bilingan* en la misma forma que indiqué en los lavados del lecho del río, depuran y separan las arenas cuarzosas, zirconianas, etc., del polvo de oro, el cual recogen ya completamente limpio y lo reparten en las proporciones indicadas más arriba.

En resumen: presenta este procedimiento cuatro fases de distinta naturaleza y objeto: 1.ª *Investigación* del criadero por medio de *tujubs*, no siempre indispensables, como, por ejemplo, cuando por indicios ó noticias conocidas saben de antemano que el aluvion es rico en el paraje que tratan de explotar. 2.ª *Preparación* del laboreo por la construcción del canal, estanque y todos los demás rústicos accesorios. 3.ª *Concentración* de las tierras aluviales ó verdadero disfrute del criadero por medio del trabajo en el *Banlásan*. 4.ª *Depuración* de las arenas obtenidas por medio de los lavados á mano con el *bilingan*, obteniendo por fin el oro completamente limpio.

Cada una de estas frases representa una suma de trabajo diferente; la primera, como acabo de indicar, no es siempre indispensable; la segunda es de todas ellas la más penosa indudablemente; la tercera casi puede decirse que por sí sola se efectúa, con escasa ayuda del explotador; y la cuarta, aunque bastante prolija, se ejecuta sobre masas relativamente pequeñas, y no constituyen más que una fracción mínima del total trabajo. Así, pues, el conjunto del procedimiento no es muy penoso y se adapta bien á la índole poco activa del indígena, que de otra manera no tendría la suficiente fuerza de voluntad para ejecutar un trabajo corporal sostenido. Es necesario también tener presente que la interrupción periódica anual con que se hace esta explotación en otra circunstancia de inapreciable valor para el indio.

Independientemente de esto, el método presenta la ventaja práctica de la rapidez con que se desmontan y concentran grandes cantidades de aluvion; rapidez que, estando en razón del agua de que puede disponerse, se comprende que sea muy considerable, como considerables son las masas de agua de lluvia que caen en estos países tropicales en la estación correspondiente.

Las pérdidas que se originan, son en verdad de bastante consideración, tanto en la concentración del *Banlásan* como en la depuración del *bilingan*: en aquella, á causa de la impetuosidad de la corriente, escaso trabajo que efectúa el operario, y mala disposición del canal, de salida del agua, en el que no tienen tiempo de depositarse todas las sustancias pesadas y ricas, que van, por lo tanto, arrastradas por la corriente, á perderse en el cauce del río más próximo; en la segunda, es decir, en la depuración, porque está probado que los lavados que se prolongan excesivamente, aun manipulando sobre materias de tanto peso como el oro, produce pérdidas ocasionadas por la igualdad relativa que adquieren la fina partícula de oro y la más gruesa de hierro magnético, por ejemplo, en compasión con la pajueta de aquel metal de mayor tamaño y peso más considerable.

Resulta, pues, que el método empleado por los naturales de la isla de Mindanao, aunque produce estas notables pérdidas, se adapta perfectamente á su índole especial, á las condiciones climatológicas del país y á los escasos recursos que en él pueden obtenerse para explotaciones de esta natu-

raleza; avanzando rápidamente el trabajo, una vez comenzado, y produciendo en definitiva buen resultado con poco esfuerzo, no mucha inteligencia y casi ningún capital.

Más adelante insistiré en ciertos detalles de este procedimiento, indicando las modificaciones que, en mi concepto, debe sufrir para tener una explotación regular y ordenada de los placeres de aquellas comarcas.

Descripción de cada uno de los placeres más importantes.

1.º CUENCA DEL RIO IPONAN.

Indicados ya los caracteres generales de los aluviones y el método usado en el país para explotarlos, daré á conocer ahora las circunstancias especiales que caracterizan cada uno de los placeres más importantes de las cuencas de los ríos Iponan, Cagayan, Bigaan y Cutman.

Placer de Pasayánan.—Subiendo desde San Simón río arriba, el primero que se encuentra es el que está situado en el valle de Pasayánan, de pequeña extensión y poquísima importancia. Sumamente llano á su entrada, se va elevando hacia el S. para bifurcarse en dos arroyos, próximamente á kilómetro y medio de su desembocadura. Cerca de esta bifurcación, en su ladera izquierda, se elevan unos cerros hasta el nivel general por aquella parte del terreno que los forma, y á media ladera de ellos, próximos al nivel del valle, están situados algunos restos de explotaciones, no muy modernos ni importantes, en el placer de este paraje. El aluvion sobre que están colocados es de escasa potencia, de 1 á 1,50 metros, sumamente arcilloso, con cantos de escaso volumen y ninguno de ellos es de hierro oligisto ó magnético, que en otros placeres se encuentran como indicio de riqueza.

Placer de Batinay.—Siguiendo río arriba se encuentra luego el valle de Batinay, de mayor extensión que el anterior, pero con escasos restos de trabajos. Su aluvion es también muy arcilloso, pero con más cantos y más característicos que el de Pasayánan, estando colocado el placer en la parte superior del fondo del valle, ántes de llegar al nivel del camino de Iponan y Tagsulip.

Placer de Dominolog.—Viene después, también río arriba, el placer bastante importante de Dominolog ó Pinatagan, que bajo estos dos nombres se le conoce, tomados de un arroyo y de un riachuelo próximos.

Dando en este paraje una gran vuelta el río Iponan, resulta una especie de península, en la cual está precisamente colocado el placer. En gran número de puntos de este, existen pocitos ó *tujubs*, algunos completamente derruidos, y un gran *Banlásan* reciente, con su estanque, canales y acueducto para salvar una depresión del terreno.

A cierta distancia del *Banlásan* acaba de abrirse un verdadero pozo de mina distinto de los *tujubs* del país, de sección rectangular y perfectamente entivado, con tablonés y clavijas de madera de suficiente resistencia para detener los desprendimientos del aluvion aquí sumamente arcilloso.

Tenia 7,50 metros de profundidad y 0,25 á 0,30 de caldera para recoger el agua que era sumamente abundante. Al N.E. de esta caldera se empezaba á abrir una pequeña galería, colocada dentro del *dugcálon* ó parte rica, constituyendo una especie de labor de disfrute. En la boca del pozo estaban instalados un tornito con su maroma de abacá, *tanayas* ó cestos para la extracción y cubos de hoja de lata para el desagüe. Los productos de este corrían por un canal de madera á un depósito ó estanque, donde estaba montado un aparato pequeño de lavar.

Consistía este en un plano inclinado de lona, montado en una caja de madera, de 1 metro de largo por 0,50 de ancho, en cuya parte superior, hacia la cabeza del plano inclinada, estaba sujeta una criba de hoja de lata agujereada, y en cuya parte inferior dos arcos de círculo transversales permitían dar al aparato un movimiento de vaiven.

Me he detenido en estos detalles porque no dejaron de llamarme la atención, ejecutados como estaban por un indio que, según me aseguraron, había viajado fuera de su país. Sin embargo, su industrioso trabajo parece que no le daba el resultado beneficioso que se había prometido.

Este pozo me permitió estudiar el aluvion, que aquí era completo en todas sus zonas, con las distintas circunstancias que presentaba. El corte del placer en este punto, era:

- 1.º 0,25 tierra vegetal.
- 2.º 0,50 *payason* ó arcilla parda.
- 3.º 4,00 *acaron* ó arcilla roja, pegajosa con cantos.

4.º 2,50 *dugcálon* ó aluvion rico.

En el *Banlásan* reciente, situado á unos 200^m al S. del pozo, el aluvion presentaba también el siguiente corte:

- 1.º 0,20 tierra vegetal.
- 2.º 0,30 *payason* ó arcilla parda.
- 3.º 3,00 *acaron* ó arcilla roja.
- 4.º 3,00 *dugcálon* ó aluvion rico.

En estos 3 metros de *dugcálon* abundaban grandes cantos como de medio metro cúbico de volumen, y hacia la parte inferior multitud de trozos redondeados de *tonasi* ó hierro magnético y oligisto. Tenía, pues, el aluvion en este paraje todos los caracteres de riqueza con que en el país distinguen las *topadas*.

En el pozo, el *dugcálon* no tenía ya ni tan grandes cantos ni tan considerable cantidad de óxido de hierro, y la arcilla era mucho más blanquecina y pegajosa. El paraje en que había sido abierto debía ser, pues, menos rico que el del *Banlásan*, á pesar de que la distancia que los separaba no era, como acabo de decir, muy grande.

Placer de Bantohon y Pigsagan.—Continuando la marcha ascendente por la cuenca del río, se encuentran, después de dejar á Dominolog, los valles de Bantohon y Pigsagan, cuyos placeres nada de particular presentan, siendo circunstancias muy semejantes á las de aquel. Contienen numerosos restos de *tujubs* y *Banlásan*, los cuales parece ser que produjeron bastante oro cuando se hacia su explotación.

Placer de Pigtao.—El paraje donde hasta hace poco tiempo existía el pueblo de Pigtao, que había llegado, gracias á la industria del oro, á un estado relativamente floreciente y próspero, forma también una especie de península rodeada por el río Iponan y por el Pigtao, y elevada sobre aquel como unos 20 á 25 metros. Casi toda esta península está constituida por el aluvion aurífero, que no ha sido muy explotado á causa de la situación del pueblo y de lo esparcido de su caserío. Hay, sin embargo, algunos *Banlásan* antiguos, próximos al río Iponan, y otros más modernos en el camino del pueblo hacia el río Pigtao.

El aluvion de este placer es mucho más rojizo que todos los anteriores, y no llega á adquirir el máximo de potencia que suelen alcanzar otros placeres. En la zanja ejecutada para sacar las muestras de que hablaré luego, que es uno de los puntos en que menos desgastado está el aluvion, presentaba el siguiente corte:

- 1.º 0,20 tierra vegetal.
- 2.º 0,30 *payason* ó arcilla rojo-parduzca.
- 3.º 0,70 *acaron* ó arcilla muy roja con cantos.
- 4.º 0,30 *dugcálon* ó arcillas arenosas ricas en oro.

Otro semejante presentaba el *Banlásan*, comenzado en el camino del pueblo al río Pigtao:

En otro *Banlásan*, situado á media ladera, en el camino de la iglesia al Iponan, y muy próximo al cauce de éste, el aluvion presenta el siguiente corte:

- 1.º 0,25 tierra vegetal.
- 2.º 0,80 *acaron* ó arcilla roja muy pegajosa.
- 3.º 0,50 *dugcálon* ó aluvion rico.

De este *Banlásan* se extrajeron y se lavaron tierras con el *bilingan* por vía de ensayo práctico.

Placeres de Dumalogdog, Camingauan y otros.—En la ladera opuesta, y frente al mismo Pigtao, están situados en el valle de Dumalogdog, con varias explotaciones sus márgenes y laderas; los parajes ricos en oro de Camingauan y Sagana-hay nombres tomados de dos arroyos de escasa importancia.

El que por los numerosos restos de exportación que en él se hallan ha debido ser más rico, y por consiguiente más trabajado con utilidad, es el de *Camingauan*, á pesar del escaso relieve que relativamente tiene su topografía, la cual forma una meseta que se eleva unos 20 metros sobre el río Iponan; y esto debió hacer muy difícil la conducción del agua necesaria para los diversos trabajadores. Estos debieron de abandonarse tres ó cuatro años antes de mi visita, indicándome así su estado completamente derruido y desordenado, hallándose en este paraje casi borrados la mayor parte de los caracteres que presentan los más recientes trabajos.

En la calicata abierta para tomar muestras y colada, próxima al cauce del Iponan, en un paraje de antiguas explotaciones, el aluvion presentaba el siguiente corte:

- 1.º 0,30 tierra vegetal.
- 2.º 0,80 *acaron* ó arcilla roja.
- 3.º 1,20 *dugcálon* ó aluvion rico.

Por lo demás, los caracteres visibles de estos aluviones son completamente iguales á los de Pigtao, como podía verse dada su proximidad.

Otro tanto sucede á los restantes de *Cayingan*, etc., que pueden recorrerse hasta llegar al territorio ocupado ya por los moros; de suerte que para evitar repeticiones no los describiré.

2.º CUENCA DEL RIO CAGAYAN.

Caracteres del río.—Este río, aunque uno de los más importantes del distrito, geográficamente considerado, no lo es tanto desde el punto de vista aurífero, al menos en la parte que de él puede recorrerse sin peligro de tropezar con las tribus hostiles del interior. Esta parte es poco considerable, pues no llega á 5 leguas, á pesar de que en dicho trayecto, y probablemente más al interior, todavía su cuenca es llana y despejada, y por consiguiente de fácil acceso. El caudal de sus aguas es bastante considerable, sobre todo cuando se aproxima ya á la capital del distrito, que está á una legua próximamente de su desembocadura.

En la parte superior á Cagayan, el río se ha abierto un cauce próximamente á unos 40 ó 50 metros por bajo de la llanura general que forma la cuenca superior del río, además del valle reciente, que puede llamarse su cuenca inferior, la cual comienza en Cagayan y se extiende hasta el mar.

El lecho de este río es más arcilloso y menos pedregoso que el del Iponan; y aunque en ciertos sitios, excepcionalmente favorables, puede obtenerse alguna cantidad de oro muy fino, lavando

las gravas fangosas que constituyen el lecho, es en tan escasa cantidad que no remunera el trabajo de los lavadores, por lo cual no hay ninguno que se dedique á esta clase de trabajo.

Situación de los placeres.—Los dos únicos placeres que se conocen hoy en la cuenca de este río están situados en las cercanías del pueblo de monteses, llamado Munigue, que dista unos 20 kilómetros al S.S.O. de Cagayan. El primero de ellos se extiende en una faja paralela y próxima al río Bitog, tributario del Cagayan; y el segundo está colocado entre ambos ríos, en el paraje llamado Cálao.

Placer de Bitog.—El placer de Bitog no suele alcanzar, en ninguno de los puntos en que he podido examinarlo, más de unos 4 metros de espesor, sin duda por efecto de denudaciones que sufriera anteriormente, porque no se ven en el aluvion todas las zonas de que suele estar compuesto, y si sólo parte del *acaron* en algunos casos y el *dugcálon* completo y con más ó menos espesor.

En uno de los *Banlásan* que allí existen, el más reciente de todos, colocado muy próximo al río, y cuyo testero se limpió para sacar muestras, presentaba el aluvion el siguiente corte:

- 1.º 0,30 tierra vegetal.
- 2.º 1,00 *acaron* ó arcilla roja.
- 3.º 2,00 *dugcálon* ó parte rica.

Los cantos en este placer son menos redondeados, pero sumamente descompuestos; los de cuarzo y rocas eruptivas porfiroides, tan abundantes en los placeres del Iponan, son aquí escasísimos, presentándose en cambio, como elemento nuevo y dominante, algunos cantos, del tamaño de la cabeza, no muy redondeados, de feldespato orthosa, que en ciertos puntos está tan sumamente descompuesto, que más bien parece constituir dentro del aluvion núcleos de kaolin muy blanco y puro. En la parte inferior de este aluvion también se presenta una cantidad muy considerable de hierro oligisto y magnético, en trozos casi angulosos; y el oro que entre ellos se encuentra, en pajitas y planchuelas, tiene un color más rojizo y parece más puro que el de la cuenca del río Iponan.

La ausencia casi completa de las rocas eruptivas, la presencia del feldespato, que en los demás aluviones no se encuentra, y la mejor calidad de oro que aquí se obtiene, induce á creer que estos aluviones tienen un origen distinto que los de la cuenca del Iponan, es decir, que provienen de otra clase de criaderos en roca con gangas distintas y metal más fino.

Placer de Cálao.—En el placer de Cálao también se presentan los mismos caracteres, con la diferencia de ser en conjunto bastante más arcilloso el aluvion y también de más espesor.

El corte del *Banlásan*, que se limpió para recoger muestras, presentaba las siguientes zonas:

- 1.º 0,20 tierra vegetal.
- 2.º 0,50 *payason* ó arcilla parduzca.
- 3.º 1,10 *acaron* ó arcilla roja con cantos.
- 4.º 2,40 *dugcálon* ó parte rica.

Otros aluviones.—En varios parajes de la cuenca del río Cagayan y valles afluentes más principales, existen aluviones de caracteres muy semejantes á los descritos, sobre todo al de Cálao, como por ejemplo, el situado también cerca de Munigue, próximo á la desembocadura del Mangalay en el río Cagayan; pero lavadas sus tierras cuidadosamente con el *bilingan*, no dieron absolutamente ningún resultado en oro, por lo cual no existe en ellas ningún resto ni trazas de explotaciones antiguas.

3.º CUENCA DEL RIO BIGAAN.

Situación del río y caracteres de su lecho.—Este río, de escaso caudal é importancia geográfica, corre de S. á N. como los anteriores, no muy lejos del Cagayan, desembocando en el mar junto al pueblo de Gusa. Nace en las estribaciones occidentales del monte Tampayong, en cuya falda está situado también el único placer conocido de la cuenca de este río. Su lecho es aurífero, pero sumamente pobre, por lo cual no hay nadie que se dedique al lavado de las gravas y arenas.

Situación de su placer.—Casi en el nacimiento del río hay en el monte Tampayog un arroyo de gran pendiente en su parte superior, pero que cerca de su desembocadura en el Bigaan se hace más suave, constituyendo un pequeño valle que termina en la margen derecha del río. Este valle, que se llama Kitondugan, lo mismo que el arroyo que por él corre, contiene el placer llamado de *Quiliut*, nombre de un pueblo de monteses que ya no existe, y cuyos restos están situados á un kilómetro al N del valle.

Placer de Kitondugan.—En este placer existen bastantes *tujubs* ó pocitos de reconocimiento, y varios *Banlásan* de más escasa importancia que los que existen en la cuenca del río Iponan y aún en la del Cagayan.

El más reciente de todos, que se limpió para sacar muestras, presentaba la siguiente composición:

- 1.º 0,30 tierra vegetal.
- 2.º 0,80 *acaron* ó arcilla roja muy pegajosa.
- 3.º 2,00 *dugcálon* ó parte rica.

Este aluvion apenas contiene cantos cuarzosos ni eruptivos, viéndose tan sólo algunos pizarrosos,

de pequeño volumen, muy descompuestos, que casi se deshacen entre los dedos, y que por esta circunstancia más parecen trozos de arcilla ferruginosa u ocre endurecidos. Tampoco se presentan cantos de tonasi ó hierro oligisto y magnético, y el oro que se obtiene por el lavado es sumamente fino y poco abundante.

Trabajos en el arroyo.—En la parte superior del valle, ya en el verdadero arroyo ó torrentera de Kitondugan, también se encuentran los restos de un *banlásan* abierto sobre un aluvion de formación reciente, con caracteres completamente distintos de los estudiados como auríferos. No me causa, pues, extrañeza el resultado negativo de los trabajos de algunos indios de Gusa en este *banlásan*; pero con una constancia digna de mejor suerte, viéndolo el mal éxito obtenido en la superficie, se dedicaron á buscar más profundamente el oro, abriendo un pozo no lejos del citado *banlásan* en el mismo cauce del arroyo, cuyo curso tuvieron que desviar por medio de algunas obras toscas de piedra y tierra.

Habían dado al pozo en su principio una sección pentagonal, colocando uno de los vértices hacia la parte superior de la pendiente; mas á los pocos metros la sección pasó á ser rectangular, de 2,70 de largo por 1,20 de ancho, dividida en dos compartimientos, uno de los cuales dejaban siempre más profundo, para servir de caldera al agua que producía la escavacion.

Ambos estaban bastante bien entibados y encostillados, provisto uno de ellos de una escala de caña semejante á las que usan en las minas. En la boca tenían montado un largo torno con dos ruedas de bejuco en los extremos, en vez de manubrios, y se servían para la extracción de los cestos del país llamados *tanayac*, y para el desahogue de una especie de cubos muy curiosos, formados por veinte ó treinta trozos de caña gruesa (*bombones*), unidos entre sí con ataduras de bejuco. El pozo, excavado sin auxilio de la pólvora en la pizarra arcillosa y esteatítica muy antigua, tenía unos 15 metros de profundidad, para los que llevaban empleados ocho meses de trabajo. En esta profundidad no había indicio alguno de veta, ni metalizada ni estéril, por más que, según luego pude observar, este monte forma la prolongación al S. de los de Pigholugan, donde existen las únicas vetas de cuarzo aurífero conocidas en el distrito.

Esta última circunstancia, sin embargo, no la tenían en cuenta ni la conocían los que estaban perforando el pozo.

4.º CUENCA DEL RIO CUTMAN.

Situación del río.—En la falda oriental del mismo monte Tampayong nace el río Cutman, que corre paralelamente al Bigaan, hacia el N., hasta desembocar en la mar en el pueblo de Agusan. Es de mayor importancia que este último, por el caudal más considerable de aguas que lleva y por la extensión de su cuenca; pero atendiendo á su riqueza aurífera, no es grande la diferencia.

Situación de los placeres.—Al O. N. O. del pueblo de montes llamado Taguipitip corre el río Bugsug, que es uno de los afluentes del Cutman, y en el valle que lo forma es donde existen los dos placeres de Cabalitian y Libangan, nombres tomados de los dos arroyos que los atraviesan.

Placer de Cabalitian.—El Cabalitian es un vallecito con restos de *banlásan*, numerosos *tujubs* y verdaderos agujeros de rapaña, hechos sobre un aluvion muy arcilloso de 0,50 á 2^m de potencia, cuyos cantos de pizarra y cuarzo son muy angulosos, y cuyo oro no se presenta en granos redondeados, sino en dendritas de ángulos bastante pronunciados también, indicando ambas circunstancias que la formación de este placer es puramente local, y que no deben estar muy lejos las vetas ó filones de oro que han dado origen á su riqueza, bien escasa por cierto.

Examinando con atención las laderas del Cabalitian, y sobre todo la divisoria de este y del Tiun-san, se observan en ellas pizarras de la serie cristalina, atravesadas por vetillas irregulares de cuarzo que, aunque en los puntos en que tuve ocasión de examinarlas no presentaban indicio ninguno de contener sustancias metálicas, es muy posible que las hubiera en otros ocultos, y que de ellas provenga el oro que en el placer se encuentra. Viene también en apoyo de esta creencia, el presentarse al N., y no muy lejos, la formación de Pigholugan, que tiene con esta grandes analogías.

Placer de Libangan.—El placer de Libangan, donde hay poquísimos indicios de explotación, es aún de menos importancia que el anterior, tanto en extensión como en riqueza; y lo son menos todavía otras formaciones aluviales del valle de Bugsug, que ni siquiera se explotan; tampoco se lavan las arenas de este río ni las del Cutman.

RIQUEZA DE LOS PLACERES.

Descritas ya todas las formaciones aluviales de carácter aurífero conocidas en el distrito, ocurre naturalmente preguntar cuál es la riqueza verdadera de cada uno de ellos, para poder deducir de este dato, con entera seguridad, el interés que debe inspirar esta clase de criaderos y las operaciones industriales que habría que ejecutar para su explotación bien entendida.

La resolución del problema que envuelve esta

pregunta, es sumamente delicada y difícil, tanto porque en esta clase de criaderos solo puede deducirse la riqueza de aquellos puntos en que el arranque y ensayo de muestras la hubiese demostrado, como porque en comarcas como las citadas, y tratándose de explotadores de circunstancias tan especiales, es imposible averiguar ni el trabajo desarrollado, ni el verdadero resultado obtenido.

Sin embargo, como los ensayos, ya sean prácticos en la misma localidad, ya docimásticos ó de análisis en el laboratorio, proporcionan siempre algunos datos útiles y suministran noticias para graduar la riqueza de estos aluviones, recogí con ciertas precauciones muestras para los ensayos de laboratorio, y ejecuté también en las mismas localidades algunos ligeros ensayos prácticos con el *bilangan*.

Los de esta clase solo se hicieron en aquellos parajes en que la proximidad de alguna corriente de agua facilitaba su ejecución, sin multiplicarlos tampoco demasiado, tanto porque el tiempo invertido en ellos era considerable, aunque se operase con cantidades pequeñas de aluvion, como porque no haciendo estos ensayos en gran escala, sus indicaciones no podrían ser tan exactas como las de laboratorio, teniendo en cuenta las pérdidas que originan los lavados llevados al último extremo.

Por rico que sea un aluvion, como el oro está diseminado en él en pequeñísimas cantidades, las muestras tomadas para el ensayo de laboratorio no podían ser en tan pequeña cantidad como cuando se trata de las de otro metal cualquiera, ni tampoco en volumen tan considerable que hiciera difícil y costoso el transporte. Por lo tanto, se necesitaba arbitrar un medio de elegir muestras en cantidad relativamente grande, que representasen bien la riqueza del punto elegido, reduciendo al mismo tiempo su volumen sin disminuir ni perjudicar en nada su riqueza. Creí lo más conveniente á este efecto someter una cantidad conocida de tierras á un desmenuamiento y concentración cuidadosa, en que no se perdiera ni una partícula de oro, obteniendo como resultado arenas de mayor riqueza que pudieran transportarse con más facilidad para practicar con ellas los ensayos docimásticos.

Con objeto de someter siempre á la concentración un volumen perfectamente conocido de tierra, era necesario ante todo hallar una relación de medida entre el aluvion *in situ* y el aluvion arrancado, porque de ella podría deducirse fácilmente, tanto la relación entre el volumen del aluvion *in situ* y el de las arenas resultantes de la concentración, como la de los pesos de las mismas materias, sabiendo antes la densidad de los aluviones. Tomé, pues, el *tanayac* como unidad práctica del volumen, de que podía servirme en las operaciones de concentración, averiguando antes prácticamente en cada placer cuántas de estas unidades contenía una fracción exacta de metro cúbico de aluvion *in situ*. En todos ellos el resultado fué el mismo, dando 128 cestos de tierra arrancada y suelta por metro cúbico de tierras de aluvion *in situ*.

Los puntos elegidos para tomar las muestras se han indicado casi todos en la relación hecha de los principales placeres, mas á pesar de esto, creo deber señalar aquí ligeramente las razones que me movieron para escogerlos.

En Pigtao dije ya que existían dos ó tres *banlásan* mal colocados con respecto á su explotación, por la proximidad y lo esparcido de su caserío; pero tal vez por esta misma forzada privación los naturales suponían en ciertos parajes grandes riquezas, y entre ellos el más nombrado era el de los alrededores de la iglesia.

Fundaban esta creencia en que, cuando se construyó, las tierras que se habían arrancado para elevar los pilares, sobre todo las del S., habían dado por el lavado una riqueza excepcionalmente grande. Me decidí entonces por este sitio, mandando abrir una calicata al pie mismo de los citados pilares, con lo cual podría estudiar al mismo tiempo la naturaleza del aluvion en un paraje virgen de escavaciones anteriores. En ella, no solo recogí muestras del *dugcálon* ó parte rica, sino del *acaron* ó parte más pobre, inmediatamente sobrepuesta, para averiguar la distribución de riqueza en el sentido vertical, y ver si en una explotación bien entendida podría aprovecharse también el *acaron* (1).

En Camiñangan había muchos restos de labores antiguas, pero estaban, como ya dije, derruidas completamente, y en ninguna se presentaba el aluvion al descubierto, por lo que habiendo de ejecutar necesariamente movimientos de tierras, preferí abrir una calicata nueva y próxima al río para facilitar el transporte á éste de las tierras que se concentrasen, y para poder observar también el espesor y circunstancias del aluvion y en la proximidad del cauce del Iponan.

En Dominolog aproveché el pozo grande y *banlásan* reciente, teniendo, sin embargo, necesidad de desaguar aquel y transportar las tierras de uno á otro punto á la orilla del Iponan, pues las aguas que salieron del pozo y se recogieron en su depósito, no fueron suficientes para este objeto, presentándose los aluviones, sobre todo los de este mismo pozo, sumamente arcillosos.

(1) Como solo ejecuté limitados ensayos, hasta ahora no he podido averiguar esta circunstancia, muy importante.

En Munigue, Kitondugan y Bugsug también recogí muestras de los puntos que ya indiqué al tratar de estos placeres.

Además de todas estas muestras, que sometí á la concentración, recogí también otras de aluvion virgen, las cuales, para que representasen una riqueza análoga á las concentradas, iba tomando de cada cesto de los destinados para la concentración, una pequeña cantidad de tierras que no disminuyera sensiblemente la medida del cesto.

Ensayos de laboratorio.—Tenía doce muestras de arenas desmenuadas y otras doce de aluvion tal y como se presentaba en los placeres para someterlas al ensayo y análisis; pero cuando creía, á la vuelta de los trabajos de campo, poder disponer en la Inspección del laboratorio para hacer estas pruebas, me encontré con que todavía no estaba instalado, por causas que no son de este lugar.

Estos ensayos debían ser, sin embargo, la base principal del estudio que solo había comenzado en el campo, porque con ellos se pondría en cierto modo de manifiesto la riqueza é importancia de los depósitos de que procedían las muestras; así, pues, tuve que recurrir al laboratorio de la Casa de Moneda, por más que las obras que se estaban ejecutando en el establecimiento y la índole especial de este laboratorio, no me permitían practicar con entera libertad y desahogo, y con los recursos necesarios al objeto, todos mis trabajos (1). Me ví, pues, en cierto modo obligado á aligerar los ensayos todo lo posible, no ejecutando más que uno de las varias muestras de cada placer, sin repetirlos ni comprobarlos. No los presento, pues, con entera confianza, y solo los consigno aquí á falta de otros más detenidos, sin perjuicio de ampliarlos y comprobarlos cuando la instalación del laboratorio de la inspección me lo permita (2).

RESULTADO DE LOS ENSAYOS DE LABORATORIO.

PROCEDENCIA DE LOS ALUVIONES.	Gramos de oro por metro cúbico.	Ley.	
		Quilates	Milésimas.
Calicata de la iglesia de Pigtao (<i>dugcálon</i>).....	5,906	16	665
Calicata de Camiñangan (id.).....	0,654	16 ½	685
<i>Banlásan</i> en Dominolog (id.).....	3,304	15	625
Idem en Bitog.....	5,536	18	757
Idem en Kitondugan.....	0,765	13 ½	564
Idem en Cabalitian.....	0,112	14 ½	600

RESULTADO DE LOS ENSAYOS PRÁCTICOS POR LAVADO.

El lavado ó ensayo práctico ejecutado en algunos puntos de estos mismos placeres sobre una fracción de metro cúbico mucho menor, dieron también el resultado siguiente:

PROCEDENCIA DE LOS ALUVIONES.	Gramos de oro por metro cúbico.
De dos <i>banlásan</i> abandonados de Pigtao (término medio).....	3.520
De dos id. id. id. en Camiñangan.....	4.320
<i>Banlásan</i> en Bitog.....	4.140
Idem en Calao.....	1.130
Idem en Kitondugan.....	0.620

De la observación y comparación de los anteriores resultados, puede deducirse: 1.º, que el *banlásan* de Bitog es comparable en riqueza á la calicata de la iglesia de Pigtao, siendo el oro de mejor ley; 2.º, que el aluvion más pobre es el de Cabalitian (*Quiliat*); 3.º, que el término medio de la riqueza de los aluviones de la cuenca del río Iponan, resulta de 3.288 para el ensayo docimástico y de 3.556 para el de los lavados; 4.º, que este aparente contrasentido debe ser debido á que los *banlásan* tomados para las muestras de los lavados, eran indudablemente más ricos que la parte limítrofe al río donde se abrió la calicata para tomar las muestras de laboratorio; 5.º, que en los demás puntos ya no se nota esta anomalía, aunque la diferencia parece que debía ser aún más considerable; 6.º, que en general resultan estos aluviones con una riqueza un poco menor, pero análoga á los de Rusia, y bastante inferior á los datos conocidos sobre la riqueza de los de California y Australia.

ENRIQUE ABELLA Y CASARIEGO,
Ingeniero Jefe de segunda clase.

(Continuará.)

(1) Debo consignar aquí la cortesía del director y eficacia de los ensayadores para facilitarme los recursos de que podían disponer.

(2) El procedimiento seguido en estos ensayos fué el de amalgamación, porfirizando muy detenidamente las arenas y averiguando la ley del oro obtenido por medio de la incrustación.

LAS REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

LA AMÉRICA continúa su perseverante empresa de propagar las nobles ideas, los hechos fecundos, los nombres ilustres que honran el mundo de Colon.

Queremos destruir antiguos errores y vetustas preocupaciones, y bien merece que sea conocido y apreciado en Europa, en todos sus aspectos, político, literario, científico, económico y social, tan vasto continente.

No basta saber que el nuevo mundo está asentado sobre los Andes, en medio de dos océanos, que produce metales preciosos, café y cacao, guano y cueros, quina y maderas de tinte y mil artículos de comercio.

Es preciso estudiar el espíritu de su literatura, y de sus publicaciones periódicas, la estructura de sus instituciones, la vitalidad de su democracia, el genio de sus costumbres, las tendencias que le animan, la índole de sus revoluciones, los tipos de sus razas, su historia y sus progresos.

Y el estudio de sus condiciones sociales es más interesante, sobre todo, para España, que es su hermana.

Las odiosas antipatías excitadas por el feroz despotismo, la hostilidad de las tradiciones del mundo antiguo contra las manifestaciones de la libertad moderna, han desaparecido entre los escombros del pasado, y la España de hoy, cuyo corazón palpita de entusiasmo por el progreso y por la democracia, tiende sus brazos afectuosos a través de los mares, para estrechar en ellos a la progresiva y democrática América Hispana.

¿Cómo no hemos de reconocer que su evolución fué profundamente social, una grande, necesaria y saludable transformación, no un hecho material, si no una *idea* regeneradora de civilización, cuando nuestra patria gemía encorvada bajo el yugo ignominioso del fanatismo y de la ignorancia?

¡Ah! si la España de 1812 hubiese logrado consolidar sus libres instituciones, aceptando la emancipación de sus antiguas colonias, habría tenido una preponderancia fecunda, fundada en los principios de libertad, de independencia, de comunidad de origen, de raza, de lengua, de historia y de literatura.

América habría ganado también, contando con el prestigio y el apoyo español liberal para el progresivo desarrollo de una democracia pacífica y hospitalaria.

Pero España, encadenada por Fernando VII, en premio de su heroica lucha contra el pérfido invasor de su territorio, apenas volvió a conquistar sus derechos, le fueron arrebatados por la expedición infame de los secuaces del absolutismo traspirenaico, mandada por el duque de Angulema, y después de once años de la más ominosa y sangrienta esclavitud, al amanecer la aurora de su regeneración en 1834, los desastres de la guerra civil la impidieron hacer la paz con las Repúblicas hispano-americanas, y constituir su alianza con ellas, en beneficio mutuo y en interés de nuestra raza.

Y la América española, por desgracia, sufrió terribles convulsiones, ofreciendo al mundo civilizado el espectáculo frecuente y sangriento de luchas fratricidas, consecuencia inevitable de los elementos heterogéneos y mal combinados que formaban aquella sociedad naciente a la vida del derecho, emancipada de una tiranía secular, que había echado hondas y nocivas raíces en aquella tierra privilegiada por los más ricos dones de la feraz naturaleza, viciada y corrompida por gobiernos opresores.

Grandes y titánicos esfuerzos han debido hacer aquellos pueblos para establecer el sistema republicano, por más que fuera aparente en la forma, habiendo predominado largos años, real y efectivamente en el fondo, la despótica autoridad de parodiadores pretenciosos y vanos del imperio Napoleónico, como un Rosas y los Belzú, Monagas, Santa Ana y otros tiranuelos melodramáticos, dictadores de cuartel ó de sacristía que provocaron tantas insurrecciones y reacciones, paralizando el progreso moral y material de aquellos Estados.

El mal era profundo, y la responsabilidad de los desastres y perturbaciones sufridas, pesaba en gran parte sobre el régimen anterior, que había inoculado un virus deletéreo en aquel cuerpo social.

Los conquistadores, lejos de comprender el genio de las costumbres y de las tradiciones de nacionalidades embrionarias, accesibles á desarrollar los gérmenes de civilización que guardaba en su seno, emplearon la violencia bajo todas sus formas, rompiendo los resortes y los músculos de la raza indígena, y fundaron el despotismo centralizador, que suprimía toda espontaneidad y toda iniciativa en la vida social.

La Inquisición y la acción de los misioneros jesuitas, completaron el cúmulo de elementos fatales para las colonias; el egoísmo condujo al monopolio, y la destrucción de los indígenas, condenados á un trabajo mortífero en la explotación de las minas de oro y plata en provecho de los aventureros españoles, introdujo el elemento africano, consumando la obra de la iniquidad, la esclavitud de los negros.

¡Qué extraño es que al cabo de tres siglos de dominación, cuando las colonias se emanciparon

de la madre patria, novicias en la ciencia de la administración, no lograsen constituir de improviso un buen gobierno, iniciar el progreso y consolidar las instituciones libres que habían proclamado!

Era preciso que aprendieran á costa de dolorosas experiencias, de terribles enseñanzas, á gobernarse por sí mismas, aniquilando los vicios heredados de la conquista, y los que emanaron después de sus combates por la independencia y de sus disensiones civiles.

El desnivel intelectual entre los innovadores que hicieron la revolución y las masas del pueblo, era inmenso. El indio estaba sepultado en la más profunda abyección é ignorancia.

Como el indio no era considerado sino como un instrumento de explotación, no se le enseñó otra cosa, sino que debía fiel obediencia al rey su señor y á todas las autoridades, pagar religiosamente sus tributos, y que no encontraría salvación en este mundo ni en el otro, sin «pagar diezmos y primicias á la iglesia de Dios nuestro Señor,» y contribuir con dones espléndidos á la fundación de capellanías y á la redención de las almas benditas.

Las escuelas fueron escasísimas, mal dotadas y peor servidas, reducidas á la enseñanza de la doctrina cristiana y á recitar de memoria el abecedario.

El gobierno prohibió, con rigor extraordinario, en todas sus posesiones, la introducción y lectura de libros de literatura, de historia, de política y de filosofía. La Inquisición proscibía el libro y perseguía al introductor y al lector.

Las misiones, con rarísimas excepciones, no prestaron grandes beneficios á la civilización; solo sirvieron para que los jesuitas poseyeran inmensos rebaños, grandes haciendas en Nueva Granada, como en Venezuela y Buenos-Aires. El Paraguay contenía excelentes elementos de prosperidad, y se convirtió en el país más atrasado, desde que fué patrimonio de los jesuitas, dignamente representados más tarde por el doctor Francia.

Ciudades de cuatro ó cinco mil habitantes, contaban en su recinto seis ó más conventos ó monasterios de frailes vulgares sin instrucción, que no eran útiles para la enseñanza ni para la caridad inteligente.

Estos monasterios, que mantenían en las ciudades ejemplos de ociosidad y de mendicidad, concentraban é inmovilizaban la riqueza territorial y urbana, por las capellanías, herencias conventuales, y demás instituciones análogas, y las ciudades y las parroquias se convirtieron en feudos de las comunidades religiosas.

Así la propiedad quedó en poder de manos muertas, donde más se necesitaba su movimiento y desarrollo.

A pesar de las leyes de Indias inspiradas por un espíritu humanitario, se produjo el estancamiento de la riqueza; el sistema feudal se trasplantó á las colonias con la creación de las encomiendas, que poseían pueblos enteros y tierras cultivadas por los indígenas, concedidas por el Gobierno á los conquistadores, que no sabiendo trabajar, sólo pensaron en adquirir inmensas fortunas, sacrificando á los hijos del país.

Y la intolerancia llegó al colmo de que los mestizos, que eran el fruto de la fusión de la raza española con la indígena, y cuantos hijos fueron de nuestros compatriotas, nacidos en América, llamados criollos, fueron excluidos de las ventajas de la vida social, y tratados como una raza inferior, los que naturalmente hicieron causa común contra sus dominadores.

El comercio de las ideas, de las brazos y de los capitales negado á los extranjeros, el caos de la administración de justicia, omnipotente y absoluta de los vireyes y sus consejeros, en la esfera política fiscal, mientras en las relaciones civiles, y en la mayor parte de los casos graves, dependía la decisión de los procesos de tribunales superiores que residían en nuestra patria, á miles de leguas de distancia, todos estos antagonismos eran detestados por los que sufrían tantos abusos, y concibieron el gran drama revolucionario.

Los resguardos instituidos para la defensa y protección de los derechos de indígenas, no hicieron otra cosa que dar nueva forma á su servidumbre, porque los indígenas de cada resguardo tenían á su cargo la apertura de sus caminos y puentes, la construcción y conservación de la iglesia parroquial, tributo verdaderamente oneroso, además de los diezmos, primicias, derechos de estola que pagaban á los curas, y otras contribuciones, con sobrada frecuencia, por razón de *alfevanzgos*, para fiestas de iglesias que multiplicaban en sus dedicatorias á infinitas vírgenes y santos.

Los *encomenderos* por título oficial, los curas y los colegios de las misiones en nombre de la Iglesia, y los aventureros rapaces por derecho de *conquista personal*, se habían apoderado de todos los terrenos antes pertenecientes á los aborígenes alrededor de los pueblos.

El Gobierno quiso amparar á esos millones de párias; organizó tribus de indios en comunidades agrarias, á las que devolvió la propiedad de algunas tierras, y cada jefe de familia indígena tenía derecho á cultivar una porción de tierra en usufructo, porque el derecho de propiedad pertenecía á la comunidad entera.

Los derechos usufructuarios eran hereditarios, por cabeza de familias, solamente siguiéndose la línea materna, como la prueba de ser indígena. Los padres de familia en cada tribu de resguardo

constituían un *cabildo* para la administración interior exclusivamente. Estas tierras eran enajenables, para impedir que la codicia y la astucia de los no indígenas pudieran arrebatárselas á estos.

Pero los resguardos, inmovilizando la propiedad y haciéndola indivisible, condenaba á los indios á no ser más que pécimos agricultores, porque al carecer de propiedad trasmisible, no les estimulaba el interés de mejorar *cierto* terreno, camino ó puente, y los hacía incapaces de ser obreros ó artesanos; y por su aislamiento, por su derecho de sucesión por la línea materna, tenían un interés capital en no cruzarse con ninguna otra raza.

De esta suerte, extraños á la civilización, la analogía de condición servil y degradada de la raza india y de la raza negra que fué introducida en América, para los más rudos trabajos, favorecía su cruzamiento, que produjo la casta denominada *zamba*.

Así, al estallar la revolución, las tribus indígenas, imbuidas en las más vulgares supersticiones, aparecieron como inmensas masas estúpidas, refractarias al progreso, sin aptitud para recibir la impulsión de las clases ilustradas, y han sido necesarios colosales esfuerzos, muchos años de perseverante enseñanza, á fin de educar su inteligencia, de elevar su espíritu, y hacerlas miembros dignos de la sociedad moderna.

En Méjico, en el Perú, Bolivia y Paraguay, donde fué muy limitado el número de los negros, así como en todas las regiones altas de Colombia, el elemento indígena se conservó puro por haber sido también muy persistentes las preocupaciones de la raza conquistadora.

En la última república los blancos estaban respecto de los indios cobrizos, rogizos y bronceados en la proporción de uno á diez ó acaso ménos, según el cálculo de un estadista hispano-americano.

Como nuestros compatriotas regresaban por lo común á España con sus familias, no quedó elemento más estable que los criollos para formar la nueva sociedad, pero este elemento era tan diminuto, que la colonización suficiente del Nuevo Mundo habría exigido muchos siglos, mientras la raza negra que se multiplica con prodigiosa facilidad en los climas ardientes, pudo llegar á ser la más fuerte y haber convertido á Colombia en una nueva Africa.

Los propietarios de minas y de establecimientos agrícolas tenían interés muy grande en introducir muchos esclavos para dar incremento á sus especulaciones, porque las razas indígenas de los valles y las costas completamente salvajes, carecían de hábitos de trabajo y de aptitudes para la explotación y las de las tierras altas y frías sucumbían al bajar á los valles ardientes, húmedos y desiertos donde se hallan casi todos los depósitos auríferos.

Las Casas quiso salvar á la raza india, y aconsejó la importación de una raza fuerte para el trabajo en los climas tropicales; acogido su consejo, se creó el tráfico de negros, y quedó establecida la esclavitud de la raza africana.

La población se dividió en dos castas. En las tierras altas la de los blancos y *blanquecinos* y los indios más asimilables, y en las tierras bajas, la de los negros y *negruzcos* ó pardos, las zambas y mulatas.

Los blancos, que poseían minas, ingenios y especulaciones de comercio en las regiones altas, se habían visto forzados á permanecer en ellas.

Las diferencias del tipo indígena son numerosas, y hace algunos años que consagramos un artículo en LA AMÉRICA á la variedad de razas que pueblan aquel continente.

El sistema fiscal fué insaciable; era un empirismo asolador en materia de impuestos y de vitalidad económica, que ahogaba la producción, la industria y el comercio, porque en todos se hallaban arraigados el monopolio, el privilegio, el fraude y la violencia.

Abrumada la propiedad, el simple trabajo y los tributos eran absorbidos por los gastos de percepción, sin provecho ninguno para el fisco, pero con gran detrimento de todas las clases sociales.

Las alcabalas ó derechos sobre toda materia objeto de compra ó venta, las multas, ventas de empleos, *sisas* de todo género, odiosas é inmorales. La nomenclatura de las imposiciones era inmensa sobre las sucesiones, las Aduanas, los pesos, pesas y medidas especiales para todas las transacciones, la producción de oro y plata, de registros y anotaciones, oficios é industrias, títulos profesionales, de minas y tierras, de empleos, etcétera; el papel sellado, los consumos, caminos y puentes construidos por el trabajo forzado y gratuito de los ciudadanos y de los indios, los monopolios de la producción y venta de sal marítima, y de la explotación de las minas de sal gemma, de todo el servicio de correos, el de la destilación y venta de aguardientes, fabricación y venta de pólvora, armas y municiones, del cultivo y venta de tabacos, la renta que provenía de la venta de tierras baldías, de los bienes mostrencos, etc.

Los impuestos municipales además numerosos y de diversas formas, sobre los puertos, tránsito, pasaportes, licencias para fiestas, bailes, tréants, ventanillas, mercados á cielo raso, para apertura de caminos; un enjambre, en fin, de contribuciones infame sobre *toda*.

El Gobierno colonial trocó los frenos, administrando directamente los *estancos*, las aduanas, y todos los ramos sujetos á una renta de derechos ó valores más ó ménos precisos, y arrendaba ramos



que no tenían tarifas determinadas y se prestaba á explotaciones inhumanas, como los diezmos, por ejemplo.

Impidió el cultivo de la viña, del olivo y otros frutos, para que no sufriesen competencia las producciones análogas de la Península, y llegó el absurdo hasta prohibir que un distrito, que podía cultivar acaso diez millones de plantas de tabaco, cultivase solamente un millon, fijando límites rigurosos á la agricultura.

Su preocupación exclusiva fué la minería, la explotación del oro y de la plata; y la balanza del comercio, desdeñaba las ricas y numerosas minas de cobre, hierro, plomo, carbon, asfalto, nitro y demás materias metálicas y salinas, en las que estribaba la fortuna y el porvenir de aquellas colonias.

Tantas estorsiones y vejámenes inicuos, debían producir fatales y lógicas consecuencias, que iremos exponiendo sucesivamente.

Hoy vamos á terminar nuestro artículo para La AMERICA con hechos de actualidad.

La República de San Salvador (Centro-América), continúa estrechando sus relaciones fraternales, no solo con Guatemala, Honduras, etc., sino con la oriental del Uruguay, donde ha sido electo presidente de la República el general don Mariano Santos. Además, su Gobierno celebra contratos con la Compañía de los Telégrafos de Centro y Sud-América, para establecer en las aguas de la República uno ó más cables telegráficos sub-marinos, que anexionen las costas de la República con las de Méjico al Norte, y las aguas de Nicaragua al Sur.

Fué muy brillante la fiesta motivada por la inauguración del primer ferro-carril del país, de Acajutla á Sonsonate.

El jefe del Poder Ejecutivo, presidente del Salvador, Dr. D. Rafael Zaldívar, fué recibido y saludado con entusiastas muestras de simpatía por los pueblos del país, entonando himnos de alabanza al progreso y al ilustre ciudadano que consagra sus incansables desvelos á cimentar la prosperidad de la patria.

Las bandas de música rindieron el homenaje debido al presidente de la República, y los representantes de los municipios pronunciaron discursos muy vehementes en su elogio.

Vemos con grata satisfacción que aquel Gobierno realiza mejoras positivas, y unimos nuestros plácemes á los que tributaron al digno presidente de la República del Salvador, Dr. Zaldívar, los pueblos de la costa del Balsamo.

Pero no solo atiende á los adelantos materiales, sino á los morales é intelectuales, propagando la instrucción pública.

También se elaboran fecundos proyectos, y se llevan á cabo grandes reformas en la República Argentina. Se han establecido sucursales del Banco Hipotecario en las provincias, que han de ser en extremo beneficiosas para el fomento de sus intereses.

Tiene razon nuestro apreciable colega, *La República Argentina*, en defender la tesis de que establecimientos de este género son necesarios para dar valor é importancia indiscutibles á los inmensos y desiertos campos que constituyen la máxima parte de la superficie territorial de las provincias, y que permanecen hoy día abandonados é improductivos por falta de capitales en el interior.

Mucho va progresando aquel país, que disfruta de pingües rentas, donde la industria azucarera adquiere cada día más incremento. Varios capitalistas tratan de establecerla en grandes proporciones en Corrientes, al ver los resultados beneficiosos que la plantación de la caña dulce hecha en este año en Santiago de Estero, alcanza á 1.250 cuerdas, que dará cada una un producto líquido de 25 por 100 con relacion al capital invertido.

Sí, la riqueza de aquella república crece de un modo extraordinario. Desde 1.º de Enero del corriente año hasta el de Junio, asciende la suma que ha ingresado en el tesoro público, á trece millones ciento siete mil noventa y un pesos, sin incluir algunas Aduanas.

Hay un saldo á favor del tesoro de siete millones setecientos cincuenta mil setecientos cincuenta y un pesos, sobre el valor de las exportaciones é importaciones en este semestre.

No puede ser más notable su prosperidad progresiva.

El Brasil codicia el territorio de Misiones de la República Argentina, pero no creemos que alcance su anhelado objeto. Bueno es, sin embargo, que se obre en esta cuestion con gran prudencia.

Las leyes promulgadas por el gobierno del Paraguay merecen alabanza de LA AMERICA. Los llamados delitos de imprenta quedan sometidos á la jurisdicción del Jurado.

Se declaran libres de todo impuesto la almendra de coco que se exporte durante cinco años; la explotación de las minas calcáreas, la extracción de la leña necesaria para la fabricación de la cal, de los montes fiscales, son libres también durante el término de diez años.

Y se ha creado una escuela anexa al Colegio Nacional, en la que se enseñará derecho romano, civil, comercial, penal, internacional, constitucional, canónico y administrativo, economía política, estadística y procedimientos.

Celebramos con toda la efusión de nuestra alma el tratado de paz de España con la República de Chile, que nos inspira muy antiguas simpatías,

desde que nuestro inolvidable hermano representó al Gobierno de la revolución de 1854 en aquella República hermana, á cuya floreciente prosperidad hemos consagrado algunos artículos en LA AMERICA.

¡Cuándo llegará el día venturoso de que cese la lucha fratricida entre Chile y el Perú y que estrechen también sus lazos fraternales! Son nuestros más ardientes y más sinceros deseos.

EUSEBIO ASQUERINO.

LITERATURA ITALIANA.

Ahora bien, su obra es dañina, porque reduce á teoría la conducta abominable de algunas individualidades, convirtiendo así sus crímenes en máximas generales que la tiranía puede impunemente practicar.

Un estudio filosófico de historia romana es su *Discurso sobre Tito Livio*, en el cual investiga las causas de la grandeza y decadencia de Roma, y profundizando sus instituciones, leyes y costumbres, descubre las fases sucesivas de su decadencia en la historia.

Supone tal trabajo un talento profundo y meditador, reconocido en el florentino por Montesquieu y Saint-Evremond, que, dos siglos más tarde inspirándose en él trataron el mismo asunto sin olvidar sus ingeniosas reflexiones.

Sus libros sobre el *Arte de la Guerra* asombran por los conocimientos que encierran en materia de táctica militar.

Y su *Historia de Florencia* tiene tal elevación de miras como altos pensamientos, que solo se encuentran en el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet. Estilo firme y enérgico, como el de Tácito, y narración franca y rápida con reflexiones profundas en plan vasto y atrevido, hacen filosófica su historia que no solo se limita á contar sucesos, si no que en la fusión de los métodos, (relato y razonamiento,) ha llegado á la perfección del género.

Sobresaliente en el arte de gobernar, Maquiavelo, tan excelente prosista, no fué ménos como poeta. Su *Mandrágora* que Voltaire pone sobre las mejores piezas de Aristófanes, le coloca en el rango de los mejores poetas cómicos, así como por el éxito que alcanzaron sus comedias *Clizia* y *Andria*, notables por la gracia de expresión.

Y *Capitolini* y el *Asido d'oro* como su entretenida novela *Belpheghe* son apreciables por la armonía del estilo y la fuerza del pensamiento.

La muerte sorprendió á los sesenta años á este fecundo talento que cierra el siglo de oro de la literatura italiana.

VI

La decadencia del siglo XVII vino preparada por los escritores de segundo orden que invadieron el palenque literario, resplandeciente aun de luz, que astros de primera magnitud habian exparcido al brillar en el cielo del Renacimiento.

Tras ellos, copistas sin inspiración, talentos falsos y pretenciosos sin brillo ni originalidad, confundieron lastimosamente la grandeza con la hinchazón, y con pobre elocuencia plagada de antítesis y chistes de retruécano, pusieron en boga el mal gusto que origina la singularidad de quien queriendo á todo trance aparecer nuevo, exagera los pensamientos, prodiga las imágenes, y recargando el colorido á fuerza de afectación cae en el ridículo.

Constanzo el napolitano, compilador de una historia del reino que dedicó á Felipe II de España, cuyos versos corren parejas con los de Baldi el médico, que cantó sus amores con la Brisoni, y despues el *Diluvio Universal* en un diluvio de versos de diez y ocho sílabas, cuya absurda invención no tuvo secunaces.

Tassoni, que en su odio á la dominación española escribió un libelo tremebundo bajo el título sarcástico de *Enequias de la Monarquía en España*, el cual explotó lisonjeando así los resentimientos de la casa de Austria con la de Saboya, y alcanzando por tanto la protección de Carlos Manuel á quien lo dedicó.

El burlasco Lalli, y Testi y Redi, ya de algun más valer, fueron también adeptos de los corruptores Guarini y Marini que personifican la época del mal gusto.

El drama pastoril titulado el *Pastor Fido*, es el monumento á que va unida la reputación de Puarini; porque su comedia *Idropica* es inferior, y como todo lo suyo está lleno de afectación y amaneramiento á más de superabundancia poética.

Pero Marini le aventajó, multiplicando sus malas obras y afectando tener á gala salirse del buen camino para divertirse con extravagancias el gran mundo en que brillaba como poeta de corte condecorado con la Cruz de San Mauricio.

La apoteosis de María de Médicis que celebró en un poema titulado el *Tiempo*, lo mismo que la *Cuccagna*, son variantes del ingenio del singular poeta, quien hasta por su figura lo fué, al decir de sus contemporáneos, pues su buena estampa le sirvió para hacer fortuna.

Hecha moda la corruptela, hasta la elocuencia se contagió; y tal manía invadió el foro, que llegaron los abogados en sus defensas á buscar efec-

tos de palabra con perjuicio del razonamiento en aducion de pruebas; no faltando oradores sagrados que llevaran al púlpito ese estilo pretencioso y ridículo tan impropios del objeto como del lugar, y tan opuesto en absoluto á la sencillez evangélica.

Entre los prosistas, que fueron escasos además, casi todos también se inficionaron del mal, y apenas se encuentran otros que los historiadores del Concilio de Trento, únicos escapados á la influencia perniciosa de la escuela Marinista.

Pedro Sarpi, conocido por Fra Paolo (hermano Pablo) religioso de la orden de los Servitas, escribió con tanto talento como mala intención su *Historia del Concilio de Trento*. Calvinista de corazón, tuvo cuidado de no atacar el protestantismo sin dar tampoco por ello la razón al Papado, lo cual alarmó á los católicos que vieron su obra como un tejido de falsedades de que protestaron desde un principio.

El Cardenal Sforza Pallavicino compuso á este fin como refutación otra historia del mismo título con distinto objeto, según documentos conservados en el Castillo de Santo Angelo. Curioso es el testimonio de los trescientos sesenta y un puntos que toca, demostrando auténticamente las falsedades en que dice incurrir Fra Paolo.

De todas maneras la obra está bien escrita; pero las frecuentes digresiones del autor trayendo á discusión ciertas materias son de lamentarse por más de un concepto, á más de abusar en el cuerpo de la historia de citas que debiera mejor haber puesto en *notas* para hacer ménos fatigosa la lectura.

Así concluye la época de la decadencia que marca, despues de un paréntesis de atonía, otra de regeneración en que lucen autores de inventiva.

Rinuccini, que dió la idea de la *Opera* tomando de las pastorales de Policiano la idea de aplicar la música á la poesía, habiendo compuesto la *Dafne* con los maestros Caccini y Peri, y más luego el *Orfeo* y la *Arianna*; siendo no ménos digno de mención Chiabrera el lírico que cultivó el género, y autor de un poema titulado la *Amedeida* ó sea la conquista de Rodi por Amadeo de Saboya.

Y finalmente, el satírico Menzini y el deforme y desdichado Guidi, que cierran el período con Filicaja, protegido de Cristina de Suecia, y el célebre pintor y poeta Salvator Rosa, cuyas composiciones acusan igual sello que sus cuadros; porque su pincel tan severo y áspero como su pluma retratan el carácter del artista, á quien puede aplicarse por la excepción de su génio, esplendente como los contornos de Nápoles, el precepto latino: *Ut pictura poesis*.

VII

El siglo XVIII presenta un aspecto especial; es la *Regeneración* de la literatura italiana.

La depuración del gusto, que la escuela marinista habia corrompido, fué un paso de progreso. La *Arcadia Romana*, sociedad sostenida por hombres de gran talento, que para ser consecuentes con su título cultivaban exclusivamente la poesía pastoril, fué causa de que por abuso se cayese nuevamente en los defectos que se trataron de estirpar. Las poesías bucólicas se multiplicaron extraordinariamente, y la Italia entera no oyó más que églogas é idilios, viniendo á la postre á caer de nuevo, agotado el género, en relatos fatigantes de pobres concepciones, pesadas por su monotona. Sin embargo, muy señalados servicios prestó á las letras italianas. Pero el buen gusto se restauró al fin en la Península, gracias á las ideas francesas que pasaron al otro lado de los Alpes.

Los poetas clásicos por excelencia que se levantaron á inmensa altura en Francia, fueron imitados en Italia, como en Alemania habian ejercido influjo en las ideas, y á Inglaterra dieron la forma bella, trayendo á España los primeros gérmenes de la Revolución, que á fines del siglo habia de estallar en París con el trueno de la elocuencia de Mirabeau, para conmovier el mundo moderno.

Célebres escritores aparecieron en esta época. Metastasio, luego Goldoni (el Molière italiano) Maffei y Alfieri que brillaron en la escena trágica; y los prosistas Gianone, Muratori, y el R. P. Tiraboschi cuyos eruditos trabajos son muy apreciables.

El romano Metastasio fué hijo de un pobre artesano. A temprana edad dió á conocer su talento. El jurisconsulto Gravina, prendado de él, le inició en el conocimiento de las letras griegas, latinas é italianas.

Su génio se desarrolló fácilmente ejercitándose en la improvisación, habituándose así desde temprano á expresar todos los sentimientos é ideas posibles sin esfuerzo alguno.

A los quince años compuso una tragedia, la *Justina*, servil imitación del teatro antiguo, traduciéndose luego la *Iliada* en sonoros versos italianos, lo cual hizo concebir fundadas esperanzas á su protector, que como muestra de aprecio le colocó en una desahogada posición social, legándole considerable fortuna, con lo que pudo cultivar su talento el jóven poeta sin temer á los azares de la vida.

Entusiasta Metastasio de Apóstolo Zeno, que resucitaba la tragedia griega en Italia, y estudiando á conciencia el teatro de Corneille y Racine que formaron escuela para siempre, llegó á componer su *Dido Abandonada*, que se representó en Nápoles obteniendo inmenso éxito en toda Italia.

La reputación del poeta romano fué pronto universal, y tuvo á honra el ofrecimiento de la corona de poeta *cesáreo* que le hizo Carlos VI á insinuación del mismo Apóstolo Zeno que se honraba en tenerlo por sucesor.

Metastasio se fué á residir á Viena. Sus amigos temieron por su imaginación bajo la influencia del cielo nebuloso de Germania; pero su lozano talento respondió dando á luz sucesivamente *Demofonte*, la *Clemenza de Tilo*, y la célebre *Olimpiada*, que fué llamada *Divina* por la Italia entera.

Entre sus traducciones de latin se distingue la del *Arte Poética* de Horacio. También son de mérito sus idilios, sonetos, elegías, cantatas, y sus innumerables composiciones en diversos géneros, todos los cuales contribuyeron á su gloria en una vida colmada de honores.

Voltaire lleva el elogio respecto á Metastasio al punto de colocarlo entre lo más sublime que produjo la Grecia; y Rousseau le juzga poeta de corazón y génio, creado para conmover por el encanto de la armonía musical y poética.

Pero lo que resalta en Metastasio es su modestia y su sencillez. El emperador quiso conferirle muchas veces títulos honoríficos, entre ellos el de baron y consejero áulico, pero siempre los rehusó, diciendo que no tenía derecho á otro título que el de poeta; y habiéndole ofrecido la Emperatriz la cruz de San Estéban, contestó pretextando que le faltaría tiempo para ejercer funciones de caballero.

Schlegel dice de Metastasio.—«Su reputación oscureció la de Zeno, porque proponiéndose el mismo objeto, tuvo más flexible talento y supo mejor plegarse á las conveniencias del músico. Su pureza de dicción y gracia y elegancia sostenidas, han hecho que se le considere como clásico, por lo cual sus compatriotas le apellidaron el *Racine* de Italia.»

El poeta cómico más célebre de toda época en Italia es sin duda Goldoni, veneciano de origen, quien nutrido con la lectura de Aristófanes, Plauto y Terencio, puso su talento al servicio del género, cultivando la poesía y dedicándose al teatro que era su gusto dominante. Al principio ensayóse en varios géneros, hasta fijarse exclusivamente en la comedia que había de ser por excelencia su arte.

Dotado de génio fácil, compuso muchas obras, y la extrema variedad de sus asuntos, le proporcionó ocasión de poner en escena toda clase de personajes, desde gentes de corte hasta aldeanos, tales en sí como eran en su país y en su tiempo. Así pintó en sus escenas domésticas el interior de la familias como en la *Buena Madre*, el *Padre por amor* ó bien los hombres públicos en el estado social como en el *Abogado Veneciano*, distinguióse en el dibujo de caracteres de mujer ó hombre según convenia á las situaciones de la comedia. En la de carácter tiene el *Adulador*, el *Avaro Celoso*, *Pamela* y la *Mujer de Mérito*, siendo notables la *Villegiatura*, *Dama y Caballero* y el *Teatro Cómico* y las *Criadas de Servicio* en que se ven las costumbres populares en escenas llenas de verdad y movimiento.

A Goldoni se le conoce como el *Molière italiano*, porque su teatro es un trasunto el teatro francés, aun que no tiene la fuerza de concepción del génio de Francia.

Gozzi, su rival, que le disputó popularidad y prestigio, es muy inferior, y eso que no componía con tanta rapidez, adoleciendo también de poca pureza de lenguaje.

Durante la permanencia de Goldoni en París compuso el *Avaro Fastuoso*, que se representó en Fontainebleau, no alcanzando el éxito que el *Bourru bienfaisant* (el *Bárbero benéfico*) y empleó sus últimos años en escribir sus *Memorias* que publicó en 1787, dos años ántes de la Revolución.

VII.

Maffei era de Verona. Todos los conocimientos humanos cabían en el círculo de sus estudios. Conociendo como crítico el teatro, compuso su *Merope* en contraposición de la *Rodogune* de Corneille, cuyo éxito fué inmenso, por el interés que despierta en el espectador, teniéndole en creciente ansiedad.

Alfieri no siguió las huellas de Maffei; sino que quiso innovar, y lo logró, inventando un nuevo género de tragedias que agregó á la poesía italiana.

Alfieri era piemontés (nacido en Asti) y es gloria de la Italia del siglo XVIII. Su juventud no pudo ser más borrascosa: dispó su fortuna viajando por Francia, Alemania é Inglaterra, lo cual despertó en su alma de poeta el amor á la gloria, decidiéndose así á recomenzar sus estudios cerca de los treinta años, edad en que escasamente sabía un poco de italiano, medianamente el francés y nada absolutamente de latin; pero en ménos de siete años concluyó los estudios, y conocedor de los clásicos, comenzó á componer en prosa y verso, dedicándose al género trágico. *Agamenon*, *Orestes* y *Antígona* se basan en asuntos que tomó de la mitología griega; y la historia romana le sugirió sus *Bruto*, y *Octavio*, así como se inspiró en acontecimientos modernos para escribir las obras; *Felipe II*, la *Conjuración de Pazzi*, y la *Maria Estuardo* que es de mérito, aunque inferior á la de Schiller.

Imitador del teatro francés, las obras de Alfieri, son dignas de estudio: en las griegas copió á Racine; recuerdan á Corneille las romanas, y se

vé en las modernas que siguió los pasos de Voltaire.

Limitándose, en los cambios que ha hecho, á corregir lo que consideró lánguido y cansado en los autores, suprimió los personajes secundarios, de donde resulta más vigor sin duda, y una acción más ajustada, pero más sequedad y falta de desarrollo, pudiendo decirse que sus tragedias son el esqueleto del teatro griego.

Elocuente y nervioso, habla, sin embargo, poco al corazón; pero grande y elevado en sus ideas, su estilo aspira á lo sublime. Sus caracteres tienen energía, aunque á veces á expensas de la verdad histórica y dramática, teniendo además el defecto de hablar poco al corazón y ofrecer ménos á la vista, por lo cual hacen poco efecto en el teatro, por más que no censenal serleidos. Eso sí, los diálogos son modelo de precisión, argumentación y ajuste dramático, así como sus versos tienen corte discreto y armonioso, aunque su estilo fuerte siempre sea un poco duro, debido acaso al modo enérgico de expresar los sentimientos de sus pasiones.

Alfieri llegó á tomar tal afición al estudio, que para él fué una necesidad el trabajo. A los cincuenta años se puso á aprender el griego, y tradujo el *Alceses* de Eurípides, los *Persas* de Esquilo, el *Filoctetes* de Sófocles, y las *Ranas* de Aristófanes. Murió el año 3 de este siglo, dejando una reputación en la historia de las letras.

IX

En el siglo XVIII los prosistas italianos fueron más eruditos que literatos.

Giannone escribió la *Historia de Nápoles*, en la cual da más importancia al estudio de las leyes y costumbres del reino con relación á la Constitución civil y eclesiástica, que al relato de los acontecimientos interiores. Así compuso una obra más notable bajo el punto de vista de la erudición que del arte.

Muratori fué un sabio muy laborioso que compiló todos los antiguos escritores de Italia bajo el título de *Rerum italicarum scriptores*, facilitando así el trabajo á los que se dedican al estudio de la historia. Sus *Anales* son muy estimados por la imparcialidad y exactitud con que están escritos.

El R. P. Tiraboschi fué un Jesuita de notable erudición que escribió la *Historia de la Literatura de Italia*, con noticias biográficas de todos los autores, reconociéndole todo el mundo tanta verdad como criterio y saber en su obra. Es digna de estudio y ha inspirado á muy buenos escritores.

Las ideas francesas invadieron la Península italiana, y la literatura tomó el carácter que le imprimían los innovadores de la Francia. En Milan se fundó una academia que les tuvo por oráculos, y el conde Firmian, Pedro y Alejandro Verri, el marqués de Lungo, el conde Visconti, el de Secchi, y Becaria, hacían la revolución en las ideas con el trasiego de la filosofía francesa. No se leía otra cosa que Buffon, Montesquieu, Helvetius, y se comentaban con ardor todas las ideas de libertad y tolerancia que llevaban hasta Italia sus obras. Uno de los apóstoles de las nuevas ideas fué el filósofo napolitano Filangieri, que con sus contemporáneos trabajó en favor de la regeneración del país, reanimando la actividad y la independencia del espíritu y velando por los fueros de la conciencia y la inviolable dignidad de la vida humana.

Tal fué el movimiento precursor del carácter que debía tomar la Italia del siglo XIX en que el génio político de Cavour había de realizar la *unidad* que soñó cinco siglos ántes la inspiración de Dante.

Los escritores tomaron nuevo vuelo, y las ideas de progreso en lucha abierta por más de medio siglo, se abrieron al fin paso como rayo de luz por entre las tinieblas de una década reaccionaria entre poderes incompatibles que sintetiza el *hecho romano*. Prosigamos, que de ello puede decirse lo del cantor del *Infierno*:

«Non ragionar di lor; ma guarda é passa.»

El viento traía de Alemania la inspiración de Goethe, que encarnó en Hugo Foscolo, quien con Silvio Pellico sintió la fuerza de la desgracia palpitando al unísono sus corazones ante las desventuras de la patria. Sus *Miei prigionieri* y la *Francesca de Rimini* hicieron la reputación de Silvio, como de Foscolo su *Jacobo Ortiz* (imitación de *Werther*), si no fueran suficientes sus tristes versos para ceñirle corona de poeta.

¿Quién no conoce el *Aristodemo* de Monti, ni ha reído con los *Animali Parlanti* del abate Casti, que es de lo mejor en el género burlesco? Botta escribe historia, y Grossi, el Lamartine italiano, escribió *I Lombardi*, como nuestra épica: Guerrazzi se coloca entre los buenos prosistas con sus novelas *Isabela Orsini* y la *Duquesa de San Giuliano*, á más de sus notables *Oraciones fúnebres*.

Gioberti como filósofo viene á formar escuela, y Alejandro Manzoni canta *El 5 de Mayo* con estro igual con que escribe su novela *I Promessi Sposi*, tan correcta como llena de novedad y amorosa pasión.

César Cantú lega á la posteridad, la *Historia Universal del mundo*, mientras Leopardi canta las desgracias de Italia exclamando:

«Piangi, che ben hai d'onde, Italia mia...»

Italia, «bello país que el Apenino parte por la

mitad y el mar circunda» posee riquísimos tesoros literarios en esa lengua del canto también llamada:

«La bella lingua del parlar regina.»

lengua hermana de la nuestra é hija del latin, en la cual sintetizó el progreso Galileo al exclamar ante el tormento de la intolerancia la frase divina: —«E pur se muove.»

José M. PRELLEZO.

CUESTION DE LÍMITES.

Cuando llegué á España, aquella parte de su prensa que en las cuestiones de América se ocupa, creyó que la antigua cuestión de límites pendiente entre las Repúblicas Argentina y Chilena, no podría tener otra solución que la de las armas, y que, de un momento á otro, los horrores de una guerra sangrienta alterarían las relaciones de dos pueblos llamados á vivir en paz y armonía, en nombre de una tradición gloriosa para ambos.

En presencia de la tenacidad con que aquella creencia se alimentaba, dañando intereses que es mi deber velar, tomé la palabra para asegurar á mis colegas de la prensa española, y á los que tan vastas relaciones comerciales mantienen en aquellos países, «que no estallaría la guerra, y que, á pesar del lenguaje belicoso de los diarios de uno y otro lado de los Andes, el Gabinete argentino encontraría medios dignos de arribar á una solución pacífica.»

Me fundaba para anticipar esta seguridad—un tanto audaz, lo comprendo, por cuanto no siempre es lícito contar con la lógica de los acontecimientos—en el conocimiento íntimo que tengo de los hombres públicos de mi país, y de sus opiniones en las grandes cuestiones en que se halla vinculado el porvenir de la República.

Pocos meses después sucesos felices venían á darme la razón.

El telégrafo anunciaba una mañana que los plenipotenciarios de los dos Gobiernos habían llegado á un acuerdo; que el peligro estaba conjurado, que no habría guerra, y que el buen sentido de los hombres de Estado había triunfado de las *baladronadas*.

Como entonces, creo de mi deber volver ahora á la prensa, á calmar inquietudes y disipar alarmas, de que una parte de ella se esta haciendo eco, con motivo de las noticias que llegan de la República Argentina y del Imperio del Brasil, suponiendo que es inevitable un rompimiento entre ambos países.

Nada más aventurado. Para que en España se pueda tener una idea de lo que es la cuestión de límites que hoy se debate allí, debo hacer conocer ciertos antecedentes que podrán servir de base á juicios ulteriores.

En el Brasil existe cierto número de hombres de Estado, algunos de inmenso talento por cierto, que no pierden ocasión de levantar en su patria antipatías contra los pueblos del Plata, y principalmente contra la República Argentina, cuya prosperidad, asombrosos proyectos y adelantos de todo género les causa verdadera desesperación, tanto por que la República pone de manifiesto los grandes elementos de riqueza que atesora, cuanto porque con el ejercicio tranquilo y regular de sus instituciones revela que la forma republicana de Gobierno—que ellos combaten á *outrance*—es perfectamente compatible con el orden, y el trabajo, y la paz, y la estabilidad, á cuya sombra se engrandecen las naciones.

Surge una cuestión cualquiera, una diferencia, un incidente de esos que son naturales en la existencia de dos pueblos vecinos, ligados por vastas relaciones comerciales, y en el acto esos hombres se ponen de pié, lanzan una mirada despreciativa á la República Argentina, la presentan como una nación ingobernable, y en la prensa y en el seno del Parlamento tratan de crear atmósfera para que se le haga la guerra.

¿Hay razón?
¿Hay justicia?
¿Existen motivos para un rompimiento?
No importa. Eso es lo que ménos preocupa á la falange belicosa. Lo que quieren es que se haga la guerra; porque tienen la conciencia—dicen—que en poco tiempo el poder colosal del imperio daría cuenta de la *pobre Republicuilla*.

Una de estas comedias es la que se está representando en este momento.

Con motivo de la Cuestión de Misiones, de que este periódico se ha ocupado ya, publicando el notable trabajo del Doctor Irigoyen—que ha probado el perfecto derecho que la República tiene sobre los territorios que el Imperio codicia—han tenido lugar recientes y apasionados debates en las Cámaras de Rio-Janeiro.

Leyéndolos, y no conociendo los hombres y las cosas, habría realmente fundamento serio para temer un próximo rompimiento, que produjese la guerra entre los dos países; pero... la cosa no pasará de algunas *baladronadas* de los legisladores imperiales, de algunos artículos violentos de la prensa argentina y de uno que otro *meeting* en que se pronuncien discursos sangrientos.

Y nada más. Contra los que, por quijotismo, piden la guerra en el Brasil, está la sangre fría, el tacto, el buen sentido del emperador, que levantando su espíritu

á regiones serenas, comprende que al Brasil no le conviene una guerra, y que el litigio que su Gabinete sostiene con el de Buenos-Aires, no puede jamás ser causa legítima de una guerra, que le sería desastrosa, costándole quizás la corona.

A su vez, contra los que en la República Argentina tienen verdadera necesidad de una guerra contra el imperio, están el presidente Roca y los hombres que en el Gobierno le acompañan, que viendo el espectáculo grandioso que la República presenta, engrandecida por la paz y el trabajo, no cometerán la calaverada de provocar una lucha, que haría retroceder el país veinte años, inutilizando en pocos meses la obra fecunda de los últimos cinco lustros.

La manera de proceder y la política del Gobierno argentino en estas cuestiones, ya se dió á conocer al mundo en el arreglo del litigio con Chile.

Ese mismo proceder y esa misma política presidirán sus consejos en las diferencias con el Gabinete de San Cristóbal; y en vez de la guerra, de que tanto se habla, un arreglo decoroso restablecerá el equilibrio de las relaciones entre ambas naciones.

Con el fin de obtener este propósito había salido de Buenos Aires en dirección á la corte, el doctor Avellaneda, ex presidente de la República.

Sin ninguna clase de simpatías por ese personaje, á quien le falta de corazón lo que le sobra de talento, reconozco que Avellaneda es un negociador de gran talla para esta emergencia, tanto por la autoridad de su nombre y la consideración que goza en las regiones oficiales del Imperio cuanto por el conocimiento profundo que tiene de la llamada *Cuestión de Misiones*.

Por eso digo ahora, como dije hace meses cuando la cuestión con Chile: *no habrá guerra entre el Imperio y la República Argentina*, sin que por esto pueda nadie tener el derecho de sospechar siquiera que el Gobierno del general Roca consentirá que se lastimen, en lo más mínimo, ni el decoro ni la dignidad de su patria.

Ahora, en cuanto al propósito que atribuyen al presidente argentino algunos oradores brasileños, y de cuyas opiniones se hacia eco *El Imparcial*, de querer restablecer el antiguo vireinato, formando una sola nación de los pueblos del Plata y el Paraguay, nada más ageno á la verdad ni más ilusorio, ni en que menos hayan pensado el presidente Roca y sus consejeros.

El programa de su Gobierno es este: PAZ Y TRABAJO; y desde que lo inició con aplauso de propios y extraños, no ha dado un solo paso que autorice ni dé derecho á nadie á suponer que se quiera desviar de él, iniciando una política de aventuras, que ni está en su carácter, ni tiene prosélitos en un pueblo que saborea las hermosas conquistas de esa paz y de ese trabajo.

Por otra parte, bueno es también que aquí nadie se haga ilusiones sobre esta otra cuestión, admitiendo la posibilidad de que el Gobierno argentino pudiese pensar en llevar á la práctica el pensamiento de algunos escritores de una y otra margen del Plata.

Para poderlo realizar, es decir, para incorporar la República del Uruguay á la Argentina, renunciando á su autonomía de nación, sería preciso que ella lo quisiese, que voluntariamente consintiese en la anexión, y esto está muy lejos de suceder, como está lejos de suceder la realización de la *Union Ibérica* con Portugal.

Por pequeña que sea su República, los orientales desean tener vida propia, vida nacional é independiente; y es una verdadera ilusión la de creer que el presidente Roca—que lo sabe—acaricie la idea de restablecer el antiguo vireinato del Rio de la Plata, á no ser que haya quien crea que esta union se debe hacer á cañonazos.

Yo no digo que en medio de estas grandes transformaciones de la política, que impele á los pueblos á vivir en fraternal alianza, derrumbando las fronteras que los separan, para buscar en ella mayor fuerza y preponderancia, no llegue un momento en que la nación uruguaya comprenda que le pueda convenir la anexión; pero por el momento, ni lo quiere, ni lo desea, ni aun consiente que se le hable de ello.

De aquí lo infundado de todo cuanto se pueda decir sobre el asunto.

HÉCTOR F. VARELA.

El distinguido escritor y celebrado poeta, señor D. Plácido Langle, acaba de publicar una obra, que está llamando con justicia la atención del público. Con el título de *Escritores Almerienses*, ha reunido en un tomo de esmerada impresión y nutrida lectura unos bocetos biográficos de los más afamados escritores contemporáneos de Almería.

A los que conocen el talento del Sr. Langle, y entre ellos se hallan los lectores de LA AMÉRICA, cuyas columnas honra con su firma el autor de la obra á que nos referimos, los aplausos que la prensa, unánime esta vez como siempre que del verdadero mérito se trata, le dirige, no les sorprenderán seguramente. Lenguaje castizo, apreciación exacta de las obras y los autores, crítica razonada y severa, más inclinada á corregir que á lastimar, sano juicio y recta justicia, hé aquí los caracteres distintivos del libro del Sr. Langle. En él se presentan, uno tras otro, á la consideración del lector personajes tan eminentes como D. Nicolás Salmeron y D. Federico de Castro; profesores tan

notables como D. Antonio Gonzalez Garbin y don Arcadio Roda; escritores tan correctos y castizos como D. Antonio Martinez Duimowich, también conocido ventajosamente de los constantes abonados de LA AMÉRICA; poetas tan inspirados como el difunto D. Enrique Sierra Valenzuela; y todos con sus rasgos propios, con un sello particular que casi inmediatamente dá á los lectores la verdadera medida de su valer. Don Plácido Langle puede estar satisfecho de su obra.

Interesados pueden parecer nuestros elogios á quien no conozca al joven escritor, y más interesados por aparecer éstos en LA AMÉRICA que tanto debe á su ilustrada cooperación. Para alejar la nota de parciales que podían echar sobre nosotros, no encontramos nada mejor que insertar, como lo hacemos á continuación, el capítulo referente á D. Nicolás Salmeron y Alonso, que abre dignamente los *bocetos biográficos* del Sr. Langle. Dos fines igualmente provechosos conseguimos con esto: probar que más que pródigos hemos sido parcos en los elogios que tributamos á la obra, y proporcionar á los lectores de LA AMÉRICA una grata satisfacción con la lectura de las páginas que arrancamos á la obra del Sr. Langle.

DON NICOLÁS SALMERON Y ALONSO.

Nada más lógico que inaugurar la presente galería de bocetos con el dedicado á diseñar ligeramente los rasgos generales del genio, las obras y el carácter del varón ilustre cuyo nombre figura al frente de estas líneas.

Parécenos que, cuando de las esferas más humildes de la sociedad y en lucha abierta con los más insuperables obstáculos, amontonados siempre para cerrar el paso á nobles aspiraciones y rendir viriles y enérgicas voluntades, consiguiese, al cabo, sólo con el poder del talento y la fuerza de un ánimo inquebrantable y una perseverancia á toda prueba, remontarse primero por encima del nivel común, ascender luego á los puestos más altos, y merecer, por último, la admiración de las gentes y el aplauso entusiasta de los doctos; quien así se eleva y rebasa los límites de la vulgaridad ó de la medianía, y quien de ese modo logra famoso renombre, ocupa por derecho propio el más preferente lugar entre todos los ingenios de su país. En este caso se encuentra, sin duda, el Sr. Salmeron, cuya rápida biografía vamos á hacer seguidamente, demostrando con sus conclusiones aquella verdad á todas luces innegable.

Nació Salmeron en Alhama, pueblo de nuestra provincia de Almería, el 10 de Abril de 1838; cursó las asignaturas del grado de Bachiller en el Instituto de esta capital; y mereció, una vez terminados sus estudios preliminares, á la Universidad de Granada, donde comenzó las carreras de Filosofía y Letras y Derecho civil, que terminó despues en Madrid por los años de 1856 á 1857, si bien todavía no se recibió de abogado.

Entonces acaba para Salmeron el período de su historia juvenil, y empieza la del hombre público.—Para proceder con método y con orden, examinaremos primero las alternativas y hechos de su vida profesional; indicaremos luego las obras y escritos debidos á su pluma; lo consideraremos despues como político; y por último, daremos fin á nuestros comentarios con algunas observaciones sobre su carácter y costumbres.

Comenzando, pues, por anotar las variantes que se registran en su hoja de servicios académicos, diremos que Salmeron ingresó en el Profesorado como auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid; hizo oposicion en 1864 á la cátedra de Historia, vacante en la de Oviedo, consiguiendo ocupar el primer lugar en la terna; obtuvo más tarde, también por oposicion, otra de Filosofía en la Central; y alcanzó al cabo, por igual procedimiento, la de Metafísica de la misma Universidad, en 1869.

Allí obtuvo completo desarrollo el gran espíritu de nuestro insigne compatriota: vertíanse en sus explicaciones torrentes de luminosas teorías filosóficas; acudía á escucharle numeroso público, ansioso de oír la palabra del maestro, y ésta, siempre inspirada, hacía desfilar ante la vista de sus admirados discípulos, todos los sistemas de la ciencia objeto de sus especulaciones, que se disputan en reñido combate el predominio y la victoria. Sometidas eran á un exámen detenido y atento las doctrinas de Kant, Fichte, Hegel y Krause; derribaba con su crítica vigorosa los ídolos de una escuela; ponía de relieve los fundamentos racionales de otra y sus principios de verdad y de certeza, y en síntesis maravillosas abarcaba con frases sublimes todo el conjunto de la filosofía contemporánea. ¡Suprema lucha, por cierto, y glorioso vencimiento el suyo! Remontóse á las alturas con su vuelo de águila el poderoso espíritu de Salmeron, y colocóse éste, —sentimos verdadero orgullo en consignarlo,—á la cabeza del movimiento filosófico de nuestra patria...

Y sin embargo, cerradas á la venida de la Restauración las válvulas del pensamiento abiertas por la libertad; reducida de nuevo la enseñanza oficial á los estrechos moldes del exclusivismo escolástico, vióse arrojado Salmeron de su puesto universitario, siguiendo la suerte de tantas otras víctimas de nuestra reacción política, como Castelar, como Giner, como Azcárate, ilustres profesores que dieron ayer honra y esplendor al claustro del primer establecimiento científico de España.—Un Gobierno liberal ha vuelto ahora por los fueros de la justicia y los esclarecidos maestros han sido reintegrados en sus cátedras.

Se ha acusado generalmente á Salmeron, como á casi todos los de su escuela, de ser poco claro y comprensible en la exposición de sus doctrinas, y de expresarlas en una forma oscura y poco castiza. En nuestro sentir hay algo de fundado en este cargo, pero también mucho de injusto.

A no estar cegado por la pasión de la secta, nadie dejará de reconocer que el tecnicismo filosófico de nuestros días adolece de aquel defecto; si bien es verdad que ciertas ideas de por sí abstrusas y difíciles de ser pronto entendidas, no pueden explicarse de otro modo, y es necesario para

enunciarlas forzar el idioma en determinado sentido, por carecer de voces y giros propios y adecuados para el caso, no lo es ménos que han podido verse muchos de esos inconvenientes, y que al afán de revestir de cierta solemnidad y aparato ideas bien sencillas, y á las preocupaciones y resabios de escuela, cabe mucha culpa de aquel mal. Se ha exagerado, no obstante, la acusación en demasía, y no se ha tenido en cuenta que gran parte de las faltas que se imputan á algunos discursos y escritos filosóficos, no existen realmente; viniendo todo de la escasa preparación de los oyentes ó lectores en las materias de que aquellos tratan.

Si á nadie debe ocurrirse, por ejemplo, que entendiéndola simple vista las fórmulas de un tratado de geometría analítica los profanos jamás versados en esta ciencia, ó aún los que iniciados ya algo en los estudios matemáticos se han reducido sólo á los elementales, ¿por qué ha de pretenderse un cambio radical con respecto á la filosofía, y cuanto en sus complicados problemas se piense y exponga ha de creerse que sea presentado con la misma claridad, y transparencia de pensamiento que un cantar del pueblo, ó poco ménos? A las investigaciones científicas no puede exigirsele tanto, y todo lo que en este sentido se propale, carece, por consiguiente, de sólida base y fundamento racional.

Esclarecido ya tan importante punto, pasemos á indicar las diversas producciones debidas á la pluma de Salmeron. No pecaremos de parciales asegurando que todas ellas llevan impreso el sello de su talento poderoso y merecen el calificativo de superiores.—En la imposibilidad de dar cuenta detallada y minuciosa de cada una, nos limitaremos á enumerarlas brevemente.

Que nosotros sepamos, contiéndose de Salmeron en la *Revista de la Universidad de Madrid*, varios artículos sobre *La libertad de enseñanza*; *El Imperio árabe español hasta la invasión de los almorávides*; *Concepto de la Metafísica y plan de su parte analítica*, y un *Programa de Biología*. En la *Revista Hispano-Americana*, otros acerca de *Jacobi, filósofo*; *fragmentos de una introducción al estudio de la Historia*; *la filosofía en Alemania*, y *Escuelas históricas*. En la *de Andalucía*, dos sobre *La filosofía y cultura popular*; en la *de Sevilla*, una lección sobre *Atila*; y en la *Enciclopedia republicana*, *Las leyes de la Historia y el progreso humano*. Además, andan esparcidos y desperdigados por los periódicos algunos otros trabajos, tales como la *Necesidad de fijar la idea de justicia*, etc.; y son también dignos de atención y aplauso, por su mérito relevante, el discurso que leyó al recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, y el pronunciado ante el Tribunal de imprenta defendiendo á *El Solfeo*.

Tiene escrita asimismo una *Antropología*, inédita, citada por D. Francisco Giner en sus *«Lecciones de Psicología»*; y al decir de éste, la publicación del referido libro causará profunda sensación en el mundo científico, abriendo horizontes completamente nuevos á tal género de estudios. No hace mucho tiempo redactó Salmeron en París *La Correspondencia Europea*, en union del distinguido escritor y hombre público D. Angel Fernandez de los Rios, ya arrebatado á la patria por la muerte; y en fecha más cercana puso á la obra de D. Hermenegildo Giner *Filosofía y Arte*, un extenso y profundo *Prólogo*, en el cual cree notar la crítica cierta importante evolucion verificada en el espíritu del maestro, que no podía permanecer inaccesible á las corrientes positivistas que invaden hoy el campo de la ciencia;—pues parece colocarse entre los mantenedores de las nuevas doctrinas filosóficas y aceptar las más atrevidas conclusiones de Hæckel y Hartmann.

Fuera de esto, consideramos merecedores de cita y encomio su *Brevísimo Compendio de Historia Universal*, que escribió con nuestro ilustrado compatriota D. Federico de Castro (cuya biografía hacemos también á continuación de la presente), sus *Introducciones á los Conflictos entre la religión y la ciencia*, de Draper, y la *Generación de los conocimientos humanos*, de Thibergien; y la traducción de la *Historia de la humanidad*, de Laurent, hecha juntamente con algunos compañeros. Actualmente escribe también, con destino á la *Biblioteca Jurídica de Autores Españoles*, un importante trabajo (1).

Hora es ya de considerar á Salmeron como político.—Afiliado desde su juventud al partido democrático, fué durante algun tiempo redactor de *La Discusion*, donde hizo brillantes campañas contra los procedimientos reaccionarios de los Gobiernos moderados; despues abandonó la redaccion de dicho periódico, por algunas diferencias surgidas entre su manera de apreciar determinados puntos, y el opuesto criterio sostenido por el director de aquella publicación, el inolvidable Rivero; y más tarde escribió también en *La Democracia*, que dirigia el eminente tribuno Castelar.

Perteneció Salmeron al comité revolucionario de Madrid en 1867; y preso por esta causa en la noche del 12 de Junio, permaneció en el Saladero durante cinco meses. En 1868 fué nombrado por sufragio individuo de la Junta popular; y elegido más tarde diputado á Cortes en varias legislaturas, ilustró con su palabra las deliberaciones de las Cámaras de que formó parte, dándose á conocer como elocuente orador parlamentario. Todos sus discursos así lo revelan; pero ninguno tan celebrado como el que pronunció en Octubre de 1871 sobre la importantísima cuestión de la Internacional, por lo cual copiaremos á continuación algunos de sus párrafos, dando así una idea del estilo del Sr. Salmeron.

«El viejo ideal, dice, se derrumba; los síntomas que «ofece no sólo son de muerte, sino, en parte, de corrupción; y es en balde que volvais la vista atrás para dirigir la vida «que sigue indefectiblemente la ley del progreso; solo inspirádoos en los principios fundamentales de la razón podréis alcanzar nueva virtud para salvar la crisis presente, y levantar la sociedad, enriquecida con las conquistas ma-

(1) Despues de escritas las noticias anteriores, sabemos que han empezado á publicarse en Madrid las OBRAS COMPLETAS DE D. NICOLÁS SALMERON, con un prólogo de D. Gumersindo de Azcárate. Constán de cuatro tomos, y en ellos están recopiladas todas las producciones que citamos, por el orden siguiente: 1.º Discursos parlamentarios. 2.º Estudios históricos. 3.º Estudios filosóficos. 4.º Estudios políticos, sociales y religiosos.

»teriales, al conocimiento y al amor de la justicia que permite gozar á todos los hombres de los dones de la naturaleza y de los puros y universales bienes del espíritu. No temais la reacción, impotente cuando las instituciones liberales han despertado la conciencia del pueblo, ni retrocedais por miedo pueril á los excesos de la demagogia, que solo aparece cuando las masas aprenden que el poder se conquista por la fuerza, y no se las educa con la disciplina del derecho. Para afirmar los nuevos principios y proseguir las reformas que este ideal exija, contad con nuestro auxilio; mas si tratáis de amenguar los derechos por la revolución ganados, ó torcer la dirección que á la vida pública viene ya imprimiendo, sabed que para defenderlos y combatir sin tréguva ni descanso al poder que tal osá nos asiste una perfecta justicia, y no faltaremos al deber de ampararla.»

Y más adelante añade:

«El partido republicano no es meramente un partido político (y aquí hablo por mi cuenta y riesgo); por que el partido republicano no es sólo un partido doctrinario, órgano de las clases medias, que venga á discutir únicamente la forma de Gobierno, la organización de los poderes del Estado y la gestión administrativa, sino que patrocina una tendencia social para servir la completa emancipación del cuarto estado y preparar el libre organismo de la igualdad, que haya de afirmar para siempre el imperio de la justicia entre los hombres.»

«Verdad es, que siguiendo las corrientes del progreso en los pueblos latinos, donde preceden las reformas políticas á las sociales, atiende ahora en primer término á servir al ideal político, no de aquella república del terror que su pontífice llamaba *el despotismo de la libertad*, sino de la república federal, que es la fórmula más acabada y justa de la organización de los poderes del Estado que hasta hoy vislumbra la razón humana, y en la cual no resulta el orden del equilibrio movedido y mecánico de las monarquías doctrinarias que vienen oscilando entre la reacción y la revolución, sino de la conjunción perfecta entre el derecho y el poder. Ciertamente que no hemos reducido á dogma, ni lo queremos, los principios de la reforma social; pero si no hemos inscrito una fórmula social en nuestra bandera, siempre hemos dicho que no aspiramos sólo á la emancipación política de todas las clases de la sociedad, ni el sufragio, que en mi opinión no es un derecho, sino un poder, es lo único que para el cuarto estado deseamos; antes bien, trabajamos por conquistar la capacidad para el ejercicio de ese poder.»

«Más no la podemos ganar sólo en las Asambleas y cuerpos políticos; la capacidad la hemos de adquirir, parte en la esfera del derecho más amplio é importante que en la sociedad se realiza, parte en la educación y vigorización interna del espíritu del hombre, donde nacen y arranean todas las manifestaciones exteriores de la vida. Y como somos un partido político que abraza una tendencia social tan profunda, no nos impacienta el ansia del poder. Casi estamos dispuestos á esperar que se os caiga de las manos, mientras no trateis de mutilar nuestro derecho; y entre tanto, sólo queremos consignar nuestras aspiraciones y preparar la reforma pacífica y tranquila de la organización social por los medios legales. Bastanos por ahora que se respeten los derechos consagrados por la Constitución; y si alguien los quebranta, podremos volver, no sólo como partido, sino en nombre de la sociedad toda amenazada, por la santidad de la ley bajo cuyo amparo tenemos derecho á vivir todos los españoles.»

Nos extenderíamos demasiado si trascribiéramos las consideraciones que en esta larga peroración se exponen, aclarando lo que significan realmente las ideas de la Internacional y combatiendo los propósitos que sus adversarios erróneamente le asignan. Este discurso valió al Sr. Salmeron, además de muchos aplausos y alabanzas, una superior distinción de parte del insigne D. Fernando de Castro. Oigámosle á él mismo, en la carta que dirigió al primero:

«El beneficio que usted ha hecho al progreso de las ideas en nuestra patria, apareciendo de una manera inesperada para los más, y en una cuestión que los enemigos del humanismo habían escogido para su triunfo y engrandecimiento, ni usted ni yo podemos estimarlo. La generación actual lo presentará; la que le suceda lo formulará ya con clara conciencia y sentido universal.»

«Queriendo yo por todo lo expuesto — y con lo cual aunque escasa, alguna honra, que no renuncio, me corresponde — así como por la amistad y el compañerismo que nos une, dar á Vd. un cordial testimonio de mi aprecio á su talento, á sus doctrinas y á su elevado carácter, moral, voy á manifestarle en lo que consiste y la forma en que ha de ser realizado.»

«No ignora Vd. que el ayuntamiento de la M. N. y L. ciudad de Bilbao acaba de honrarme con un delicado presente, por haber predicado el día que inauguró el monumento de Mallona, recuerdo patriótico para eternizar el heroísmo de los valientes que en la última guerra civil su cumbieron derramando su sangre en los sitios de Bilbao, y en defensa de lo que entonces era símbolo de sus fueros y de su libertad. Este presente es, como Vd. sabe, una pluma de oro.»

«Pues bien; es mi voluntad, añadida hoy por codicilo á mi testamento, que esa pluma pase á manos de Vd. á mi muerte, como monumento histórico que será de un sacerdote que ha perdido «la virginidad de la fé», pero que ha ganado, en cambio, la «maternidad» de la razón y una nueva creencia en Dios; y que, después de las fatigosas horas que proceden á todo alumbramiento, vive hoy la vida de la conciencia con fuerzas antes desconocidas, y en medio de un bienestar tan tranquilo, plácido y sereno, que ni la duda ni la atormenta, ni la calumnia le contrasta, ni el fin de la vida le preocupa; y es mi voluntad que pase á manos de usted, además, como memoria que ha de ser desde hoy del primer discurso del filósofo que ha tomado asiento en el Congreso español, como racionalista, en el buen sentido de la palabra, y defensor de los derechos individuales inherentes á la naturaleza humana.»

«Hará V. de esa pluma, á mi muerte, el uso para que

»sirve, y á su fallecimiento la legará bien al Museo arqueológico nacional, ó bien á persona que á juicio de V. sea digna de poseerla por las mismas razones y circunstancias que á mí me cabe la honra de legarla á V. al presente.»

Al proclamarse la República española en la noche del 11 de Febrero de 1873, formó parte Salmeron del Gobierno entonces constituido, desempeñando en él la cartera de Gracia y Justicia, que dejó al disolverse aquel Ministerio.

Terminada la gestión política de los, como ha dicho un distinguido escritor, perturbados y perturbadores Gobiernos que presidieron, primero D. Estanislao Figueras, cuya incomprendible fuga y abandono del poder ha adquirido bien triste celebridad, y luego D. Francisco Pi y Margall, también famoso por su impasibilidad marmórea á la vista de los más graves hechos, confióse al fin á Salmeron el puesto de jefe del E. tado, ó sea la presidencia del Poder Ejecutivo de la República.

Están demasiado cerca de nosotros, y son muy recientes, los actos que en este elevado puesto realizó, para que puedan ser juzgados con entera calma y sin ningún apasionamiento; pero en la absoluta necesidad de hacerlo, debemos exponer sobre ellos nuestra opinión (que no por humilde deja de ser sincera y leal) con toda la imparcialidad que nos sea dable.

Si el Sr. Salmeron perteneciera á esa numerosa falange de políticos doctrinarios cuyo único afán es el mando, sin reparar en los medios, ó figurara en su partido como soldado de segunda fila, casi absuelto de sus errores por su propia nulidad é insignificancia, tendríamos ménos derecho á exigirle cuenta de su conducta. Pero no es así. Nosotros, y con nosotros la opinión unánime, consideramos al Sr. Salmeron demasiado alto para aplicarle los procedimientos usados con las medianías ó con los hombres de escasa fé en su credo y sus doctrinas; y por lo mismo, estamos en la ineludible obligación de juzgarle, en cuanto posible nos sea, con la misma alteza de miras que él emplea y bajo el punto de vista de la más estricta justicia, que él siempre proclama. A aquellos se les fustiga, se les acosa y se les hunde en el desprecio de las conciencias rectas; al Sr. Salmeron se le discute, se le considera y se admira siempre la rectitud de sus fines, aunque pueda no estar de acuerdo con sus opiniones, y creerlas en ciertos casos erróneas y equivocadas.

Y cuenta que al consignarlo así, no desconocemos que arrostramos las iras de muchos partidarios suyos, —cuyas defensas más bien le perjudican que le favorecen, —los cuales alegarán en su pró, como razón suprema, la escasa talla del censor que tales faltas imputa. Sea en buena hora; nosotros sufriremos con gusto tales ataques, ya que voluntariamente cumplimos este cometido en cierto modo enojoso; pero fuera de que, como alguien ha dicho, las ideas no tienen edad ni representan más ó ménos segun la valía de quien las vierte, sino segun el fundamento en que se apoyan, á todos asiste el derecho de formular su opinión, sea cual fuere, sobre actos que caen bajo el dominio de la crítica, y nosotros al ejercitarlo estamos dentro de cuanto nos señalan las conveniencias. Sentiremos, pues, vernos objeto de ciertas censuras por lo que vamos á exponer enseguida; pero conste de una vez para siempre que en nada ha de hacernos retroceder, convencidos como lo estamos de que las razones sólo deben rebatirse con razones, mas no, ni nunca, con denuestos.

Al llegar, por tanto, al período más importante de la vida pública de Salmeron, nosotros entendemos que tributando el debido aplauso á la mayor parte de sus hechos como gobernante, hay algunos reparos que hacer y que objetar por lo que respecta á otras de sus resoluciones. Precisamente en lo que sus apasionados adeptos encuentran mayores motivos de alabanza hallamos nosotros cierto egoísmo, no digno ciertamente de ella; bueno que si el Sr. Salmeron creía llegado el caso de abandonar las riendas del Gobierno, lo hiciera inmediatamente; pero ¿hay por esto razón alguna para que sus fervientes partidarios muestren semejante línea de conducta como la norma de los procedimientos políticos, y como el modelo en que todos deben inspirarse y que todos deben imitar? Pues nosotros sostenemos en muchos casos lo contrario; nosotros creemos que existe doble mérito en la conducta opuesta, en la conducta seguida, v. gr., por el Sr. Castelar.

Cómo, muy cómodo es, sin duda, dejar en los momentos de prueba los puestos difíciles; en cambio encontramos mucho que aplaudir en aquel que ante los peligros que rodean á las instituciones siempre defendidas y ante las desgracias que amagan, ó mejor dicho, que invaden ya y que afligen y que matan á la madre patria, consiente en sacrificar su inmensa popularidad con tal de salvar á su país y contener el desmoronamiento de la nación que se aniquila, presa de la reacción por un lado y de la demagogia por otro. Oigamos al mismo Castelar que así lo dice en uno de sus discursos: «Yo me encontraba, exclama, en la presidencia de esta Cámara en una beatitud perfecta, sin ninguna responsabilidad, alejado del poder, que me repugnaba más cada día, y tuve que bajar de mi olimpo y venir á este potro. ¿Y por qué bajé? Por que así me lo exigía el deber, porque yo no podía volver la cara al peligro ni rehuir responsabilidades.»

Pero no es esto solo. ¿Pues qué! en el mero hecho de dejar el poder el Sr. Salmeron, conociendo la ineficacia de su acción gubernativa para atajar la gravedad de las circunstancias, —y declarándose, por cierto, incapacitado ya en lo sucesivo para el Gobierno, —no reconocía implícitamente la necesidad de aplicar otro sistema que lograra aquel resultado, sistema que únicamente podía consistir en el seguido por el Sr. Castelar? ¿Por qué entonces combate á éste apenas se presenta á dar cuenta de su gestión á las Cortes; gestión que, por otra parte, había desde el principio sancionado él mismo, no solo con la tácita aprobación ya indicada, sino también con su estancia en el elevado sitio de la presidencia del Congreso? ¿Qué se propuso al obrar así el Sr. Salmeron? ¿Derribar al Gabinete Castelar? ¿Y qué iba á venir después de conseguido esto? Bien lo preguntaba el elocuente tribuno que á la sazón dirigía los negocios públicos:

«Es muy fácil hablar de que no se aceptará el poder, de que grandes compromisos impiden apoyar á un gobierno,

»pero cuando ese gobierno cae, cuando la autoridad va á encontrarse huérfana, cuando apenas puede salir de esta Cámara un ministerio viable, decidme, ¿qué doctor Dulcamara teneis, filósofos sin realidad en la vida? — «Y en resumen, escribe el diputado Martín de Ollas, ¿á qué estaban reducidos los agravios del Sr. Salmeron? Aún el 2 de Enero creía éste que no había más política salvadora que la iniciada por él mismo y continuada por el Sr. Castelar, única que antes, entonces y despues, podía restablecer la paz y el orden, afianzar el imperio de las leyes, asegurar el respeto á la autoridad. Pero el presidente de la Asamblea difería del presidente del Poder ejecutivo en los medios ó procedimientos. Decía el primero que en manos éstos de los adversarios de la República, concluirían por hacer triunfar el doctrinarismo sobre la democracia, la monarquía sobre la República.»

«¡Ah! que también á espíritus fuertes, conciencias rectas y entendimientos profundos se ocurre malicia en la argumentación, falta de memoria y extravío en el juicio. Subió el Sr. Salmeron al poder en Julio, y bajó de él con gran dignidad en Setiembre, mas haciendo lo mismo que el señor Castelar en los dos meses de su dictadura. ¿Ha olvidado nadie que el Sr. Salmeron fué el primero que combatió los procedimientos del Sr. Pi y Margall, y en cuanto se posesionó de la presidencia del Poder ejecutivo llamó al despacho de Gobernación á los generales de más nombre y prestigio en las filas de la restauración y en los partidos reaccionarios? ¿No es cierto que el Sr. Salmeron combatió con más dureza que ningún otro gobierno toda tentativa contra el orden público y toda insurrección armada? ¿No empezó él la reorganización del ejército, el restablecimiento de las ordenanzas y la restauración de la disciplina? ¿No fué presidente del ministerio que declaró piratas á los insurrectos cantonales de Cartagena? Si no aplicó la muerte, dejó y aplaudió que otros la aplicasen, y de un modo más terrible y bárbaro que el legal.»

«Como presidente de las Cortes, ¿accedió siquiera á confiar su seguridad á la Milicia ciudadana, con preferencia á la Guardia civil, en los momentos críticos del 3 de Enero, como así lo aconsejaban prudentemente muchos diputados de todas las fracciones? Esperarse debía del severo carácter de tan eminente republicano que hubiese dedicado entonces toda su inmensa capacidad á investigar mejor los males de la patria y hallar sus remedios, no á labrar su propio descrédito con querer quitarse de encima y repentinamente sucesos inevitables y complicaciones funestas.» Siempre que se trata de estas tristes divisiones y de estos deplorables hechos, viene inevitablemente á nuestra memoria el siguiente fragmento de un artículo escrito por el señor Castelar sobre *La fundación legal de la República en Francia*. Habla de la importante intervención de Mr. Luis Blanc en los debates que con aquel motivo se suscitaron en la Cámara del país vecino, y dice:

«Parece que veinte años de destierro, largos cursos de política práctica en la sensata Inglaterra, las pavorosas catástrofes de los últimos tiempos, el mucho camino desandado en los días de exaltación y de fiebre, el mucho camino andado en los días de mesura y de prudencia, debían haberle abierto los ojos y haberle desengañado de los dogmatismos estériles y de las intransigencias dementes y suicidas. Pero no; sería un gran sacerdote de cualquier secta oriental y es un triste diputado de nuestros tiempos de transacción, en que se debe contar para todo con la realidad viviente y con el dato de lo posible. Por no alcanzar la República de sus ensueños, es capaz de sacrificar la República real, la República victoriosa. Hace de su consecuencia un Dios, de su idea un ídolo, de sus juicios la *sura* del Koran. Para un hombre así, la patria no significa nada, la democracia nada; lo que importa es el propio sistema, con todas sus proporciones y todos sus dibujos. Cuando se nace con una vocación exclusiva de profeta, se vá uno á fundar cualquier religion, cualquier secta aunque sea de espiritistas, y no se viene á ninguna política, ni se inscribe en ningún partido.»

«Para estar absorto en la contemplación de sí mismo, de la conciencia propia, de las propias ideas, ahí están los yhoguis de la India, que dejan á las aves anidar en sus espaldas, mientras se miran atónitos y absortos el ombligo; mas para luchar en política, se necesita formar parte de la legión sagrada de los partidos, é ir con ella aceptando toda género de sacrificios, ó ir con ella al combate. Y en virtud de esta ley no debe el estadista proceder como un filósofo, que solo mira á la conciencia, sino como un político, que debe mirar también á la realidad y á la historia. Y no hay cargo alguno que sea tan complejo, tan múltiple, tan colectivo, como el cargo de diputado. En primer lugar, no representa solo á sí mismo, no representa solo su conciencia individual, representa á un gran número de electores, que son á su vez elementos considerables de un partido.»

«En segundo lugar, pocas veces vota un diputado aquello que quiere, sino aquello que está más cerca de lo que quiere. Y si por no realizar todo el ideal en toda su pureza no se vota, vale más dejarse las Asambleas por inútiles, é irse á las academias.» — El Sr. Salmeron combatió estos procedimientos inflexibles en el Sr. Pi, y sin embargo no tuvo despues inconveniente en sostenerlos, en oposición al ministerio Castelar; éste fué, á nuestro juicio, el más grave de sus errores, del cual se originaron luego consecuencias desastrosas para la libertad y la democracia. A pesar de todo, esto no ha de ser obstáculo para que dejemos de reconocer en nuestro ilustre compatriota una honradez y una lealtad políticas sin tacha, y una entereza de carácter indomable, que le hacen digno del respeto y la consideración pública, hoy que tanto privan las asechanzas de las intrigas más bastardas y las inconsecuencias de los espíritus más rebajados y entecos.»

El acto de fuerza llevado á cabo por el general Pavía, disolvió las Cortes republicanas el 3 de Enero de 1874. Restaurada despues la monarquía, Salmeron ha permanecido lejos de España, desterrado en París por el Gobierno conservador; y solo recientemente háse afiliado al nuevo partido progresista-democrático, suscribiendo el manifiesto del

mismo. Aquí concluimos, por tanto, su historia de hombre público, y también, en consecuencia, este boceto; no sin consignar antes varios datos más dignos de mención, que encontramos entre nuestros apuntes sobre el mismo.

Salmeron fué alumno predilecto de D. Julian Sanz del Rio, quien conoció pronto su mérito, encontrando en él «un sucesor de su doctrina, y un continuador de la obra de su pensamiento»; pronunció en el Ateneo de Madrid muchos discursos, que le acreditaron como notable orador; y estableció asimismo en la corte un bien montado colegio, donde adquirió sus conocimientos distinguida y brillante juventud.

Como juriscónsulto, ha alcanzado fama merecidísima, y ha dado en el ejercicio de su profesión pruebas indudables de la delicadeza y dignidad de sentimientos que le caracterizan.—El año 74, ya citado, resonó en el Instituto provincial de esta ciudad de Almería, la autorizada palabra de nuestro ilustre compatriota, en un banquete celebrado en su honor;—y en fin, son bien notorias la sencillez y la llaneza de su natural y sus costumbres.

Terminemos diciendo que D. Nicolás Salmeron ha tenido numerosos discípulos, y la mayor parte le han sido ingratos; distinguiéndose en su desagradecimiento aquellos mismos á quienes miró con más preferencia y prodigó más favores.—Nos parece que por ser el último dato es bien elocuente.

PLÁCIDO LANGLE.

SITUACION POLITICA DEL URUGUAY

(MONTEVIDEO.)

LA AMÉRICA, que siempre ha tenido abiertas las columnas de su publicación á la defensa de los intereses de las Repúblicas Hispano americanas, se congratula con el mayor entusiasmo, no solamente por que hayan cesado las asperezas en las reclamaciones que España tenía pendientes con el Uruguay, sino que estas hayan tenido un término tan satisfactorio como honroso para las dos nacionalidades.

A este respecto dice *La Pátria Uruguaya*, órgano oficial del Presidente de la República General Santos:—«Pueden reñir padres 3 hijos; pero odiarse, nunca.»—Y nosotros vamos más allá.

Todos los códigos castigan el parricidio y el fratricidio con las penas más severas, como crímenes horrendos que rechaza la naturaleza misma.

Si la guerra entre extraños está condenada por la civilización, entre pueblos hermanos constituye un crimen vulgar, legislable hoy por la conciencia pública, que anatematiza y execra, porque hiere más de cerca las leyes naturales del hombre.

Y sépalo de una vez para siempre *La Pátria Uruguaya* y todos los pueblos latinos de América:—del Rey abajo aquí en tierra de España, no hay más que un sólo deseo, un solo grito para nuestros hermanos de América:—¡Paz y cariño!

Para llegar al feliz término de esas reclamaciones, como ambas partes estaban conformes, en principio, no fué necesario más que suavizar la forma, estraviada por la pasión, hija más bien del amor propio, y hubo tal hidalguía, que si una de las partes hacia una concesion cortés, la otra hacia dos, estableciéndose una especie de pugilato entre quienes habian de ser más corteses y más atentos; reaccion tan favorable para los intereses que se dilucidaban.

Entrando en ese camino, el muchas veces ilustre ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, D. Manuel Herrera y Obes, estuvo tan cortés, tan atento y justiciero con nuestro digno representante en Montevideo D. Manuel Llorente Vazquez, que en pocos días se consiguió lo que no se habia conseguido en algunos años, que es la aprobación del tratado de paz, amistad y comercio entre España y el Uruguay, que significa por otra parte, según el derecho internacional, el reconocimiento por parte de España, de Estado independiente de la República Oriental del Uruguay, cesando el *modus vivendi* y el *statu quo*, que nos tenía colocados en una situación excepcional y cuyas relaciones no eran más que confidenciales.

Por otra parte, el Ministro de Estado, señor marqués de la Vega de Armijo, oia con la mayor complacencia al muy digno representante del Uruguay en Madrid coronel D. Juan J. Diaz, quien en notas oficiales hacia las más inequívocas protestas de consideracion y respeto á la Patria de sus mayores, mereciendo del ministro español distinciones que solo se acuerdan á los representantes de naciones con quienes las relaciones son cordialísimas.

En una palabra, todas las altas personas en quienes los Estados tienen depositados los destinos de los pueblos se condujeron con patriotismo y grande elevaciones de miras, hasta tal punto, que lo que parecia una montaña inaccesible, fué un grano de arena.

Para completar nuestro trabajo, permítasenos ahora echar una mirada retrospectiva sobre las antiguas colonias españolas de América antes de constituirse independientes, para llegar á nuestro objetivo con datos que justifiquen nuestras apreciaciones.

Recojida la semilla de Washington por los patriotas americanos no tuvieron estos en cuenta, ni la oportunidad para su independencia, ni los elementos de que estaban compuestas aquellas socie-

dades, ni el régimen político en que estaban educadas.

Hubo, sin embargo, algun legislador, que presintiendo algo funesto para su país, manifestó sus ideas unitarias, bajo ésta, ó la otra fórmula (Bolívar y Rivadavia) pero fueron arrollados por la inconsciente aclamacion popular, que tantos males habia de causar para el porvenir de estas jóvenes nacionalidades.

Aquellos patriotas, por otra parte, no tuvieron las bastantes virtudes cívicas para sostener la lucha y se dejaron arrollar, tal vez, por no comprometer su popularidad, faltando á sus propias convicciones y preveyendo á no dudarlo todos los horrores de la anarquía hasta llegar á las dictaduras por que han pasado.

Regidas las colonias españolas por príncipes de la Iglesia, y por príncipes más absolutos que el mismo rey, y unos gobernados de temperamento excesivamente levantisco y de raza ingobernables, pasaron de un extremo al otro extremo en la más crítica de las edades para formar nacion independiente—en los ardores de la más inexperta juventud.

Unamos á estas gravísimas causas la no despreciable de una masa importante de gentes arrojada de Europa, una gran parte de ellas por sus crímenes, y tendremos que esos pueblos, al constituirse en naciones independientes, necesitaban de un inmenso amor á la patria, y la mayor calma y circunspeccion, si no querian caer en cadenas mucho más duras que las que acababan de romper.

¿Y cómo se le podian pedir estas virtudes á un pueblo formado en su mayoría de aventureros llevados allí por la fiebre del oro, sin patria ni hogar, ni religion ni lazos?...

Y con estos elementos, gobernada con las leyes más liberales que han podido inventar los hombres. ¡Quimeras! Utopías que le han salido harto caras á las Repúblicas hispano-americanas.

En tiempo de la dominacion española, costaba mucho trabajo sujetar á los mismos empleados, que habian ido de la Metrópoli; y á pesar de la sabia ley de Indias y de mandar hombres especiales de acrisolada virtud para tenerlos á raya, eran tantas las quejas y las reclamaciones, que más de una vez se mandaron fuerzas para hacer respetar la ley y el derecho de gentes, tantas veces hollados.

El obispo de Coro (Venezuela) le decia en una carta al rey:—«que eran tantos los desafueros cometidos en perjuicio de los indios por un arceobispo de aquella catedral, que le habia tenido que lanzar excomunion mayor, á falta de otros medios de castigo, por su vida libertina.» (Vivia amancebado con seis indias, se daba á la embriaguez y exigia tributos á los indios, para que no estaba autorizado y otros vejámenes; era de carácter violento y tenia atemorizado á las justicias de la Isabela (Santo Domingo), y que el mismo justicia mayor, de Tolosa, no lo habia podido reducir á la obediencia.—*Muñoz. Coleccion de documentos inéditos para formar la historia de América; archivo de Simancas, hoy en el archivo de Indias de Sevilla.*)

No cabrian en el estrecho límite de que podemos disponer las innumerables citas de este género que podríamos hacer en justificacion de nuestra tesis.

Andando los tiempos, pensando y legislando bien la Metrópoli, por más que algunos americanos hoy piensen de otra manera, llegamos á la época de la independencia, y estos individuos rebeldes hacia mucho tiempo contra el poder Real, fueron los más decididos campeones de la emancipacion, por que de esta manera, con el triunfo, dejaban saldadas sus cuentas con la justicia de la Metrópoli.

No tuvieron en cuenta, repetimos, los legisladores americanos, ni estos elementos, ni el régimen político en que estuvieron educados; y de repente, embriagados con la idea de una emancipacion inoportuna, cayeron de improviso en la confeccion de constituciones para pueblos formados de mejores elementos, de sangre menos ardiente y mejor educados para la libertad.

Como es consiguiente, se desencadenaron las más inauditas ambiciones personales, y pasando por las anarquías llegaron á las dictaduras que sujetaron por un tiempo precioso el desenvolvimiento de los intereses materiales y la administracion de aquellos países, que solo necesitan paz para que la riqueza brote espontáneamente.

Las evoluciones porque han pasado todos los pueblos tienen la misma historia; sangre y lodo, víctimas y tiranos, pero la humanidad avanza por el camino de su perfectibilidad, y por más que cada paso le cueste un lago de sangre, los pueblos se constituyen en sociedades, cuyos esfuerzos sólo serán algun día, reunidos todos sus factores para la defensa, no del hombre contra el hombre, sino contra la naturaleza. La actividad en todas las manifestaciones del trabajo intelectual y material nos dará este resultado. Esta es la religion de las sociedades del porvenir.

Mientras tanto, la generacion presente estudie por lo pasado y prepare el camino para las ménos pretéritas.

Si el padre trabaja y se afana para dejar un legado á su hijo, la suma de todos esos afanes cons-

tituye una herencia colectiva para la generacion que viene.

Pero volvamos al punto de partida.

Unas veces Montevideo y sus departamentos anexionados á la Confederacion Argentina; otras formando parte del Imperio del Brasil, y ahora perfectamente independiente, su período constituyente pasó por tantas vicisitudes, y de tal manera se educaron sus hombres, que para gobernar con acierto necesita hombres de talla más elevada que ningun pueblo de Europa; y tiene esa gran necesidad, porque sus gobernados son de índole más dócil; y téngase en cuenta que esta observacion no está hecha solamente para la República oriental del Uruguay, sino para todos los Estados latinos de América.

El mejor ministro de Suiza, Bélgica ó Portugal, allí no serviría para nada y tendria que hacer lo que hace el ministro más torpe de cualquiera de aquellos Estados.

En cuanto se refiere al Uruguay, de tal manera se corrompieron allí los hombres que pretendian con las armas en la mano el poder, que bastaba que un coronel cualquiera, seguido de su regimiento y algunos pelotones de hombres, para convulsionar el país con pretexto de tiranía del Gobierno, no para entrar él á mejorar la situacion, sino simplemente para entrar en tratos con el presidente que rigiese los destinos del país, para que despues de alguna escaramuza, obtener algunos miles de duros y dispersar su gente, yéndose el jefe al extranjero para volver á lo mismo al poco tiempo.

Siendo presidente el coronel Latorre se deshizo de esta gente que siempre estaba dispuesta á perturbar el país mediante algunos miles de duros.

Podrá decirse que el procedimiento estaba á la misma altura que los móviles porque obraban aquellos, pero es indudable que el presidente Latorre prestó un gran servicio al país limpiándolo de estos fabricantes de revoluciones á precio fijo.

Solo uno quedó y ese fué el coronel Máximo Perez, llamado en el país burlescamente el coronel *Chaná*, pagando con su vida un oficio, que es muy parecido al bandido de los caminos; sin más diferencia que este, dice—la bolsa ó la vida—al que pasa y aquellos se lo decian á los Gobiernos constituidos.

Le bastó al general Santos, actual presidente de la República, que algunas secciones de la policía rural fueran á perseguir al coronel *Chaná*, y en los primeros tiroteos matarlo y poner en completa dispersion á toda su gente, que por el departamento de Tacuarembó ganó la frontera.

Si el presidente de la República oriental del Uruguay general Santos y su ministerio no estuvieran á la altura del pueblo cuyos destinos rigen, cualquier pequeño chispazo revolucionario seria suficiente para que la revolucion tomara proporciones y echara abajo lo existente.

La intenciona del coronel Máximo Perez, demuestra, pues, que el presidente Santos y su Gobierno tienen hondas raíces y que gobiernan con el beneplácito general, si no, el país hubiera dado apoyo á la revolucion.

Un país tan hermoso, donde la produccion de los trabajos agrícolas son tan lucrativos, y por el cual la corriente emigratoria española muestra tanta preferencia, no necesita para el mayor desarrollo de la riqueza pública más que dos cosas, paz y respeto al emigrante, y las dos cosas las tiene resueltas el Gobierno del general Santos.

CÉSAR VALCÁRCEL.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

LA NUEVA PERFORADORA BEAUMONT.—Refiriéndonos en crónicas anteriores á los trabajos preparatorios realizados en ambas orillas del canal de la Mancha para la apertura del túnel que, sino surgen nuevas dificultades, proporcionará un camino breve y seguro entre Francia é Inglaterra, hemos tenido ocasion de mencionar la nueva máquina perforadora inventada por el coronel Beaumont, Ingeniero militar inglés, y construida por la sociedad constructora de Batignolles, (antiguos establecimientos Gonin.)

Hé aquí algunos detalles sobre este nuevo adelanto de la ciencia.

En lugar de abrir por percusion agujeros de mina de pequeña dimension, como en el monte Cénis y en el Gothardo, la máquina del coronel Beaumont abrirá de una sola vez, y sin el recurso de medios explosivos, una galería de 2 metros 11 centímetros de diámetro, perfectamente cilíndrica, trabajando á modo de gigantesco taladro.

La naturaleza de la roca en que ha de formarse el túnel submarino, se presta, por su homogeneidad, y su dureza relativamente moderada, á un trabajo de esta índole. Por la parte de Inglaterra se han perforado ya más de dos kilómetros en el banco de creta correspondiente, con una máquina Beaumont. La construida en Francia presenta varios perfeccionamientos, con los cuales es seguro que su trabajo, satisfactorio ya en Inglaterra, será todavía mucho más eficaz.

La herramienta de la máquina Beaumont con-

siste en una especie de T, cuya cruz lleva una serie de cuchillas rascadoras destinadas á atacar la roca. La longitud de la cruz corresponde, por consiguiente, al diámetro de la galería que ha de abrirse. La disposición y modo de inserción de estas cuchillas son parecidas á las de los ganchos de los tornos ó máquinas de acepillar.

La espiga de la T, que consiste en un largo árbol de acero muy potente, recibe el movimiento de rotación por una serie de engranajes de construcción muy sólida, moderando sucesivamente el movimiento tomado en su origen sobre el árbol manubrio de una máquina de dos cilindros conjugados, que funciona por medio del aire comprimido. Al mismo tiempo que se produce el movimiento de rotación, un sistema hidráulico, análogo al de los ascensores tan usados ya en las casas de muchas capitales, produce un movimiento de traslación que puede verificarse hácia adelante, hácia atrás, ó ser suspendido por un simple juego de válvulas.

Para permitir, gracias á ese aparato hidráulico, el movimiento de la máquina, ésta se compone de dos partes, cuyo desplazamiento recíproco se verifica por resbalamiento. La parte inferior consiste en un segmento de caldera de palastro fuerte, de un radio casi igual al de la galería que se va á abrir. Constituye una especie de canal con correderas, sobre las cuales se mueve la parte superior potentemente construida de fundición, que lleva todo el mecanismo.

La canal está unida al pistón del ascensor, y la montura al cuerpo cilíndrico, de suerte que cuando se introduce el agua por medio de una pequeña bomba en el cuerpo cilíndrico, estando el pistón unido á la canal, que á su vez descansa sobre el suelo de la galería, el cuerpo cilíndrico y la montura de la máquina son los que, formando un sólo cuerpo con dicho pistón, avanzan bajo el esfuerzo de la presión por las correderas, apoyando contra el paramento de la galería las herramientas cortantes, las cuales, por un movimiento lento de rotación de una vuelta y media á tres por minuto, desempeñan su oficio.

Los detritus de la roca caen sobre el suelo de la galería, de donde son recogidos por grandes cucharas formadas por dos cavidades existentes en la rama de la T que constituye el porta-herramienta. Estas cucharas en su movimiento de rotación, se vacían en un rosario de cangilones, que pasando por el cuerpo cilíndrico en canal, y tomando su movimiento por un engranaje cónico sobre el árbol del manubrio, viene á arrojar los escombros más atrás de la máquina á una altura que permite su carga directa en vagoncitos á propósito.

Cuando la herramienta, bajo la acción de la presión hidráulica, ha recorrido una longitud de 1^m 37, se suspende el trabajo unos momentos para elevar todo el aparato de dos á tres centímetros, por medio de una combinación apropiada de crics ó gatos; la canal deja entonces de apoyarse sobre el suelo de la galería, y haciendo obrar la presión del agua sobre la otra cara de pistón, la canal, unida al eje de éste, es arrastrada á su vez, con relación á la montura inmóvil sobre los crics, y viene á recobrar, bajo la acción de la bomba, su lugar natural. Se aflojan entonces los crics, y el aparato queda dispuesto para un nuevo avance. Toda esta maniobra, muy sencilla, solo requiere pocos instantes.

La máquina Beaumont será alimentada con aire comprimido por los aparatos del profesor Colladon, á una presión de dos atmósferas efectivas.

La distribución del aire está calculada para dar al árbol manubrio una velocidad normal de 100 vueltas por minuto, y á la herramienta la de una vuelta y media por minuto.

El movimiento hidráulico producirá un avance de 12 milímetros por vuelta, ó sea 18 milímetros por minuto, en relación con la dureza de la creta gris en que han de abrirse las galerías.

En estas condiciones, el avance de la galería sería de un metro, 8 centímetros por hora, pero á causa de las maniobras precisas para volver á poner la máquina en disposición de que pueda funcionar, cuando se ha llegado al desplazamiento extremo de una parte con respecto á la otra, no se puede contar como máximo más que con un avance de 1 metro por hora, que es ya un buen resultado. La máquina que trabaja del lado de Inglaterra, aunque de un tipo menos potente, da avances de 15 metros en 24 horas, ó sea 60 centímetros próximamente por hora.

La forma perfectamente circular de las galerías, y la limpieza de sus paredes, sorprenden vivamente á las personas que las visitan. El empleo de la máquina Beaumont envuelve un progreso considerable en el arte del minero, cuando se trata de trabajos subterráneos en roca de dureza media y de composición bastante uniforme, como la base de la creta de Rouen. La rapidez del avance, la supresión de la pólvora y otras materias explosivas, la mayor seguridad que resulta para los obreros, tanto por la mejor ventilación, como por la ausencia de conmociones que, propagándose á través de los bancos de roca, llevan el peligro de la comunicación con las capas acuosas próximas, son otras tantas condiciones apreciables y de gran importancia, bajo el punto de vista de la ejecución de un trabajo tan especial como el de la construcción de un camino de hierro submarino.

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS SOLARES.—El estudio

particular del sol por el análisis espectral durante los grandes eclipses, está dando continuamente brillantísimos resultados. Al sol de Herschel y Arago, formado de un foco central y una envoltura luminosa, la foto-esfera, tenemos ahora que añadir una capa exterior, relativamente muy delgada, en contacto inmediato con la foto-esfera. Esta capa, formada sobre todo de hidrógeno incandescente, está atravesada por pequeñas erupciones de vapores metálicos (sodium, magnesium y calcium), que provienen de la foto-esfera. Pero en algunas épocas, y particularmente cuando las manchas solares abundan, elevanse á través de esta misma envoltura formidables erupciones de hidrógeno que alcanzan una altura hasta de veinte ó treinta leguas: son las protuberancias rosáceas visibles en los eclipses totales, porque el disco de la luna señala los rayos más brillantes de la foto-esfera. Por último, desde 1871 se sabe que la misma envoltura de hidrógeno está á su vez rodeada por una atmósfera en extremo rarificada, en la cual penetran los grandes rayos de hidrógeno, y que debe modificarse mucho con los movimientos internos del sol.

No se han limitado á esto los últimos progresos en el conocimiento del sol. La fotografía viene ahora á poner en evidencia la composición íntima de la capa luminosa que nos alumbra, y ya ha demostrado que esta foto-esfera se halla trastornada por huracanes que exceden en violencia á cuanto nos podemos imaginar. Si esta capa estuviese en estado de equilibrio y reposo, la materia fluida que la compone formaría una tela continua de brillo uniforme; pero como está incesantemente rota por las erupciones á que antes nos hemos referido, se forma de las masas globulares de materia muy luminosa, que flotan en un fluido oscuro. En los períodos de calma relativa, estos glóbulos toman la forma de esferas y parecen una granulación general; en los períodos en que es mayor la agitación, se separan como granos de arroz, y acaban por alinearse y formar filamentos que se cruzan en la superficie del sol, donde trazan como una especie de red cuyas mallas llenan las granulaciones.

¿Quién hubiera creído, hace diez años, que se podría analizar la sustancia del sol así como la sangre de los animales, y descubrir también en ella glóbulos, á que debe toda su potencia? Sin embargo, tal vez estemos solamente en el umbral de descubrimientos más lejanos aún. El año último se ha podido fotografiar por primera vez un cometa, y se ha comprobado que la cola, tan brillante en apariencia, era doscientas ó trescientas mil veces menos luminosa que la luna. En América, el físico y filósofo Draper, autor de los *Conflictos de la Ciencia y la Religión*, cuya reciente pérdida deplora la ciencia, ha resuelto con éxito un problema más difícil todavía: fotografiar la nebulosa de Orion. M. Jansen en el observatorio de Meudon ha conseguido el mismo resultado, y quizá dentro de poco sabremos tan detalladamente, como con respecto al sol, lo que pasa en el mundo sideral á esas inmensas distancias tan prodigiosas, que nuestras cifras son impotentes para contener.

ORÍGEN DE LAS MONTAÑAS LUNARES.—Las montañas de la luna no se parecen á las montañas de la tierra; hace tiempo que se las encontró alguna semejanza con los cráteres de nuestros volcanes. Mientras las montañas terrestres representan masas cónicas por lo general, las de la luna afectan casi siempre la forma de inmensos circos. En el centro, un espacio circular; en los bordes, alzándose á una altura prodigiosa, una especie de muralla vertical cuya cresta vuelve á caer al exterior en pendiente más ó menos inclinada.

Estas últimas particularidades hacían en extremo difícil explicar de qué manera pudieron nacer montañas tan singulares. La mayoría estaba á punto de inclinarse á ver en su formación los indicios de algunos fenómenos eruptivos; pero esto no podía, en ningún modo, asimilarlas del todo á los volcanes terrestres. Mr. Julio Bergeron acaba de comunicar á la Academia de Ciencias de París un experimento que ha hecho, y por el cual ha podido reproducir, en pequeño, ciertas apariencias algún tanto semejantes á las que nos ofrecen las montañas de la luna.

Partiendo del hecho de que cuando algunos gases ó vapores atraviesan una masa pastosa dejan después de su paso una serie de agujeros en forma de embudo, M. Julio Bergeron ha recurrido á aleaciones metálicas que se funden á una temperatura muy baja. La de Darcet es célebre, pero se conoce otra formada de bismuto, cadmium, estaño y plomo, que se licúa muy por bajo de la temperatura del agua hirviendo (70° próximamente). Por medio de un tubo de latón se hace llegar á la masa metálica fundida en el baño María una corriente de aire caliente.

Se deja enfriar la masa metálica continuando la insuflación del aire caliente, entonces se produce un hervor que arroja las partes que empiezan á solidificarse y á formar una película. Así se forma un gran circo. Después de esto y por el mismo método los bordes del circo se levantan poco á poco y éste toma el aspecto de un cráter; pero también, á medida que se produce el enfriamiento, la masa metálica, ya pastosa y siempre rechazada por la insuflación de gas, no pudiendo romper la película sólida pasa por cima de los bordes del cráter y forma un cono que se acentúa visiblemente. Al mis-

mo tiempo el cráter se agrieta más y más, y sus paredes internas presentan una inclinación mucho mayor que las paredes exteriores.

Es posible que algo semejante haya ocurrido en la luna, y que las erupciones gaseosas hayan dado lugar á los relieves que se ven en ella. Habiéndose enfriado la parte superficial de nuestro satélite mucho antes que la parte interna, ésta, aún fluida, ha continuado emitiendo vapores, cuando la superficie era ya una masa pastosa; tomando el mismo camino los vapores han constituido á la larga, los cráteres de paredes verticales que son los que vemos hoy. En cuanto á esos vapores escapados así en inmensas burbujas no hay que asombrarse de no encontrarlos en la superficie de la luna, admitiendo que no exista atmósfera ninguna. En tanto tiempo han podido ser absorbidos por la sustancia que constituye la roca misma de nuestro satélite.

ESTUDIO DE LAS MAREAS.—El profesor sir William Thomson ha presentado á la Asociación científica británica, el 25 del pasado, en Southampton, un curioso é interesantísimo aparato para el estudio y determinación de las mareas. Consiste en una especie de máquina calculadora, por medio de la cual, y previos ciertos datos recogidos por la observación, se puede fijar la época y magnitud de las mareas para cualquier punto de una costa; de modo que en menos de veinte minutos se predicen y determinan con tan ingenioso instrumento las horas é intensidad del flujo y del reflujo para todo un año, en el puerto que se desee, con tal que se den algunos datos respecto al mismo fenómeno en años anteriores, por ejemplo, la magnitud y hora fija de la pleamar en un día determinado.

Claro es que semejante aparato ha de tener gran complicación, y al construirlo han de haberse tenido en cuenta todas las circunstancias que influyen sobre las mareas para ajustar el mecanismo á dichas circunstancias, combinando de tal modo los distintos órganos del aparato, que funcionen como lo hacen sobre el globo los elementos que determinan el flujo y el reflujo de la mar.

La exposición que con este motivo ha hecho el ilustre profesor inglés de la teoría de las mareas en la reunión de Southampton ha sido muy interesante, por presentar resumidos con gran precisión y competencia todos los datos é hipótesis que cerca de tan importante fenómeno se conocen.

En efecto, si, como dice sir William Thomson, por mareas se entiende toda elevación del nivel del mar, seguida de una depresión, repitiéndose con más ó menos regularidad, son muchas las clases de mareas que deben estudiarse, porque hay una multitud de causas astronómicas y meteorológicas que producen ó tienden á producir tal efecto sobre los Océanos.

La principal de todas las mareas es, sin duda alguna, la marea lunar semi-diurna, cuyo período tiene lugar en doce horas lunares, ó sean doce horas y veinticinco minutos próximamente de las nuestras. Sigue después en importancia la marea solar semi-diurna, cuya revolución completa se verifica en doce horas terrestres. Hay, además, otras mareas cuyos períodos son, aproximadamente, de veinticuatro horas, de gran importancia en los mares de la China y de la India, y en el Pacífico, y apenas perceptibles en Europa. De las posiciones particulares que la tierra ocupa, con relación á los demás astros de nuestro sistema planetario, resultan mareas quincenales; y, por último, hay mareas eléctricas y mareas por la temperatura, como las que se observan en la atmósfera por la diferente acción del sol en las sucesivas horas del día y de la noche.

Por esta ligera enumeración, se vé que la marea principal ó marea lunar semi-diurna puede ser modificada por una multitud de circunstancias.

Atrayéndose la tierra y la luna, según las leyes de Newton, en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, y no sufriendo la parte sólida de la tierra, á causa de su rigidez, variaciones en su forma, por efecto de esa atracción mútua, solamente las aguas y la atmósfera experimentan las modificaciones consiguientes. Bajo la influencia de esa atracción mútua los Océanos se elevan por el lado que mira á la luna y por la parte opuesta, formándose dos elevaciones situadas á las extremidades de un mismo diámetro terrestre, y que circulan alrededor de nuestro planeta, siguiendo el movimiento aparente de la luna, es decir, de Este á Oeste y en veinticuatro horas y cincuenta minutos; por lo cual, deben mediar doce horas y veinticinco minutos entre dos altas mareas consecutivas. El reflujo no corresponde exactamente á la mitad del intervalo de dos pleamares, porque las aguas bajan más pronto que suben.

La primera circunstancia que modifica la amplitud de la marea lunar semi-diurna, es la acción de la marea solar, también semi-diurna. Cuando las dos acciones se ejercen en el mismo sentido, como sucede en las *syzygias*, ó sea en los novilunios y plenilunios, la amplitud de la marea aumenta, y cuando las acciones solar y lunar se ejercen en sentido contrario, como acontece en las cuadraturas, esto es, en las medias lunas, la amplitud de la marea disminuye. De aquí resulta que las mareas de las *syzygias* serán siempre mayores que las mareas de las cuadraturas; y las mareas de las *syzygias* que tienen lugar en la época

de los equinoccios, son las más fuertes de todas; son las que se llaman *grandes mareas*.

Ahora bien; acontece que una misma marea, se manifiesta con muy diferente intensidad en los distintos lugares de la tierra, y este hecho es uno de los más interesantes de estudiar, porque resulta que la altura de la marea, no queda determinada para un punto cualquiera de las costas con saber todas las circunstancias astronómicas y aún meteorológicas que en tal marea concurren.

La marea, en efecto, es poco considerable en medio del Océano, y muy intensa en los estrechos y en los golfos. No pasa de 40 centímetros en las Antillas; es de un metro á metro y medio en el golfo de Vizcaya; llega á 4,40 en Dieppe, á 11 en el canal de Bristol, á 14 en el estrecho de Magallanes y hasta á 24 en la Bahía de Jundy, en las costas de Nueva-Escocia.

Se comprende claramente que la regularidad en la elevación de las aguas sea contrariada por las disposición de las tierras, sean islas, sean continentes, contra las cuales vá á chocar el Océano, retardándose ó acelerándose el flujo y el reflujo. Deben influir además la dirección de las corrientes marinas, la presión barométrica, la fuerza y duración de los vientos. Sir William Thomson dá claramente idea de la producción del fenómeno de la manera siguiente:

«Se considera, según las leyes de Newton, que la tierra y la luna se atraen, como si las masas de estos astros estuvieran concentradas en sus centros respectivos. En realidad no es así, y para el hecho de las mareas conviene tenerlo muy presente. Cada molécula de la luna ejerce su acción atractiva sobre todas las moléculas de la tierra y vice-versa. La parte sólida de nuestro globo no se deforma por su rigidez; los mares sí. Pero los mares no están distribuidos de un modo uniforme por la superficie del planeta. La resultante, pues, de la acción de todas las fuerzas atractivas que entre las moléculas de la luna y de los mares se ejercen, tiene que ser diferente en cada punto del globo y dependerá de la posición de este punto con relación á la configuración total de los mares.»

Son interesantísimos estos datos, primero por la aplicación inmediata que la navegación sacará siempre del mejor conocimiento de las mareas, y segundo porque así se va facilitando la idea, ya muy acariciada, de aprovechar algún día como fuerza mecánica la que produce el flujo y el reflujo del mar, fuerza mecánica que podrá transformarse en electricidad, y ésta á su vez en luz, en calor, ú otra vez en trabajo mecánico para utilizarlo donde y como convenga.

MEDIDA DE LA VELOCIDAD DEL PENSAMIENTO.—Hace tiempo que los sabios llevan á cabo curiosas investigaciones acerca de la energía y rapidez de la acción mental. Hé aquí, á este propósito, algunos nuevos datos cuyo interés no necesita encarecerse.

Según MM. Hoich y Douder, pasa un sétimo de segundo antes que un movimiento de la mano responda á una picadura hecha en la cabeza; entre el sonido que hiere el oído y el gesto que hace constar la sensación experimentada, media, á lo ménos, la sexta parte de un segundo. Un pensamiento sencillo exige $\frac{1}{25}$ de segundo en un hombre de media edad.

Naturalmente, lo primero que se le ocurre al que escucha estos datos es preguntar cómo se han obtenido. Suponemos que se convenga con la persona en quien se hace el experimento, que hará una señal con la mano así que oiga decir la letra A. El sonido A hiere su oído, la sensación llega al cerebro, el cerebro, á su vez, dá á los nervios y á los músculos la orden de que hagan la señal convenida. Todo esto se verifica en $\frac{1}{6}$ de segundo.

Pero puede obrarse de otro modo, diciendo al paciente que haga un gesto determinado cuando oiga tal sonido, y otro gesto cuando perciba un sonido diferente. En este segundo caso, se advierte que el conjunto de la operación pide más tiempo que el primero. ¿Por qué? Porque el espíritu ha necesitado algunas fracciones de segundo para discernir con qué sonido oía. De esta manera se obtiene la duración de la acción puramente psíquica.

Pero el Sr. Mosso, de Turin, ha ido más lejos todavía. Hace algún tiempo se había notado que la sangre afluye al cerebro bajo la influencia del acto mental. El Sr. Mosso ha deducido de aquí que la cantidad de sangre en los miembros vecinos debe disminuir otro tanto, y ha construido un aparato especial, el *pletismógrafo*, para medir las correspondientes dimensiones de volumen.

Véanse algunos de sus resultados más interesantes:

El Sr. Pagliani pone el brazo en el *pletismógrafo*, y se le ruega que multiplique mentalmente 267 por 8 y haga una señal cuando haya terminado; el aparato registra, en una curva, la cantidad de sangre que ha debido afluir al cerebro del señor Pagliani para verificar la operación. Para otra persona cualquiera, la curva es diferente: hace falta más ó ménos sangre á su cerebro, porque el esfuerzo es también más ó ménos considerable.

Un literato entra en el despacho del Sr. Mosso, y arroja una mirada despreciativa sobre el *pletismógrafo*. ¿Para qué puede servir eso?

—¿Leis el griego con igual facilidad que el latín?—le pregunta el inventor de la máquina.

—Sí señor, con la misma.

—¡Vamos á verlo!

Invitado por su amigo, el literato introduce un brazo en el *pletismógrafo*, que acusa una ligera depresión mientras él lee un breve trozo en latín. Le dan un libro griego, y la presión es dos ó tres veces más fuerte...

Ya, pues, tenemos la *facilidad*, susceptible de ser medida en milímetros y décimas de milímetro.

SOBRE LA LOCURA SUICIDA.—Un sabio doctor francés, M. Augusto Voisin trata de establecer en estos momentos cuáles son las lesiones cerebrales que corresponden á las ideas de suicidio en los enajenados. Aunque todavía no pueda adelantarse juicio alguno respecto á la calidad de los resultados obtenidos, bueno es dejar sentado que invocando varias autopsias en su apoyo, M. Voisin presenta quince observaciones de las cuales deduce sus conclusiones.

La opinión más generalizada actualmente reúne las funciones psíquicas y motrices en las mismas circunvoluciones cerebrales.

En los enajenados atacados de lypemania con ideas de suicidio y asesinato, la rapidez de los actos impulsivos es una prueba de la íntima relación que une el pensamiento á la manifestación exterior é inconsciente; indica el asiento de centros psíquicos y motores en la misma parte de la corteza cerebral.

Parece que la rapidez de los actos impulsivos puede explicarse por la trasmisión de la irritación de las células sensitivas psíquicas más próximas, á otras células motrices, hecha por medio de las fibras nerviosas del *reticulum*.

La clínica y la anatomía patológica parecen haberse puesto de acuerdo, en las observaciones de M. Voisin y en cierto número de casos, de tal modo que se puede localizar la *idea* del suicidio y la *impulsión* al suicidio en una parte de la corteza cerebral correspondiente á la región bregmático-iniaca, situada en la porción más interna de las circunvoluciones frontales ascendentes, en la primera y segunda circunvolución parietal, y en los lóbulos parietales, es decir, en la región media é interna de los hemisferios cerebrales.

Entre los síntomas clínicos observados en los locos de que se trata, el fenómeno dominante es la hipertermia de la cabeza, hácia el syncipat; en varias autopsias se han encontrado congestiones de las meninges, de los exudats, en la parte superior é intestinal de las circunvoluciones parietales y occipitales, una degenerescencia grasienta de las células de la sustancia cerebral hácia dicho punto.

Observaciones ulteriores nos enseñarán, sin duda, el valor de los hechos apuntados, harto escasos en número para dilucidar la cuestión, tan oscura hasta ahora, de las localizaciones cerebrales.

CASOS DE CURACION DE LA HIDROFOBIA.—El caso de curación de la hidrofobia presentado á la Academia de Medicina de París por el Dr. Denis-Dumont—y del cual nos ocupamos en nuestra última crónica—ha llamado la atención sobre esta terrible enfermedad, y correspondiendo á este movimiento general, M. Decroix, médico veterinario, retirado ya de su profesión, ha llevado á la Academia una interesante Memoria que hace saber que existió un *Comité de la rabia* fundado por M. Bourrel y dirigido por el exponente. Según la Memoria de M. Decroix, el comité ha ensayado todas las sustancias medicamentales consideradas como anti-rábicas, incluso el nitrato de pilocarpina, y á todas sin excepción las ha encontrado no solo ineficaces, sino dañinas: no tienen otro efecto—dice M. Decroix—que provocar las crisis y hacerlas más violentas. Declarando su adhesión á todo aquel que quiera hacer nuevos experimentos, el comité, siempre por boca de su presidente, expresa su opinión de que, en el estado actual de nuestros conocimientos sobre la enfermedad, el único método que puede aplicarse al tratamiento de los hombres y los animales rabiosos, es dejarlos completamente tranquilos, alejar de ellos todo rumor, toda agitación, llevarlos á un local oscuro y retirado. M. Decroix funda alguna esperanza en este aislamiento. Por lo demás, está convencido de la curabilidad posible, y aún á veces instantánea, de la rabia, y cita nueve casos que le han sido contados por personas competentes:

1.º El Dr. Menecier inocular á dos perros y un conejo la rabia de un perro rabioso. Los animales inoculados sucumben á la enfermedad; el que ha proporcionado el virus se salva.

2.º M. Decroix inocular á un perro la saliva de un perro hidrófobo. Este muere; aquel contrae la enfermedad, pero se cura.

3.º M. Decroix toma saliva de un hombre rabioso, algunas horas antes de morir, y se la inocular á un perro que contrae el mal, y se salva.

4.º M. Rey, director de la Escuela veterinaria de Lyon, recibe en sus hospitales un perro mordido por un animal rabioso. La rabia furiosa se declara, y se cura.

5.º M. Laguerrière, veterinario militar, tiene una perra que fué mordida por un perro rabioso. Contrajo la rabia, pero se curó sin que se le prodigase cuidado alguno.

6.º El Dr. Lunel trata á un segador mordido por un perro rabioso. El hombre se cura; pero un perro mordido el mismo día por el mismo animal, contrae la rabia y muere.

7.º En una localidad en que recientemente habían muerto de la rabia algunas personas y animales, el Dr. Nichols fué llamado á asistir á un inglés, que presentaba todos los síntomas característicos de la rabia furiosa, y que veintidós días antes había sido mordido por un perro que no pudo encontrarse. El enfermo estaba bueno á los pocos días.

8.º Un perro rabioso muerde á dos hombres, una vaca y un gorrino. Todos los animales son atacados de la enfermedad, y mueren; solo el hombre, después de haber contraído la enfermedad, se curó: lo atendió el Dr. Hooper.

9.º M. Decroix ha observado en un caballo los síntomas ciertos de la rabia furiosa; pero se curó en el intervalo de nueve ó diez días.

Sin discutir los nueve casos contados por Mr. Decroix, recordaremos que ya la estadística ha establecido que no todas las mordeduras de un perro rabioso producen necesariamente la rabia; aún se conoce de una manera aproximada el número de atacados que sucumben (cerca del 23 por 100). Nada prueba que no haya grados en la virulencia; ya se sabe que tal virus, transmitido de un organismo á otro, puede perder ó ganar en energía al cambiar de terreno. En fin, se comprende que la economía oponga al terrible veneno una resistencia más ó ménos grande. Como consecuencia de estas observaciones, puede admitirse teóricamente la posibilidad de la curación espontánea de la rabia, en algunos casos, y los hechos revelados por Mr. Decroix, vienen en apoyo de la teoría.

P. RUIZ ALBISTUR.

PENSAMIENTOS.

Embellecer la vida: hé ahí el pensamiento de los hombres. Divinizar la muerte: hé ahí la obra maestra del amor.

**

El deseo se parece á una de esas llamas que toman la dirección del viento que las agita. ¡Cuántas veces he pensado en el alma para compararla con una de esas bolitas de barro, que adquieren todas las formas que quieren darles los dedos que las oprimen!

**

La vida es una montaña; en el momento en que pisamos su cima, las nieblas cubren los valles y el cielo se oscurece.

**

Sólo es grande el hombre que puede dar al olvido su vanidad.

**

He visto un pájaro que gorjeaba sobre la tumba de Quintana. Dios mandó á la tierra un ave, y el ave se posó en un cementerio, y cantó la grandeza de un génio en medio de la grandeza y el silencio de la muerte.

**

Ante lo que es inmutable, el hombre sólo piensa en sí mismo.

**

Cosa extraña; la calma exterior, la soledad, ó el silencio producen en el alma la tempestad que falta en la naturaleza.

**

El hombre, que principia favoreciendo á los demás por amor á la virtud, acaba perjudicando á quien le favorece.

**

Nada nos promete tanta felicidad como lo que nos hace olvidar nuestros dolores.

**

El hombre sólo comprende la muerte cuando ha llegado á ella por rectos caminos iluminados por el sol de la virtud, único que puede disipar las sombras de esta noche que llamamos vida.

**

La ilustración da paso á la sensibilidad, la sensibilidad, al amor y el amor al cielo.

**

El pensamiento del malvado que por primera vez tiene conciencia de su degradación, es casi siempre funesto, porque es demasiado grande.

**

Pidamos mucho, pero pidamos cosas que tengan algo de la bondad de Aquel que puede darnoslas.

**

Todo nos aflige, porque no sabemos aprovecharnos de los placeres. Me atrevo á decir que la felicidad es una mercancía que nadie quiere, porque cuesta poco.

**

La libertad es la independencia de la virtud.

**

La más pequeña falta, toma en el alma honrada extraordinarias proporciones, y engendra en ella el odio á la sociedad, el temor al castigo, una misteriosa é invencible desconfianza, y, como consecuencia de todo ésto, la desesperación.

**

La sociedad nos hace olvidar los beneficios que debemos á la naturaleza.

Las palabras *amor* y *matrimonio*, son sinónimas. Cuando el *interés* motiva el *consentimiento*, el matrimonio es un contrato que legaliza un crimen.

Hijos, esposos, padres.... ¡Que pocos saben ser lo que son!

El alma lleva en sí misma su enemigo. El recuerdo de los dolores pasados nos roba las fuerzas que necesitamos para arrostrar los presentes. La memoria, causa muchas veces de nuestra felicidad, es también la fuente de nuestras desdichas. Todo está en el alma; todo depende de nosotros: el mundo es nuestro esclavo; pero ¡ah! quien duda de sí mismo no sabe mandar: por eso el hombre se convierte en una máquina de la que todo el que pasa se cree con derecho á quitar algo.

El entusiasmo es la única puerta que da paso á la meditación.

Hay personas á quienes el talento, la sensibilidad y la honradez, sólo les sirve para hacerlas enemigas de la sociedad y de ellas mismas. Por el contrario, hay quien conserva honores y riquezas por méritos que no tiene.

Nada hay más enojoso que una felicidad impuesta.

Casi siempre la alegría de la naturaleza acompaña á la alegría del corazón. Un cielo diáfano hace más soportables nuestras penas, y al mirarle, parecemos que el alma quiere abandonarnos.

El silencio es el único lenguaje que me conmueve.

El hombre guarda el primer amor de la mujer, porque teme mancharlo con sus vicios; la mujer descubre al mundo el último amor del hombre, purificado con sus besos y con sus lágrimas.

Siempre seremos lo que el mundo crea que debemos ser.

Cuando nos afligimos nadie enjuga ni ve nuestras lágrimas, porque todas las manos se ocultan y todos los ojos se cierran, ¡aquellos ojos en que brillaba la luz del alma de un amigo, de una mujer querida ó de un hermano!

El amor encierra en nuestro pensamiento al universo, y le hace brillar con el resplandor de todas las virtudes.

El hombre sería dichoso si pudiera dar á todos una felicidad sin límites en cambio de un agradecimiento sin egoísmo.

El amor es la tumba del infortunio.

La virtud de un alma no se busca, se adivina; y no la adivinaremos mientras nuestro corazón no esté vacío de vanidad y lleno de simpatía.

Aparentamos ser felices para que el mundo no aumente nuestra desgracia con sus palabras de consuelo.

La luz de la gloria llega hasta el sepulcro.

La esperanza es más corta que la felicidad, pero es más intensa, porque nos hace presentirla.

Nada hay que canse tanto como la monotonía de la vida. El hombre que nos hiciera inmortales, merecería el desprecio de la humanidad sensata. ¿Qué hay en nuestra felicidad que no sea principio de una desdicha? Cuando vemos que todo se hunde sin que deje en pos de sí ni una lágrima ni un recuerdo, quisiéramos abrir á la muerte éste débil espíritu que tanto daño nos causa.

Una magnífica estatua colocada sobre un sepulcro: hé ahí la imagen de la inmortalidad, levantada sobre el polvo de la vida.

La bulliciosa manifestación de los sentimientos de los demás, tiene la propiedad de adormecer los nuestros.

Un corazón puro es la obra de una mujer.

Si la vida pudiera compararse á un barco, diría que el amor es el viento que hincha sus velas.

Así como los pensamientos que nos inspiran las sombras de la noche se pierden en la luz de la aurora, los sentimientos que nos revela la desgracia se pierden en el resplandor de la dicha.

La virtud casi no siente la tristeza de la muerte, porque casi no la conmueven las alegrías de la vida.

Nadie es más déspota que el débil.

El alma no encuentra en nada un placer duradero, porque todo lo cree mudable.

Los desiertos, las ruinas, y los sepulcros: hé ahí la patria del pensamiento.

Las obras y los actos del génio, son, para el mundo en que nacen, hijos naturales: la posteridad se encarga de legitimarlos.

El amor propio es un pedazo de hielo que se deshace al resplandor de la desgracia.

La indiferencia con que los hombres escuchan nuestras quejas, nos fortifica, porque nos hace dudar de nuestro dolor.

El alma sólo vive cuando busca su felicidad en algo que está fuera de la vida.

Un niño coloca el amor en el cielo, un jóven en su corazón; pero un viejo le coloca al lado de una moneda.

Cuando un sentimiento sublime llena nuestra alma, la palabra sobra: nada hay más sublime que el silencio.

Es tan débil nuestra virtud, que se acobarda ante la maldad ajena.

El peligro nos hace amar la vida que despreciáramos antes de estar expuestos á perderla.

El hombre disoluto vé en la virtud algo que no quiere satisfacerle sus caprichos, y la desprecia, pero no deja de amarla.

La felicidad es un aire que hiela nuestras lágrimas, y que, al besar nuestra frente, lleva consigo algunos pensamientos generosos.

Amo á una mujer: esto no es extraño; lo extraño es que sólo en mis horas de desgracia puedo comprender la divina belleza de sus sentimientos.

La humillación de la virtud tiene toda la grandeza de una victoria.

ALFREDO DE LA ESPOSURA.

CLAUSURA DE LA EXPOSICION

ARGENTINA.

Discurso notable.

Podemos decir que hoy nos encontramos en conversacion diaria con la República Argentina, que como decía hace pocos días nuestro estimable colega *El Imparcial*, «marcha á vanguardia de todas las Repúblicas americanas,» sintiendo en España las palpaciones de aquel gran pueblo, que crece, y adelanta, y se engrandece por el trabajo, bajo los auspicios de una libertad sólidamente establecida.

A su tiempo dimos cuenta de la gran Exposición internacional que allí debía abrirse, habiéndola acompañado hasta el momento en que se inauguró.

El éxito que ha tenido, como ensayo, y como ostentación de las fuerzas creadoras y de los productos del país, no ha podido ser más satisfactorio.

Mas: puede decirse que ha superado todas las esperanzas, según la opinión autorizada de los órganos extranjeros que forman parte de aquella prensa, que revela por sí sola la cultura y el adelanto de la jóven República.

Las noticias que de ella acaban de llegar nos hacen saber, que la Exposición ha cerrado sus puertas el mes anterior, celebrándose el acto con gran pompa y una extraordinaria concurrencia.

En él se hizo representar el presidente Roca por su ministro de Relaciones exteriores, doctor don Victorino de la Plaza, que es, sin disputa, uno de los hombres más eminentes de América, y el que declaró cerrada la Exposición, pronunciando un discurso, que, complacidos ofrecemos á los lectores de LA AMERICA, no solo para que esperimenten placer al leerlo, sino para confirmar lo que tantas veces hemos dicho sobre el talento y las calidades de los hombres públicos de América.

El doctor Plaza, jurisconsulto de los más distinguidos, escritor galano, hombre de estudios profundos, administrador práctico, es, además, uno de esos oradores que cautivan por su *manera de decir*, la belleza de la forma y lo castizo del lenguaje, como lo juzgará el lector al conocer el discurso de que hablamos.

Es este:

«Señores: Recojo con aplauso las entusiastas palabras del presidente del Club industrial, que hacen la síntesis de esta fiesta del trabajo.

La obra está terminada, y asistimos á su desenlace.

Cuatro meses ha durado el espectáculo, y obedeciendo

á la ley de las cosas, es necesario clausurarlo para tomar aliento y empezar de nuevo la tarea.

El Club industrial argentino quería probar sus fuerzas, balancear el estado y poder de la riqueza y de las industrias: ha triunfado en la grandiosa empresa.

Empecemos, pues, saludando á los vencedores en la lid de tan noble competencia.

Cuando un pueblo tiene perseverancia para realizar una empresa de esta magnitud, superando todo obstáculo, la tiene seguramente para realizar su grandeza y sus altos fines como nacion.

Pero en el certámen no hemos estado solos: hemos procedido sin egoísmo y sin vanagloria.

El concurso de muchos pueblos del continente de América y del de Europa ha honrado este modesto intento, y les debemos, más que una palabra, un sentimiento de gratitud por la deferencia con que han coronado la obra. ¡A ellos, pues, nuestras congratulaciones!

Como espectadores, hemos contemplado con satisfacción todos los exponentes de riqueza natural, de industria, de labor paciente y creadora, de fecundidad espontánea ó de ingenio y artificio.

Lo que la naturaleza ha dado con más ó ménos exuberancia á estas regiones, ó lo que el poder del hombre ha sabido crear para su servicio y bienestar ó para su ostentación y decoro.

Todo ha concurrido como impulsado por la ley de la competencia ó por el sentimiento del estímulo, y todo ha sido observado, estudiado y examinado por miles de visitantes, que no tenían ni nocion quizá de tantas riquezas inexploradas ó en circulación, de tantas industrias en desarrollo ó de tanto progreso en las existentes.

El certámen ha sido, pues, fecundo en conocimientos útiles, como lo será en resultados prácticos.

Es esta tal vez una de las pocas veces en que el esfuerzo individual ha podido vencer todas las contrariedades en la realización de empresas semejantes, que, por lo general, se ejecutan bajo la acción, dirección é impulso de los poderes públicos.

El llamamiento del Club industrial, auxiliado por el crédito del Gobierno, fué atendido con generosa simpatía en el extranjero y en la República entera.

Las catorce provincias se apresuraron á enviarnos, vendiendo muchas de ellas distancias y dificultades inmensas, todos aquellos artículos que en el breve tiempo de que disponían les fué posible reunir, y todos vosotros habeis podido apreciar la importancia que ellos representan para el presente y para el porvenir.

Podemos, pues, sentirnos legítimamente satisfechos, tanto de los esfuerzos para representar dignamente los grandes intereses del país, como del nuevo medio de vinculación y armonía que con este hecho se ha producido entre las diversas secciones de la República.

Justo es también recordar el gran concurso que ha traído el Municipio de nuestra capital, ayudado eficazmente por la digna corporación Municipal que tiene á su frente.

Y bien, señores, yo no debo deteneros con referencias de datos que han sido ya enunciados de una manera interesante por el presidente del Club industrial.

Basta para mi objeto, recordaros muy someramente que en los salones de la Exposición, que eran excesivamente extensos, para los que no tenían fé, se han exhibido de 80 á 100.000 objetos, dignos, en su mayor parte, de atención y de mérito.

Los expositores han llegado á la elevada cifra de más de 4.000, entre los cuales figuran 2.838 del país y 1.194 del extranjero. Dado el poco tiempo de que se ha dispuesto, las vacilaciones y contrastes con que los ejecutores de la empresa han luchado, y la circunstancia de deberse esta obra en su parte principal á la iniciativa particular, me parece que esos datos pueden complacer á los más exigentes.

Pero aun más; los visitantes en el corto tiempo de la Exposición, y á pesar de la estación desfavorable en que ha permanecido abierta, han llegado á la crecida cantidad de más de medio millón de personas.

Queda ahora la semilla plantada y un problema resuelto. La República tiene productos, riquezas, industrias y crédito, para emprender esta clase de competencias, que son las de la civilización y progreso.

Fáltanos, empero, la propagación de las grandes instituciones de crédito, que son la fuente fecunda de los capitales, y es de esperarse que en medio de la tranquilidad que gozamos tendremos antes de mucho leyes adecuadas y liberales, á cuyo amparo han de levantarse esos establecimientos. Entonces las industrias y el comercio tomarán su más alto vuelo y el trabajo encontrará todos sus medios de acción, bajo la salvaguardia de las instituciones y de la libertad.

Entre tanto, señores del Club industrial; señores de la comisión inspectora, señores representantes y delegados de naciones amigas y de expositores extranjeros; señores representantes y delegados de las provincias y de los expositores de la república, recibid todos el agradecimiento sincero del Gobierno de la nacion, que el señor presidente habría deseado expresar en persona, pero que, no pudiendo hacerlo, me ha encargado transmitirlo en su nombre.

Podéis los unos regocijaros con el triunfo obtenido, que en realidad se debe más á vuestra perseverancia que al limitado concurso del Gobierno.

Los otros se han hecho acreedores á la consideración pública, por la delicadeza y acierto con que han procedido en el desempeño de su laboriosa comisión.

Lleved los otros los sentimientos de amistad y reconocimiento de la República hácia vuestras naciones y sus votos por vuestra prosperidad y engrandecimiento.

Y, por fin, un aplauso caluroso á todas las provincias y expositores nacionales.

Señores: Muy pronto recibirán los premiados las medallas, menciones y títulos que acreditarán en todo tiempo el mérito de la inteligencia y del trabajo.

En nombre del Gobierno de la nacion, queda clausurada la Exposición Continental Argentina, que fué puesta bajo su patrocinio.»

Tal es el discurso pronunciado por el ministro

de Estado argentino, doctor Plaza, al clausurarse la Exposición continental de Buenos Aires.

Como se vé, es una oración completa por su forma, por su fondo, por la belleza y severidad de la frase, á la vez que por su sencillez, discurso por el cual felicitamos á su autor, á la vez que felicitamos á la República que cuenta con tales hombres.

P. DE NAVARRETE.

HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

Mientras estuvieron almorzando, la conversacion del padre y de los hijos recayó naturalmente sobre las probabilidades que existian, respecto á la salvacion ó pronta libertad del malaventurado Enrique.

La verdad es, que el anciano padre, teniendo en cuenta las precauciones que habia tomado para la seguridad de su hijo, enviando á Rodrigo con la razon que ya el lector sabe, y contando, además, con las reservadas y lisonjeras promesas que la autoridad le habia hecho, hallábase más tranquilo y sosegado, del tal manera, que todos sus hijos pudieron conocerlo así en la expresion apacible y casi jovial de su semblante.

El objeto principal que el señor Rubio se habia propuesto al enviar á Rodrigo para entenderse con los secuestradores, era no soltar el cabo y ganar tiempo; pero no debe omitirse, que las seguridades dadas por la autoridad le tenian muy contento y que en ellas fundaba la más cierta esperanza de que tuviera dichoso remate aquel doloroso conflicto.

Bajo esta impresion halagüeña, el anciano Labrador recordaba con júbilo inmenso las prisiones, descubrimientos y servicios que por aquellos dias estaba prestando la Guardia civil á causa del orden y de la sociedad, capturando sin cesar malhechores, y averiguando las guaridas en que anteriormente habian tenido á otros secuestrados y en donde tambien se habian cometido los crímenes más atroces.

Así, pues, la satisfaccion que aquella mañana resplandecía en el rostro del padre, se reflejaba como en un espejo en todos los individuos de aquella honrada familia.

Pero con razon se dice que no hay dicha completa en este miserable mundo; que aquel suave rayo de luz y de esperanza, que por un momento habia penetrado en el recinto de aquel hogar, habia de verse muy pronto eclipsado y oscurecido por las sombras de la precedente desesperacion y tristeza.

Sucedió, pues, que cuando hubo terminado el almuerzo, entraron en la casa algunos convecinos y amigos del señor Rubio, á preguntarle, segun costumbre, noticias del secuestrado.

Uno de los recién llegados, de la misma edad que don Manuel, que habian moceado juntos y que desde su primera juventud eran íntimos amigos, le preguntó:

- ¿Y qué noticias tienes de Enrique?
- Las mismas que tenia.
- Luego es decir, que el muchacho vive, ¿no es eso?
- Hombre no creo que haya muerto; pero lo que es en este instante, no te sabré decir lo que habrá sucedido.
- ¡Qué gentes más malas cria Dios por estas tierras! Cuidado que es fuerte cosa, que esté un hombre de bien metido en su casa y en sus faenas, y le sobrevengan desgracias y tribulaciones tan grandes.
- Calla, hombre, cuando pienso en ello, no sé lo que me dá. Ya sabes que yo no me meto con nadie, que vivo nada más que pensando en mi labor y en atender á mis pobres hijos, desde que perdí á mi parienta, que yo no le hago mal á nadie, y que por lo mismo, debia creer que podia estar seguro de tales asechanzas y malas voluntades.
- Esa es la verdad; pero en este pícaro mundo, cuanto más bueno es un hombre, más desdichas llueven sobre él.
- Así lo creo.
- ¿Y no has recibido ninguna carta, ni noticia directa de tu hijo?
- No sé nada.
- ¡Qué angustia!
- Eso no lo sabe nadie más que quien lo pasa.
- Dices bien, porque en estos casos no hay más remedio que aguantar marea y estar atendido á lo que quieran decirle á uno.
- Eso es lo que yo hago.
- Pero se dice por el pueblo, que te habian escrito una carta, pidiéndote, yo no sé cuantos miles de duros por el rescate.
- Es cierto; pero como no tengo la cantidad que me piden, no he podido mandarla. En fin, estoy como ya puedes figurarte, que me pueden ahogar con un cabello.

Antes de proseguir, bueno será que el lector tenga presente, que en los pueblos, en situaciones semejantes, se desarrolla una curiosidad espantosa para husmear y saber todo cuanto ocurre á las familias, á quienes les sobreviene alguna de estas desgracias, que vienen á ser el obligado asunto de todas las conversaciones.

En general, los tales curiosos, al hacer las más impertinentes preguntas, no llevan otra intencion que la de repetir más tarde, corregido y aumentado, lo que han podido averiguar, dándose importancia en la taberna, en el billar ó en los mentideros del pueblo; pero tambien muchas veces ocurre que los más preguntones, con apariencias de interesarse por las familias, son espías ó echadizos de los mismos criminales, y en más de una ocasion ha sucedido, que las confianzas más inocentes ó insignificantes, han dado lugar á interpretaciones torcidas y á terribles venganzas.

Así, pues, cuando una desgracia de esta especie suele ocurrir á una familia en pueblos subalternos, no es uno de los menores inconvenientes que se ve obligada á experimentar, el que nace de la indiscreta curiosidad de los convecinos que la martirizan y molestan con repetidas é imprudentísimas preguntas, que hechas de buena ó mala fé, pueden acarrear siempre tristes y desastrosas consecuencias.

Teniendo, pues, en cuenta estas ó otras razones, el anciano padre de Enrique y Encarnacion, que era hombre de

experiencia por sus años, machucho por naturaleza, callado por carácter y que además vivia muy retraido por sus constantes ocupaciones, habia prevenido á su familia, que guardase grandísima é inviolable reserva con todos sus amigos y conocidos, considerando que quien mucho habla, mucho yerra; que en boca cerrada no entran moscas; que al buen callar llaman Sancho; que la palabra que se suelta, no puede recogerse; que por la boca muere el pez, y que muchas veces la lengua produce más perjuicios que ventajas.

No quiere esto decir, que Rubio desconfiase de su amigo; pero en tales ocasiones cuando un individuo y su familia se imponen cierta norma de conducta, se ven obligados, si no se ha de malograr el fruto de su discrecion y reserva, á llevarla inexorablemente á cabo, sin contemplacion á nada ni á nadie.

Tal era la causa, de que el anciano don Manuel guardase todo linaje de precauciones con cuantos le hablaban del asunto, sin exceptuar á ninguna persona por íntima y amiga que fuese.

- Ahora bien, el amigo respondió:
- ¡Cuánto siento tu desgracia, Manuel!
- Dios te lo pague, hombre; pero lo cierto es que soy muy desgraciado.
- No eres tú sólo.
- Ya sé que han secuestrado á muchos, y en nuestro mismo pueblo ya ves lo que sucedió con el hijo de mi tocayo Manuel Reina.
- Con agua pasada no muele molino.
- ¿Qué quieres decir?
- Que yo no hablo de lances pasados.
- Pues entonces ¿de qué hablas?
- Pero... ¿no sabes nada, Manuel?
- ¿De qué?
- De lo que ha pasado esta madrugada en el pueblo.
- Pues ¿qué ha sucedido? preguntó Rubio alarmado.
- ¡Tomal que han hecho otro secuestro.
- ¿De veras!
- Como te lo estoy diciendo.

Esta noticia produjo un efecto indescriptible en el ánimo del infortunado padre, no sólo por la compasion ó lástima que le inspirase el hecho, sino tambien porque aquel nuevo atentado le demostraba harto claramente, que su omnimoda confianza en los buenos oficios y consoladoras promesas, y cuentas galanas de la autoridad, carecian por completo de base y fundamento, supuesto que en aquel mismo dia, los secuestradores no habian tenido reparo alguno en perpetrar otro delito semejante.

—¡Qué horror! exclamó el triste padre, cubriéndose el rostro con ambas manos y víctima del más profundo pesar y desaliento.

Sin embargo, el amigo que acababa de darle aquella noticia, no podia comprender la inmensa impresion que habia producido en el ánimo de Rubio, cuya interioridad y mal fundadas esperanzas, de todo punto desconocia.

—Vamos, hombre, dijo el viejo amigo; no te aflijas tanto por lo que no te importa en demasía; pues á tí te sobra con lo tuyo; que cada cual limpie su arroyo; y adios, que tengo mucho que hacer. ¡Hasta mañana!

El anciano padre de Enrique permaneció algunos momentos abismado en sus dolorosas reflexiones; pero cuando ya su amigo iba saliendo por la puerta de la estancia, le preguntó:

- ¿Y quién es ese, á quien han secuestrado esta madrugada?
- Es un niño de nueve á diez años.
- ¿Y de quién es hijo?
- El amigo volvióse atrás, aproximóse al oido de Rubio, murmuró algunas palabras en voz baja y misteriosa, y en seguida salió del aposento, seguido de los demás convecinos, que habian ido á visitar á la familia.
- El anciano Labrador exhaló un profundo suspiro, al saber aquella noticia, que tan claramente le revelaba la impotencia de la autoridad para prevenir tales desmanes; impotencia que venia tambien de rechazo á destruir todo el edificio de sus lisonjeras esperanzas.
- Bajo esta impresion, quedóse como anonadado por su temor, por su desconfianza y por su inconsolable tristeza.

CAPITULO XIV.

QUE TRATA DEL ÉXITO QUE TUVO LA SEGUNDA COMISION DE RODRIGO.

Rodrigo, entre tanto, caminaba, siguiendo puntualmente las instrucciones de los bandidos.

Llegó á la Puebla, pasó á Osuna, en donde se alojó en la posada de *Gomerita*; y saliendo de allí á las tres en punto de la tarde, se dirigió á Sierra de Yegua.

Excusado parece decir, que muy á menudo iba gritando por el camino: *¡Jarre, corcita!*

Pero nadie se le presentó á Rodrigo, por cuya razon éste, ateniéndose á las instrucciones que llevaba, paró aquella noche en Sierra de Yegua, en la posada de *Frasquito Mancha*.

A la mañana siguiente, ó sea el dia 23, tomó el camino de Antequera, á donde llegó por la tarde, parando en la posada de la Castaña; y desde que se puso el sol, hasta el toque de Animas, permaneció con aire muy disimulado y jovial en la puerta de dicha posada, esperando que alguien le hablase del importante asunto que le llevaba por aquellos lugares.

Durante el tiempo que allí estuvo sentado, Rodrigo no dejó de extrañar, como en los dias anteriores, que nadie se le presentase, pensando para su colete, que sin duda los secuestradores se habian propuesto hacerle una burla, ó que algun grave incidente ó importantísimo quehaceres les habian impedido salir al encuentro en su marcha.

En tales reflexiones se hallaba sumergido el emisario de Rubio, cuando no bien hubo fenecido el toque de Animas, sintió que una mano le tocaba en el hombro, y que una voz recatada le preguntó:

- ¿Es usted el tío de los serillos?
- Yo soy.
- Pues sígame usted.

Rodrigo se levantó, y siguiendo al desconocido por unas callejuelas que estaban al fin de la poblacion, llegaron al campo, en donde se encontró con otros dos, los cuales le preguntaron si llevaba los cuatro mil duros.

—No los traigo.

—¿Los ha dejado tal vez en la posada? preguntó el *Maruso*.

—No, señor; es que el señor Rubio no los tiene.

—Pues entonces, ¿á qué has venido? preguntó colérico el bandido.

—A decirles á ustedes que el señor Rubio no tenia disponible esa cantidad en el momento de recibir la carta y salir yo de allí...

—No sigas, perro, no sigas, que ya no quiero oírte más; gritó furioso el *Maruso*.

—Pero déjeme usted acabar mi razon, insistió Rodrigo.

—Déjame á mí de razones, que no me hacen falta, sino dineros.

—Pero, hombre de Dios, escuche usted lo que le digo.

—Déjalo que hable y que se explique, aunque despues lo mates, dijeron los otros bandidos.

—Habla con dos mil demonios.

—Pues como iba diciendo, el señor Rubio no tenia en aquel instante los dineros, y claro está que él no habia de fabricarlos; pero como era menester salir enseguida, cuando cómo y por donde ustedes saben, no habia tiempo que perder, y el hombre me dijo: Anda, vé, y díles que yo no me he de volver dinero; mas que estoy conforme en dar lo que me piden, aunque tenga que empeñar y vender; pero que me dejen tiempo para reunir los cuatro mil duros, que no son tierra, que se *jalla* en cualquier parte. Esto es lo que me dijo, y este cura ya cumplió su encargo.

El *Maruso* permaneció fiero, ceñudo y silencioso. Los demás compañeros, que sin duda al principio aguardaban una contestacion más desagradable ó desesperada, parecieron ménos enojados por aquella respuesta, en que, al fin y al cabo, se prometia entregar los cuatro mil duros reclamados.

Acaso tambien reconocian en su fuero interno que podia suceder muy bien, que el señor Rubio no tuviese precisamente en el momento de recibir la carta la cantidad que se le pedia.

Los dos bandidos miraron á su jefe con una expresion que podia traducirse por estas palabras:

—«Este hombre no ha dicho ningun disparate. ¿Qué respondes?»

El *Maruso* continuó callado.

Es de advertir que durante su viaje, los secuestradores habian tenido que dar muchos rodeos y tomar infinitas precauciones para no encontrarse con la Guardia civil, que por entonces, con más ahinco que nunca, se multiplicaba y aparecía por todas partes; y este constante peligro, que en otras ocasiones el *Maruso* desafiaba con aire tranquilo y risueño, lo habia puesto de tan mal humor y exasperado de tal manera, que de dos dias atrás estaba inaguantable, hasta para con sus mismos compañeros, á quienes trataba del modo más brusco y con inusitada aspereza.

Viendo, pues, los dos compañeros que el *Maruso* permanecía silencioso, y que allí estaban perdiendo tiempo y en gran peligro, le dijeron:

- ¿Qué hacemos?
- Aquí no estamos bien.
- ¿No conocéis que lo que ese hombre trata con esos recados es el ganar tiempo, hacer la entretendida y molernos? dijo el *Maruso*, rompiendo su obstinado silencio.
- Ahora parece que está más conforme; respondió el de los ojos azules.

—Y quizás tenga razon en lo que dice; añadió el otro compañero.

—No seas brutos; no me conformo con esa respuesta, y lo que hay que hacer aquí es una que sea sonada, y entonces vereis cómo nos tienen más respeto.

Y dirigiéndose á Rodrigo, añadió:

—Dile á ese viejo infame que te envía, que muy pronto verá la cabeza de su hijo en la puerta de su casa para que la guarde con su dinero.

—Señores, respondió Rodrigo; me parece que el recado que yo he traído es razonable y justo, y no está bien que yo lleve esa respuesta.

—Pues esa es la que has de llevar, si no te mato antes, tío *Candongas*, que tan honrado es el conde como los gitanos.

Y así diciendo, el *Maruso*, lleno de ira y de rabia, sacó un enorme cuchillo, amenazando con él al infeliz emisario, que, no obstante, con mucha calma y sangre fria, insistió:

—La razon que yo he traído es una razon; pero el recado que usted me dá no se le lleva á ningun hombre.

—Déjate de argumentos, só tunante; replicó furioso el *Maruso*, alzando el brazo para descargarle una puñalada á Rodrigo, que allí feneciera infaliblemente, si los compañeros del iracundo bandido no le hubieran sujetado á tiempo.

—¡Quitate de mi vista, y lo dicho! exclamó el *Maruso*, con tal acento de resolucion y fiereza, que sus mismos compañeros le hicieron seña á Rodrigo para que, sin dilacion, se alejase.

El emisario de Rubio conoció que no estaba el alcacer para zampoñas, como suele decirse, y, por lo tanto, convencido de que su buena voluntad y gestion serian inútiles en aquel trance, resolvió tornar al pueblo y encerrarse en la posada, en donde pasó la noche.

CAPÍTULO XV.

DE COMO EL MARUSO NO SABE EXPLICAR LA CAUSA DE SU MÁL HUMOR.

El *Maruso* y sus compañeros marcharon inmediatamente á recoger sus caballos, que habian dejado en una heredad cercana; y sin detenerse un punto, emprendieron su camino adustos y silenciosos.

Ya he indicado que el carácter del *Maruso* era de ordinario alegre, jovial, franco y generoso para con todo el mundo; pero estas cualidades se manifestaban todavia con más intimidad y expansion con sus amigos y compañeros.

Así, pues, la rudeza intratable, el gesto hurano y la brusquedad en todos sus movimientos y palabras, que de dos días atrás se advertían en el bandido, habían llamado singularmente la atención de sus compañeros, que no sabían á qué atribuir aquel perpétuo estado de excitación y displacencia, cuando ninguna causa exterior lo justificaba, supuesto que todos los negocios que traían entre manos seguían su ordinario y previsto curso, sin graves contratiempos.

En este concepto, los dos compañeros se perdían en las más extravagantes conjeturas respecto al insoportable mal humor de su jefe; pero todas sus sospechas y suposiciones distaban muchísimo de dar en el blanco de la verdad, por lo que resolvieron abordar francamente la cuestión y saber á qué atenerse.

Con tal propósito, los compañeros del *Maruso*, mientras que caminaba á buen paso, entablaron con él la conversación siguiente:

—¿Querrás decirnos qué mil demonios te pasa, Pepe, que hace dos días que no te se puede aguantar? preguntó el alto de los ojos azules.

—Es verdad que tienes muy mal humor estos días; añadió el otro bandido.

—Teneis razon; pero ¿sabeis vosotros la causa de mi mal humor? respondió el *Maruso*.

—Porque no la sabemos te la preguntamos; replicaron á la vez los dos compañeros.

—Pues yo mismo no sabré decir lo que me pasa; tengo una desazon y una tristeza y reconcomio, que no me puedo sufrir á mí mismo.

—¿Y por qué es eso? preguntó el alto.

—¿Temes quizás que el *Tío Martín* ó alguno de los compañeros presos te delaten? interrumpió el otro compañero.

—Ni siquiera he pensado en tal cosa.

—Pues entonces, ¿qué mala yerba has pisado?

—No sé; pero lo cierto y verdad es, que pasa en el corazón del hombre como con los vientos en la tierra. Está un sentado en lo alto de un cerro, y sopla un airecillo tan agradable, que parece que nos están abanicando con gusto y cariño; pero luego, de repente, se levanta un huracán que arranca los árboles de cuajo, se oscurece el cielo, se amontonan las nubes, truena y relampaguea, y se arma una tempestad de dos mil pares de demonios. Y yo digo: ¿de dónde venía el airecillo y despues viene la tormenta? Pues el que sepa esto, sabrá lo que á mí me pasa.

—Pues eso que has dicho, me ha dado á mí muchas veces en qué pensar, respondió el alto; porque... en fin, no está uno de buen humor cuando quiere, sino cuando puede.

—Esa es la fija. ¿En qué consistirá eso? preguntó el otro bandido.

—Vaya usted á saber lo que el hombre tiene allá dentro, respondió magistralmente el *Maruso*; todas estas cosas son del alma y del sino de las criaturas.

—Todo eso está muy bien, dijo el compañero; más yo tengo un remedio para esas desazones, que nunca me ha fallado.

—¿Y cuál es ese remedio? preguntaron á la vez el *Maruso* y el de los ojos azules.

—El remedio es tomar una *curda* de *mistó*, se le alega á uno las pajarillas, duerme uno como un lirón, y cuando uno se despabila, se levanta como nuevo.

—No es mala la receta, replicó el alto; pero yo espanto la murría de otra manera.

—Pues díla, hombre, para que la sepamos, respondió el *Maruso*.

—El remedio es muy sencillo: si estoy en el pueblo, me voy donde haya baile y jaléo; y el ver brincar á las mozas, el sonido de las guitarras, y sobre todo, el oír cantar bien, os digo que me quita de encima todas las penas.

—No está eso mal pensado, respondió el *Maruso* con indescribible sonrisa; y eso que tú dices, viene bien con aquel refrán de que «quien canta, sus penas espanta.»

—Justamente; y no había yo caído en eso.

—Cada uno se las busca como puede, dijo el otro bandido; pero yo repito que con el vino y las mujeres, me quedo completamente curado.

—Pues yo, replicó el *Maruso*, no he hallado mejor receta que echar cuatro ternos, dar cuatro sopapos, y maldecir de toda la corte celestial y de todos los diablos del infierno para que nadie tenga queja. Así me he curado siempre, como con la mano, sin despreciar tampoco ni un trago, ni un baile, ni una buena moza, pero lo que es en estos días, os digo con formalidad, compañeros, que ni como, ni durmo, ni tengo un instante de alegría ni sosiego, y me parece que tengo una rueda de molino sobre el corazón.

En estas y otras llegaron al sitio en donde el joven Enrique se hallaba, en medio del monte, acompañado del hoyoso de viruelas, que, como ya el lector sabe, se había quedado para custodiarle, y que por cierto lo había tratado con más dureza que el antiguo vigilante.

Cuando los bandidos llegaron al rancho, que fué por la mañana, les salió al encuentro el nuevo guardian, que manifestó deseos de saber el resultado de la última carta escrita al padre del cautivo; pero el *Maruso*, con tono breve é imperioso, le dijo:

—Despues de dormir te lo contaremos todo, pues ahora venimos reventados de andar toda la noche.

—Está bien, contestó el guardian, conociendo el mal humor de su jefe.

—Coge esos caballos y traspónlos á esa cañada, y déjalos allí bien trabados, añadió el *Maruso*.

El hoyoso de viruelas obedeció sin replicar palabra, mientras que los bandidos, abrumados de cansancio, se tendieron inmediatamente con el propósito de permanecer allí todo el día.

CAPITULO XVI.

APLAZAMIENTO.

Los bandidos estuvieron descansando hasta la tarde, que se pusieron á comer en amor y compañía.

Durante la comida, el guardian preguntó al *Maruso*.

—¿Estás ya de más buen humor?

—Al contrario; la murría me come cada vez más.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Nada; que estaros hoy lo mismo que el primer día.

—¿Conque es decir, que ese tio roñoso no ha mandado el dinero?

—Ni una peseta.

—Pues entonces será preciso hacer un escarmiento.

—Sí, un escarmiento que sea sonado por todo el mundo; respondió el *Maruso*, con aire sombrío y voz reconcentrada para la ira.

—Cuidado que es desvergüenza; respondió el guardian furioso, añadiendo con su enojo leña al fuego de la cólera de su jefe.

—Pues yo te juro que á ese viejo marrullero no le han de valer sus tretas.

—¿Qué piensas hacer?

—Ahora mismo vamos á hacerle tasajos y á llevarle la cabeza á ese mal padre, y le quemaremos además todas sus fincas y le mataremos sus ganados; y para que sepa el motivo, le dejaremos clavado cada uno de los cuartos en sitio donde pueda verlos.

—Me parece bien, y así escarmentarán esos pícaros ricos y avarientos, que quieren más su dinero que sus hijos.

—Todos esos malvados que tienen tanto dinero, son hasta malos padres.

—Tienes razon. ¿Quién había de creer que ese tio tuno iba á dar esa respuesta con la carta que se le puso, diciéndole la suerte que le aguarda á su hijo?

—Eso es lo que me saca de quicio; que ese hombre haya leído aquella carta y se quede tan fresco. Yo creo, que esos no son hombres sino fieras, porque yo no soy ningun santo, pero me figuro lo que yo haría, viéndome en su lugar. ¿Qué no daría yo por salvar al hijo de mi corazón? Está visto, ese hombre es malo y merece un ejemplar castigo.

Durante este diálogo, los otros dos bandidos habían guardado el más profundo silencio, cambiando entre sí algunas miradas de inteligencia, y lamentando para sus adentros el que su compañero, ignorante de la verdadera respuesta de Rubio, alentase con sus palabras y aprobacion los sanguinarios propósitos de su jefe.

Terminada la comida, el *Maruso* ceñudo y silencioso sacó su enorme cuchillo y dirigiéndose al hoyoso de viruelas, preguntó:

—¿Estará despierto ese viborezno, que debe ser tan malo como su padre?

—Es posible que esté durmiendo.

—Pues anda y despiértalo y sin quitarle la venda, que se hinque de rodillas y se encomiende á Dios, porque ya no le queda más tiempo de vida, que el que se tarda en rezar un credo.

El guardian disponíase á obedecer á su jefe, al pié de la letra, cuando los otros dos bandidos creyeron conveniente intervenir para evitar la muerte del secuestrado, que en su concepto, no estaba todavía justificada, atendiendo al sentido y promesas de la contestacion de su padre.

—¿Qué vais hacer? preguntó el de los ojos azules.

—Lo dicho; respondió lacónicamente el *Maruso*.

—Hombre, cálmate un poco, siéntate y vamos á tratar este asunto, como se debe hacer entre buenos compañeros, que siempre deben ejecutar de comun acuerdo lo que más convenga; pues que luego todos hemos de llevar igualmente el peso de las consecuencias.

—Sí, señor, añadió el otro compañero; conviene no precipitarse en hacer lo que luego no tiene remedio, porque todo puede tener cura y enmienda, ménos una cabeza cortada.

El *Maruso* miró alternativamente á sus camaradas, con una expresion tan feroz é iracunda, que era fácil comprender la contrariedad y enojo que aquellas objeciones le habían producido.

Sin embargo, pareció hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo, para comprimir la terrible explosion de su cólera, y habiendo logrado á duras penas dominarse, respondió:

—No quiero que se diga, que yo hago en estos negocios lo que me dá la gana, sin oír á los demás. Hablemos, pues, despacio del asunto, que cada uno diga su parecer, y yo soy el primero en comprometerme á ejecutar y cumplir lo que salga de esta audiencia. ¡Y estoy sentado!

Y en efecto, el *Maruso*, bien que visiblemente dolido é iracundo por aquella contradiccion, sentóse dispuesto á escuchar las razones y advertencias de sus compañeros.

—Yo comienzo por decir, que no creo que haya motivo hasta ahora para usar de tanto rigor, en vista de la contestacion que ha dado ese hombre; dijo el alto.

—Yo soy tambien de la misma opinion; añadió el otro bandido.

—Pero... ¿cuál ha sido entonces la respuesta? preguntó el guardian, mirando alternativamente á sus compañeros, con cierta expresion de recelo y desconfianza.

—La respuesta ha sido la siguiente: que D. Manuel Rubio se conforma en dar cuatro mil duros que se le pidan; pero que no teniéndolos disponibles en el momento, desea que se le deje lugar para reunirlos, respondió el de los ojos azules.

—Esa es harina de otro costal! exclamó el hoyoso de viruelas.

—Hay más, continuó el alto; el Sr. Rubio mandó ese recado en el tiempo, por el camino y de la manera que se le ordenaba en la carta, por no faltar á lo que se le prevenia, pues en las fechas que se le citaba no era posible que remitiese el dinero, á no tenerlo en la gaveta. ¿No es esto la verdad, Pepe?

—Esa es la verdad de lo que ha pasado, respondió secamente el *Maruso*.

—Pues bien, continuó el de los ojos azules; tú has dicho que, puesto en el lugar de ese padre, nada omitirías para salvar á tu hijo; y yo ahora te pregunto: en el lugar de don Manuel, ¿qué hubieras tú hecho, ni qué hubieras podido hacer tampoco, sino lo mismo que él hizo? ¡Responde!

—Cuando acabes, contestaré.

—Pues ya he concluido.

El guardian y el otro compañero parecían estar completamente de acuerdo con la opinion y razones expuestas por el de los ojos azules; pero ya fuese por la confianza que les inspiraba su jefe, ya porque aguardasen saber algun secreto

que ellos ignorasen, es lo cierto que ambos anhelaban con ansia oír la respuesta del *Maruso*, que dijo así:

—Cuando manifesté que todo lo que tú has referido es la verdad de lo que ha pasado, en ninguna manera he querido dar á entender que todo lo que ha pasado sea verdad. Yo me explicaré: es verdad que D. Manuel Rubio ha enviado esa contestacion; pero yo sostengo que es mentira que no tenga el dinero en su casa y en disposicion de mandarlo en el acto, y en la forma y manera que se le decia en la carta. La verdad es, no lo que ha mandado decir, sino lo que yo sostengo; y al enviar ese recado, lo que ese viejo marrullero y tacaño busca, es entretener el tiempo para ver si consigue salvar á su hijo, no soltar un cuarto, y que mientras la Guardia civil nos reviente. ¡Pues qué! ¿No os dice nada el ver cómo por todas partes la persecucion arréa; que todas las puertas se nos cierran; que muchos antiguos camaradas están en la trena, y que en estos días hemos tenido que andar culebreando para no tropezar á cada instante con los tricórnios? Repito que lo que yo digo es la verdad, que estoy seguro de no engañarme, y que vosotros os dejais seducir por las palabritas mansas y por los recaditos suaves de ese viejo socarron, avariento y desalmado.

Es imposible describir hasta qué punto el precedente razonamiento hizo vacilar la opinion de los otros tres bandidos, que durante algunos momentos permanecieron silenciosos y como abrumados bajo el peso de las palabras de su jefe.

Al fin, el de los ojos azules se atrevió á responder:

—¿Y qué razones tenemos para no tener por mejor la verdad de lo que ha pasado, que la verdad que tú imaginas?

—Que así me lo dá el corazón, y el corazón no me engaña nunca; respondió el *Maruso*.

—Esa no es una razon convincente, replicó el alto; porque yo tambien podia decir que á mí tambien me da el corazón que el recado de don Manuel es leal, y que no trae la intencion que tú le atribuyes.

El guardian y el otro compañero, al oír estas palabras, hicieron algunos signos de asentimiento, como conformándose con ellas.

El de los ojos azules continuó:

¿Qué interés puede tener D. Manuel Rubio en andar con esas mentiras, que pueden costar la vida á su hijo? Tú dices que él es un viejo marrullero, porque trata de ganar tiempo, confiando en que le será útil la tenaz persecucion que se nos hace; pero ¿qué culpa tiene él de que nos persigan, ni de que hayan preso algunos de nuestros camaradas?

—Yo no digo que él tenga directamente la culpa, sino que se aprovecha de estas circunstancias y procura sacar partido de ellas.

—No lo creo; porque si es un marrullero tunante, como tú dices, y yo pienso, no puede ser un bruto; y sería necesario que lo fuera, para pretender salvar á su hijo con esas anagazas y ese teje maneje, pues que demasiado bien se le alcanzará que, haga lo que hiciere, para degollar al muchacho y vengarnos de sus trapacerías, con medio minuto nos basta y sobra.

Esta última observacion le pareció al *Maruso* muy atinada, por lo cual respondió:

—Compañeros, yo no me caso nunca con mi parecer, porque lo que yo quiero es la razon y la verdad, y sobre todo, no perder tiempo con engaños ni truhanerías. Yo os he manifestado con franqueza lo que pienso de la conducta de ese viejo socarron; pero vosotros creéis que yo puedo equivocarme, porque no tengo pruebas, y esto es verdad. Yo digo lo que me dá el corazón; mas vosotros os dais por satisfechos con el recado de ese hombre, pensando que no miente, y que, por lo tanto, no debemos llegar al último extremo. Pues bien, yo quiero ir esta noche al Arahál para otros asuntos que sabeis tenemos entre manos; pero de camino, yo procuraré averiguar con toda lealtad y certeza las verdaderas intenciones de don Manuel para con nosotros.

—Eso es lo mejor que puedes hacer; dijeron á una voz todos los bandidos.

—Ya sabeis, continuó el *Maruso*, que tenemos espías y medios suficientes para averiguarlo todo en el pueblo. Si resulta que vosotros teneis razon, aguardaremos á ver si cumple lo prometido; pero si resultan pruebas de que mis sospechas son fundadas, mañana, sin remision, descuartizaremos á ese moznelo y hacemos con él lo que antes dije.

—Pues no hay más que hablar; respondió el de los ojos azules.

—Esa es la solucion más acertada, dijo el guardian.

—Ese es el único modo de obrar como hombres, y no de hacer nada á ciegas, y así estaremos tambien seguros de que todos los demás camaradas aprobarán lo hecho, añadió el otro compañero.

Convenidos en esta resolucion, el *Maruso* montó á caballo y partió solo hácia el Arahál, quedando los bandidos en aguardar allí su regreso.

CAPITULO XVII.

DE CÓMO EL MARUSO NO AVERIGUÓ LO QUE SE PROPONÍA Y SUPO LO QUE NO ESPERABA.

Ya era más de media noche cuando el *Maruso* dió vista á su pueblo, que á la sazón yacía sumergido en hondas tinieblas y profundo sueño, sin oírse más ruido que el canto de los gallos en los corrales y el ladrido de algunos perros.

El *Maruso* echó pié á tierra fuera de la poblacion y dejó el caballo en la huerta de un amigo suyo, encaminándose despues muy recatadamente hácia el pueblo.

Internándose, pues, en la poblacion, dando vueltas y adelantándose con lentitud, precaucion y recelo, para evitar algun encuentro enojoso, detúvose al fin en una calle estrecha y solitaria ante una casa de humilde apariencia.

Allí permaneció algunos instantes, paseó en torno su mirada inquieta, aplicó despues atentamente el oído á la puerta de la casa, y, por último, sacó una llave y abrió sin hacer ruido.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.
Salidas de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y platos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros. Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañia, Barcelona.—A. Lopez y Compañia, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañia, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS Y CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CORDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.ª derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES. Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES
DE

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañia.—Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.
Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Lóndres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PLENIA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el dia de hoy.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.
--	--	--	--

Série A.

937	9361 á 70	7379	73781 á 90
1053	10521 " 30	7395	73941 " 50
1304	13031 " 40	7396	73951 " 60
1326	13251 " 60	7708	77071 " 80
1455	14541 " 50	7737	77361 " 70
1930	19291 " 300	8118	81171 " 80
2168	21671 " 80	8663	86621 " 30
2544	25431 " 40	8921	89201 " 10
2609	26081 " 90	9610	96091 " 100
3363	33621 " 30	9641	96401 " 10
4217	42161 " 70	10418	104171 " 80
4991	49901 " 10	10523	105221 " 30
5183	51821 " 30	10944	109431 " 40
5479	54781 " 90	11520	115191 " 200
5599	55981 " 90	11880	118791 " 800
6403	64021 " 30	12130	121291 " 300
6809	68081 " 90	13017	130161 " 70
6982	69811 " 20	13201	132001 " 10
7185	71841 " 50	13203	132021 " 30
7222	72211 " 20	13654	136531 " 40
7320	73191 " 200	13983	139821 " 30
7339	73381 " 90		

Série B.

209	2081 " 90	4331	43301 " 10
409	4081 " 90	5643	56421 " 30
446	4451 " 60	5924	59231 " 40
568	5671 " 80	7127	71261 " 70
614	6131 " 40	7499	74981 " 90
653	6521 " 30	7945	79441 " 60
686	6851 " 60	7988	79871 " 80
692	6911 " 20	8326	83251 " 60
1525	15241 " 50	8402	84011 " 20
2608	26071 " 80	9121	91201 " 10
2692	26911 " 20	9461	94601 " 10
3139	31381 " 90	9559	95581 " 90
3369	33681 " 90	9606	96051 " 60
3864	38631 " 40		

Série C.

3	21 " 30	4935	49341 " 50
471	4701 " 10	5485	54841 " 50
925	9241 " 50	6185	61841 " 50
1099	10981 " 90	6261	62601 " 10
1494	14931 " 40	6263	62621 " 30
2040	20391 " 400	6495	64941 " 50
2043	20421 " 30	6830	68291 " 300
2416	24151 " 60	7419	74181 " 90
2655	26541 " 50	7532	75311 " 20
3110	31091 " 100	7855	78541 " 50
3816	38151 " 60	9171	91701 " 10
3926	39251 " 60	9176	91751 " 60
4528	45271 " 80	9743	97421 " 30

Série D.

645	6441 " 50	1323	13221 " 30
749	7481 " 90	1928	19271 " 80
995	9941 " 50	2267	22661 " 70
1078	10771 " 80		

Série E.

398	3371 " 80	1757	17561 " 70
1219	12181 " 90	1800	17991 " 18000
1581	15801 " 10	1884	18831 " 40

Madrid 1.º de Setiembre de 1882.—V.º B.º—El Subgobernador, M. Ciudad.—El Vice-secretario, Vicente Santamaría.

Verificado el sorteo de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 correspondiente al trimestre que vence en 1.º de Octubre próximo, se pueden presentar los amortizados para su señalamiento al cobro bajo facturas especiales que se facilitarán en esta Caja desde el dia 11 del actual.

En igual forma se presentarán los cupones correspondientes al citado vencimiento, no admitiéndose en depósito desde esta fecha los títulos que contengan el citado cupon.

Madrid 2 de Setiembre de 1882.—El Vice-secretario, V. Santamaría.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaria el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª
Caños, 1.